

GRADOS DE ORACION

Y

PRINCIPALES FENOMENOS QUE LES ACOMPAÑAN

CUESTIONES MISTICAS

POR EL

P. Fr. Juan G. Arintero, O. P.

Mtro. en S. Teol., Lic. en Ciencias
Prof. de Sda. Escritura en San Esteban de Salamanca



CON LICENCIA DEL ORDINARIO Y DE LA ORDEN

SALAMANCA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE CALATRAVA
a cargo de Manuel P. Criado

—
1916

APROBACIONES

NIHIL OBSTAT

Fr. Pedro N. de Medio,

*L. de Teología
y Censor del Obispado y de la Orden.*

Fr. Justo F. Palacios,

*L. de Teología
y Censor de la Orden.*

IMPRIMATUR

Fr. Vincentius Alvarez Cienfuegos,

Prior Prov. Hisp. O. P.

IMPRIMATUR

✠ El Obispo de Salamanca.

PROTESTAS DEL AUTOR

1.^a Todas nuestras opiniones van sometidas a la corrección y al infalible dictamen de la S. M. Iglesia Católica, cuyo sentido es el nuestro, y en cuyo seno queremos vivir y morir.

2.^a En conformidad con los decretos Pontificios, las calificaciones de *santo* o *venerable* y otras análogas no tienen más valor que el de una piadosa apreciación privada, sin ánimo de prevenir el inapelable fallo de la misma Iglesia.



GRADOS DE ORACION

ARTÍCULO I Y PRELIMINAR.—MISTERIOS DE LA VIDA CRISTIANA Y VIDA MÍSTICA

La vida mística, podemos decir, abarca en cierto modo toda la vida propiamente cristiana (1); puesto que todo fiel cristiano, por el mero hecho de bautizarse en Cristo—que es como despojarse místicamente de sí mismos y revestirse de El—(2), simboliza su propia muerte a todo, su espiritual sepultura y resurrección, y su nueva vida escondida con Cristo en Dios (3). —Y esa misteriosa vida así *oculta en Dios* es la *vida mística*, que en cada cristiano, para que sea perfecto y como otro Cristo—*christianus alter Christus*—debe reproducir, según luego veremos, todos los adorables misterios de nuestro Salvador (4).

(1) Cfr. *Evolución mística*, p. 608; Weiss, *Apolog.*, IX, Cf.ª IV.

(2) Gal. 3, 27.

(3) Rom. 6, 4; Col. 2, 12; 3, 3.

(4) I Petr., 1, 13-15; 2, 21-25; Gal., 2, 19-20; II Tim., 2, 11.

Por el bautismo, en efecto, nos ingertamos en Cristo (1) para formar con El un solo cuerpo, que es su cuerpo místico (2), animado de su mismo Espíritu y poseído cada vez más de sus divinos sentimientos, a medida que nos despojamos de los propios (3). Y así es como recibimos la adopción de hijos de Dios mediante la infusión del Espíritu Santo, el cual, con su don de piedad, nos mueve a invocar al Todopoderoso con el dulce nombre de *Padre*, y a servirle, amarle y honrarle como a tal, orando como conviene (4).

Y así mora en nosotros no sólo *sellándonos* con la viva imagen de Cristo, cuya fisonomía nos imprime (5), sino también *ungiéndonos* e ilustrándonos con la suavidad, dulzura y claridad de su gracia, que es en substancia toda la vida mística y la misma vida eterna, oculta e inmanente en nosotros (6).—Le recibimos como fuente de agua viva que, por impulso o instinto divino, nos hace saltar hacia la vida eterna (7); y en nosotros mora no sólo como *vivificador* que nos purifica, nos fortalece y renueva, destruyendo en nosotros todos los elementos de muerte (8), sino también como *Señor* (9) con pleno derecho a dominarnos, dirigirnos y gobernarnos (10), imponiéndonos sus dulces leyes de amor (c) que nos dan la espiritual y gloriosa libertad de los hijos de Dios y nos libran de las tiranías y esclavitudes mundanas y de la vida rutinaria (11).

Todo nuestro bien consiste, pues, en adherirnos a Dios (12) hasta hacernos un solo espíritu con El (13); en serle verdaderamente dóciles y *docíbles* (14), sin nunca contristar a su amoroso Espíritu, sin resistirle ni menos extinguirle (15), dejándole dar voces en vano; sino procurando estarle muy atentos, recogidos en nuestro interior, para oír bien, deseando cumplirlo fielmente, lo que en nosotros se digne hablar el Señor, nuestro Dios, porque habla palabras de paz a sus

(1) *Rom.*, 6, 5; 9, 24.

(2) *Rom.* 12, 4-5; I *Cor.*, 12, 12-27.

(3) *Rom.* 8, 5, 14, 16; I *Cor.* 6, 19; *Gal.* 5, 25; *Phil.* 2, 5; *Eph.* 4, 22-24.

(4) *Rom.*, 8, 15, 26; *Gal.* 4, 5.

(5) *Eph.* 1, 13; II *Cor.* 1, 21-22; 3, 18.

(6) *Rom.* 6, 23; I *Joan.* 2, 20; 5, 11; cf. *ib.*, 3, 15.

(7) *Joan.* 4, 14; 7, 37-39.

(8) *Rom.* 6, 6.

(9) *Credo...* in *Spiritum, Dominum et vivificantem*.

(10) I *Cor.* 6, 19-20.

(11) *Rom.* 8, 14, 21; *Gal.* 4, 5-7; 5, 18; II *Cor.* 3, 17.

(12) *Ps.* 72, 28.

(13) I *Cor.* 6, 17.

(14) *Jn.* 6, 45.

(15) *Act.* 7, 51; *Eph.* 4, 30; I *Thes.* 5, 19.

santos y a cuantos se convierten al corazón (1). Y entonces, morando en nosotros, conforme dice San Juan de la Cruz (2), «agradado», no tardará en constituirse de hecho dulce Dueño, Director, Consolador y Maestro de nuestras almas, que en todo nos mueva y gobierne como a perfectos hijos de Dios, haciéndonos proceder, no según la carne y sangre—*non secundum hominem*—, sino de un modo sobrenatural, *sobrehumano* y verdaderamente *divino*, es decir, *místicamente o secundum Deum*.

A esto se ordena todo el trato íntimo, amoroso y familiar con Dios mediante la oración y contemplación, a ir copiando e imitando lo mejor posible—y dejar que el divino Espíritu imprima «sobrenaturalmente» en nosotros—las adorables perfecciones del Padre Celestial, procurando al efecto configurarnos con su Unigénito, esplendor de su gloria y nuestro ejemplar y modelo (3).

(1) Ps. 84, 9.

(2) *Llama de amor viva*, canc. 4, v. 3.

(3) La oración, dice Santa Teresa (*Vida*, c. 8), es «tratar de amistad... a solas con quien sabemos nos ama».—«¿Qué cosa es oración, pregunta a su vez San Alfonso Rodríguez (*Declaración del Padre Nuestro*, cap. 2), sino estar el alma ocupada con Dios, amándole y contemplando sus perfecciones?».

Mas «la perfecta contemplación, dice el P. La Puente (*Guía*, tr. 3, c. 4), proporcionalmente consiste en formar dentro de nuestro espíritu, que abraza entendimiento y voluntad, una viva imagen de la gloria del mismo Dios. Esto es, de su Divinidad y de sus infinitas excelencias y perfecciones».

Y quien nos acaba de formar y nos imprime esa «viva imagen» es el Espíritu Santo, imprimiéndonos El mismo como vivo sello de Cristo, y haciéndonos así participar de las grandezas divinas y conocerlas por experiencia.—De ahí que mientras en la meditación, como observa el P. José de Jesús María Quiroga (*Defensa de los escritos de San Juan de la Cruz*; cf. *Obras del Santo*, t. 3, p. 574), «caminamos al conocimiento de las cosas espirituales y divinas por abstracción de las cosas criadas...», en esta divina contemplación se camina al conocimiento de Dios y de sus divinas perfecciones por *participación* de ellas, recibiendo nuestro entendimiento las noticias sobrenaturales de las cosas divinas en su espiritualidad y pureza por medio de la luz sencilla de la fe y de la ilustración del don de la Sabiduría».

Y en efecto: «Ratio formalis qua cognoscit istas causas, dice Juan de Santo Tomás (in 1-2, q. 70, disp. 18, a. 4, § VI), est *experimentum quoddam internum*, quod habetur de Deo, et rebus divinis in ipso gustu, seu affectu, et delectatione, seu tactu voluntatis interno de istis rebus spiritualibus. Ex hac enim unione, quasi connaturalizatur anima ad res divinas, et per gustum ipsum discernit eas a rebus sensibilibus et creatis».

«Cum ergo donum sapientiae non quaelibet sapientia sit, sed *spiritus sapientiae*, id est, ex affectu et spiritu, et *donatione ipsa qua experimur* in nobis quae sit voluntas Dei bona, et beneplacens, et perfecte iudicans de ipsis rebus divinis, oportet quod ratio formalis qua donum sapientiae attingit causam altissimam, id est, causam divinam, sit ipsa

Para saber, pues, los grados que ofrece esta divina vida y los fenómenos que presenta desde que la recibimos en el bautismo hasta que se despliegue plenamente en la Gloria, hay que tener muy presentes los misterios todos—gozosos, dolorosos y gloriosos—de la vida de Nuestro Señor; y por eso nos conviene tanto meditarlos, al lado de María, en el Santo Rosario; pues todos ellos—desde la misma Encarnación de *Spiritu Sancto, ex Maria Virgine*, y desde el nacimiento hasta la pasión, muerte, resurrección, ascensión y aun misión del mismodivino Espíritu—, que es donde se consuman las maravillas de la vida cristiana, han de reproducirse a su manera, como en otros tantos *Cristos*, en todos los cristianos perfectos (1). Y aquellos en quienes no se hayan reproducido de algún modo, serán siempre muy imperfectos y pequeñuelos, según advierte San Bernardo (*Serm.* 4).

APÉNDICE

a) *La participación de los misterios de Cristo.*—Toda alma cristiana, dice el V. Olier, debe participar en general de todos los misterios de Jesucristo y de un modo especial de estos seis: La Encarnación, la Crucifixión, la Muerte, la Sepultura, la Resurrección y la Ascensión.

1.º *“El misterio de la Encarnación* obra en nosotros la gracia del aniquilamiento a todo interés y amor propio; es decir, que así como por el sagrado misterio inefable de la Encarnación la Santa Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo quedó aniquilada en su propia personalidad, de suerte que ni se buscaba ni tenía ningún interés particular, ni obraba por Sí misma, habiéndosele substituído la personalidad del Hijo de Dios, el cual buscaba siempre el interés de su Padre; así nosotros debemos aniquilarnos a todo propio designio, a todo interés personal, para no tener más que los de Jesucristo, que está en nosotros a fin de vivir allí también para su Padre y como diciéndonos (cf. Joan. 6, 58): Así como mi Padre me envió cortando toda raíz de buscarme a Mí mismo, no dándome la personalidad humana, sino uniéndome a una Persona divina para hacerme vivir por El;—así, cuando me coméis, vivís por Mí, y no por vosotros, pues Yo lleno vuestra alma de mis deseos y de mí misma vida, la cual debe consumir y aniquilar en vosotros todo lo que sea propio: de suerte que Yo sea quien en vosotros viva y lo desee todo; y así aniquilados en vosotros mismos, quedaréis revestidos de Mí.—Este revestimiento de Jesucristo es una segunda gracia del misterio de la En-

notitia quae habetur experimentaliter de Deo, quatenus unitur nobis, et *invisceratur*, et donat seipsum nobis: hoc enim est *ex spiritu scire*, et non solum ex lumine, aut discursu monstrante quidditatem, sed *ex affectu experiente unionem*.” *Id.* *Ibid.*, § IX.—Cf. S. Thom., 2-2, q. 45, a. 2.

(1) «In Christo omnes crucifixi, omnes mortui, omnes sepulti, omnes etiam resuscitati». San León M., *Serm.* 64, 7.

«Quidquid gestum est in cruce Christi, in sepultura, in resurrectione tertia die, in ascensione in coelum, et in sedere ad dexteram Patris, ita gestum est, ut his rebus... *configuraretur vita christiana* quae hic geritur». S. August. *Enchirid.* 14.

carnación, pues éste produce en nosotros ese completo despojo que nos reviste de Nuestro Señor por una consagración total, como El, cuando se encarnó, consagró todos sus miembros, santificando los nuestros y los suyos para servicio y gloria de su Padre.—Y todos los días continúa esta ofrenda sin interrumpirla jamás, ofreciéndose siempre en Sí y en sus miembros en este altar en que se consuma todo sacrificio. Jesús y el conjunto de todos sus hijos forman la hostia: su Espíritu es el fuego, y Dios Padre, adorado en espíritu y en verdad, es a quien todo se ofrece».

2.º El *misterio de la Crucifixión* nos da gracia y fortaleza para crucificar todos nuestros miembros con la virtud del divino Espíritu, que es el ejecutor de la sentencia pronunciada contra la carne. Los clavos de que se sirve son las virtudes que sujetan el amor propio y los deseos carnales.—Este estado supone, pues, que el alma está aun viviendo a sí misma y luchando, y que el divino Espíritu usa de violencia para mortificar y crucificar el cuerpo.

3.º Del *misterio de la muerte* de Nuestro Señor participamos por la Comunión, donde le recibimos en estado de víctima y recibimos la gracia que en ese misterio nos adquirió.—En el estado de muerte el corazón no se conmueve en su fondo por más conmociones o impresiones que de afuera le vengan; el cristiano está entonces como insensible a todo, por estar muerto en Nuestro Señor.—*Mortui enim estis* (Col. 3, 3).—Pueden sentirse los ataques y haber gran turbación al exterior, pero el interior está en paz, y sin alterarse por nada, por estar como muerto e insensible a las cosas del siglo a causa de esa íntima vida divina que absorbe en sí todo lo que es mortal (II Cor. 5, 4).

4.º La *Sepultura* difiere de la muerte en que el muerto está aún a la vista de todos, mas al ser enterrado, desaparece por completo y viene a quedar olvidado y pisoteado... El estado de muerte dice tan sólo un estado de consistencia, de firmeza y de insensibilidad; mas la sepultura quiere decir podredumbre, destrucción total de nosotros mismos y producción del germen de una vida nueva. Así como del grano de trigo sepultado nace una nueva planta, así al ser en nosotros sepultado y destruido el viejo Adán, renacemos a la vida del espíritu para resucitar a esa nueva vida divina que el Espíritu Santo allí produce con todos los efectos y movimientos de santidad que la acompañan... En el misterio de la sepultura de Nuestro Señor vemos renacer su vida divina debajo de la tumba donde había sido encerrado este admirable *trigo de los escogidos*.

5.º El *misterio de la Resurrección* nos da una gracia de alejamiento de las cosas de este mundo y de todo lo que no es Dios, y de un desapego de la vida presente que nos hace suspirar de continuo por la patria, a semejanza de Nuestro Señor Jesucristo, después de resucitar, que deseando ardientemente estar con su Padre, no podía apenas vivir con sus mismos discípulos ni permitió que Magdalena se le acercase. El estado de santidad en que entra el alma resucitada supone alejamiento de todo lo presente.

6.º El *misterio de la Ascensión* implica un estado de triunfo y de consumación en Dios, en que ya no se ve nada que parezca miseria o flaqueza humana.—Nada de esto tenía Nuestro Señor resucitado; pero conservaba aún ciertas señales, como despojándose a veces en parte de su gloria y haciéndose visible y palpable a sus discípulos. Mas después de su Ascensión ya no tolera interrupción su gloria, cuyo resplandor es tal que no lo pueden soportar ojos humanos.—Así permanece escondido en el seno de su Eterno Padre, y en unión con El nos envía al Espíritu Santo.—De ahí también el que un alma, cuando con la gracia que dimana de ese admirable misterio, entre en el sublime estado

de la divina ascensión, reciba del Salvador una maravillosa participación de su Divinidad, quedando tan luminosa con su misma claridad, tan abrasada en su amor, tan transformada en El y tan deificada, que con sus transportes de caridad envía también a su manera al Espíritu Santo a los corazones de los demás fieles, alcanzándoles copiosas gracias. — Tal es el estado de un alma ya consumada en la virtud y perfectamente configurada con Cristo. — Cf. M. Olier, *Catéchisme chrétien pour la vie intérieure*, 1.ª P., leç. 20-25; Santa María Magdalena de Pazzis, *Obras*, 1.ª P., c. 2-4; en *Evolución mística*, p. 512-3.

b) *La muerte mística y la vida nueva*. «La vida de Jesucristo, observa el P. Grou (*Manuel de ames intér.*; *Sur la vie nouvelle en J. C.*), fué una continua muerte, es decir, una muerte mística cuyo último acto y consumación fué la muerte natural. Así la nueva vida que las almas fervorosas deben llevar en J. C. no es otra cosa sino un continuo morir a sí mismas; es morir a los más leves pecados y aun a las menores imperfecciones; morir al mundo y a todas las cosas exteriores; morir a los sentidos y a los cuidados inmoderados del cuerpo; morir al carácter y a los defectos naturales; morir a la propia voluntad, a la estima y al amor de nosotros mismos, y aun a las consolaciones espirituales; morir a los apoyos y seguridades con respecto al estado de nuestra alma; en fin, es morir a toda propiedad — o apego — en las cosas concernientes a la santidad. — Por estos diversos grados de muerte es por donde la vida mística de J. C. va estableciéndose en nosotros; y cuando se haya dado el último golpe de muerte, entonces J. C. nos resucita comunicándonos las cualidades de su vida gloriosa, en cuanto es posible en este mundo. Veamos en pocas palabras esos diversos grados de muerte.

“*Muerte a los más leves pecados y a las menores imperfecciones*: es decir, que la primera resolución que debe formar un alma que quiera ser toda de Dios, es el no cometer jamás advertidamente ni la menor falta...; y no negar a Dios nada que vea que le pide, ni decir: «Esto es poca cosa, Dios me dispensará esta bagatela». Esta resolución es esencial, y hay que mantenerse en ella con fidelidad inviolable. Esto no quiere decir que no se le escapen faltas de primeros movimientos, de inadvertencia, de fragilidad; pero éstas, por lo mismo que no son ni previstas ni advertidas, no bastan para detenernos en el camino de la perfección.

“*Muerte al mundo y a todas las cosas exteriores*: es decir, que no se debe amar más al mundo ni buscarlo; sino concederle tan sólo aquello que no se le puede negar y que Dios mismo quiere que se le conceda; pero gimiendo en el corazón y sufriendo por tener aún con él ese trato indispensable. No hay, pues, que respetar al mundo, ni tener cuenta con sus juicios, ni temer sus desprecios, burlas y persecuciones, ni avergonzarse ante él de nuestros deberes y prácticas evangélicas, ni suprimirlas por el qué dirán...

“*La muerte a los sentidos* exige que estemos alerta contra la molición, el amor a las comodidades y la sensualidad; que no demos al cuerpo más de lo necesario en alimentos, sueño y vestidos; y que lo mortifiquemos con privaciones y además, si la salud lo permite y Dios lo inspira y el confesor lo aprueba, con ciertas penas allicativas...

“*La muerte al carácter* implica su difícil reforma, de modo que se conserve lo que tenga de bueno y se corrija lo defectuoso... El medio de conseguirlo es velar sobre la guarda del corazón y contener sus primeros movimientos, no obrando ni hablando según el primer impulso, sino manteniéndonos en paz y en posesión de nosotros mismos...

“*La muerte a la propia voluntad y al propio juicio* es un punto de mucha extensión y de difícil práctica. Ante todo, en las cosas ordina-

rias, hay que procurar someter el propio gusto y la propia voluntad a la razón, no dejándose llevar de caprichos y fantasías, y respetando el parecer de otros cuando es razonable... En nuestra conducta espiritual, recibamos con sencillez lo que Dios nos da y estémonos como nos pone, sin desear otra cosa...; practiquemos la obediencia a nuestro director y reprimamos la actividad de nuestra mente, manteniéndonos siempre bajo la dependencia de Dios y sin reflexionar sobre nosotros mismos... En general procuremos tener nuestro entendimiento y corazón en cierto vacío, a fin de que pueda Dios allí poner a su gusto lo que quiera...

“La muerte a la estima y amor de nosotros mismos, debe ser cada vez más íntima; puesto que lo más arraigado que tenemos es el orgullo y amor propio, que son los grandes enemigos de Dios y nuestros. El los combate y persigue sin tregua en un alma que se le ha entregado, y ella debe dejarle hacer y aun secundarle cuando sea ocasión.

“Muerte a los consuelos espirituales.—Cuando Dios los retira, queriendo como destetar al alma, ésta no halla gusto en nada: todo le pesa, la fastidia y la cansa, y ya no siente la presencia de Dios, y aunque tiene la paz no se da cuenta de ella ni aun cree que la tiene... Es preciso que el alma sea generosa y acepte estas privaciones, acostumbándose a no buscarse en nada, amando a Dios con puro amor y sirviéndole por Sí mismo y a expensas propias. Entonces el servicio de Dios cuesta mucho a la naturaleza, la cual grita y se queja... Y hay que dejarla gritar y ser más fiel que nunca, hay que llevar arrastrando la víctima al sacrificio, sin hacer caso de sus repugnancias.

“Muerte a los apoyos espirituales... Mientras que el alma, en medio de sus tentaciones y pruebas, tiene algún apoyo en el fondo de su conciencia o en las palabras de su director..., no le es tan difícil soportar las mayores penas. Mas cuando se encuentra como suspendida en el vacío, viendo el infierno a sus pies, sin nada que la apoye y próxima a caer en cada momento; en una palabra, cuando se persuade que Dios la ha abandonado y que se halla perdida sin remedio, y en vez de tener quien la desengañe, todo concurre a afianzarla en esta persuasión, entonces son extremadas sus angustias y necesita un valor heroico para perseverar y someterse a lo que Dios quiera disponer para siempre de ella.

“Muerte a toda propiedad concerniente a la santidad.—Como el alma se había apropiado—en cierta manera—los dones de Dios, las virtudes con que El la había enriquecido, y había tenido alguna complacencia en su pureza, la despoja Dios de todo, no en cuanto a la realidad, sino aparentemente, reduciéndola a una completa desnudez; de modo que ya no vea en sí ni dones, ni virtudes, ni nada sobrenatural. No sabe ella ya lo que es, ni lo que fué, ni lo que vendrá a ser. Sus pecados, su nada, su reprobación: he ahí lo que ve en sí, y de lo que se cree digna. He ahí el comienzo de la consumación de la muerte mística. Pero cerca está la resurrección al estado glorioso».

c) *La generosa entrega total y las leyes de amor.—*¡Ah, mi Señor, exclamaba la V. Ana María de San José (*Autobiografía*, n. 48), si nos dejamos verdaderamente en vuestras manos y ponemos toda nuestra fe, esperanza y amor en Vos, mi Rey, todos los bienes nos vienen juntos, todas las dichas, las felicidades, los aciertos! ¡Cómo paga Dios una determinación resuelta y confiada que con generoso ánimo se determina de buscar la Margarita preciosa, que es el mismo Dios! Y después que con amor, por amor lo deja (el alma) todo del todo, por abrazarse con el Todo, jamás le parece que ha hecho nada, ni dejado nada, ni padecido nada: todo se lo dan de balde, todo de gracia, como lo enseña el amor a estimar el servir por amor. Pues el divino Maestro ¡cómo la

regalal ¡Cómo la mortifica! ¡De qué manera la saca de las inclinaciones, ya con regalos para que no pierda el ánimo y desmaye en el camino, y después de fortalecida en la virtud con ausencias y soledades! Porque gusta de que le busque por amor y buscando la gloria de Dios y no sus comodidades espirituales—que de otras ya se ve que no se admiten en las leyes del amor—, porque toda la comodidad es acomodarse a lo divino y renunciar todo lo que hay de Adán. Pues ¿con qué artificio la rige el que es la suma sabiduría y prudencia, cómo la consuela, cómo la sufre sus desigualdades y villanías? La favorece de manera, que parece que con los efectos que quedan de las mercedes, está ya todo vencido, que ya no sólo no hay enemigos, sino que no se atreverá ninguno; y cuando está en esta alegría, lo que le parece que está vencido hace ruido, emprende desasosiegos, guerras y temores; porque como este Señor gusta tanto de que sus dones se estimen y posean con humildad, cuando por el ejercicio y por la gracia se hubieren ganado las virtudes, y se hubieren mortificado las inclinaciones, levantará guerra y batallas sobrenaturales. Que siendo el mismo Rey de la paz y habiendo con su gracia vencido la naturaleza, porque la piedra se labre bien (la prueba), no sólo con el vencimiento de los vicios, sino con la guarda de los aranceles del amor, que tiene reglas muy estrechas... Y si naturalmente se descuida, amor la hace en medio del descuido recatada y cuidadosa; y siendo por amor sencilla como paloma, la hace juntamente cautelosa; y finalmente, siendo llana, cándida y simple, la hace celadora de sí misma, recatada; estando siempre en sueño de oración, anda velando sobre sí, porque amor es el que juntamente adormece y hace los recuerdos».

ARTÍCULO II.—LOS DIVERSOS GRADOS DE ORACIÓN Y DE VIDA ESPIRITUAL

Aunque en realidad la reproducción que acabamos de ver de los misterios de nuestro Salvador es lo que constituye la verdadera substancia de la *vida mística*, y así nuestro aprovechamiento está en «crecer en gracia y conocimiento de El» (II *Petri*, 3, 18); sin embargo, como todo esto se logra de un modo especial en la oración, y ésta es la escuela de la vida religiosa—pues conforme decía San Agustín (*Serm.* 90): Bien vive el que bien ora: *Recte novit vivere, qui recte novit orare*—de ahí que, para reconocer los diversos grados de la vida espiritual—que debe ir siempre en aumento (1)—, baste saber los de la oración que le sirven como de norma; ya que esa vida es un eco de la misma oración, o, mejor dicho, una oración continua, una incesante conversación en los cielos (2).

Los diversos grados o maneras de oración son, pues, como los diversos talentos espirituales que Dios nos da pa-

(1) «Nemo infima deserens, advierte San Gregorio (*Moral.* I. 22, c. 19), repente fit summus, quia ad obtinendum perfectionis meritum, dum quotidie mens in altum ducitur, ad hoc, procul dubio, velut ascensionis quibusdam gradibus pervenitur».

(2) Luc. 18, 1; 21, 36; I Thes. 5, 17; Phil. 3, 20.

ra tratar y negociar con El el *unum necessarium*, que es la asecución de su reino y su justicia.—Cada cual debe, pues, orar según la manera especial de oración que Dios le da y le señala, y no de otro modo; porque esto sería salirse del orden y plan divino (1).—Mas quien emplee bien los talentos recibidos, luego los encontrará duplicados y aun centuplicados (Mt. 25, 14-29).

Orar es *conversar con el mismo Dios*, entrando en íntimo trato y familiar sociedad con El (2), mediante las tres virtudes teologales—que, haciéndonos participar del mutuo conocimiento y amor de las tres Divinas Personas, nos unen más y más con Ellas—, y mediante los siete dones del Espíritu Santo que nos ponen bajo la amorosa dirección y moción de este divino Consolador, y que son los místicos ojos con que el Cordero inmolado nos permite penetrar las maravillas del libro de sus misterios (*Apoc.* 5, 6) (3).

ARTÍCULO III.—GRADOS DE ORACIÓN ORDINARIA O ASCÉTICA

El *primer grado de oración* lo constituye la *vocal*, en que esa conversación se mantiene con los signos habituales de nuestro lenguaje articulado; y así vemos que está siempre al alcance de todos, mientras que ese hablar exterior no es sustituido por el silencioso y expresivo de los corazones y por el completamente *sobrenatural* del Espíritu que *omnia scrutatur, etiam profunda Dei* (I Cor., 2, 10). Hay muchas personas sencillas que, para exponer ante el Señor sus humildes sentimientos, apenas pueden prescindir de las palabras, de tal suerte que, cerrando los labios, según advirtió Santa Teresa, les parece que se les cierran también los ojos del entendimiento.

Pero esas mismas, conforme añade muy bien la Santa, aunque toda su vida se sientan incapaces de *meditar*, no por eso quedan excluidas de entrar a su tiempo en el místico reposo, o sea en la cámara regia de la contemplación (4). Antes, perseverando con fidelidad en esta sencilla

(1) Véase el hermoso tratado *Espinas del alma*, coloq. 7, en *Obras* de San Juan de la Cruz, t. 3, p. 259; y en Figuera, *Suma espiritual*.

(2) I Joan. 1, 3; cf. Santa Teresa, *Vida*, c. 8.

(3) Cf. La Puente; *Guía espiritual*, tr. 3, c. 3, § 1; Nouet, *Introd. a la vie d'oraison*, l. 1, entret. 7.

(4) Por aquí se ve cuán inexacta es esta afirmación de Rodríguez (Tr. V, c. 18: La contemplación «es un don particularísimo de Dios, el cual no da a todos, sino a quien El es servido; pero la oración mental ordinaria y llana, no la niega el Señor a nadie...».

Y sin embargo, añade (c. 19): «Conocí a un Padre... muy gran predicador, que su oración por mucho tiempo fué decir con mucha humildad y simplicidad a Dios: «Señor, yo soy una bestia y no sé tener ora-

manera de oración que tienen, aunque se limiten a repetir simplemente, pero con toda su alma, las compendiosas peticiones del *Padre Nuestro*, en sólo ellas, y especialmente en las tres primeras, hallarán tesoros inagotables y tales que, cuando menos lo piensen, las hagan quedar suspensas en altísimo grado de contemplación y de unión (1).

Pero lo ordinario, sobre todo en personas algo instruídas, es mantener mejor el fervor y recogimiento cerrando los labios y orando con sólo la mente y el corazón (cf. I *Cor.*, 14, 15); cuyos pensamientos, deseos y afectos oye Dios muy bien, sin necesidad de que se los expresemos verbalmente. Y esta conversación interior, o de corazones, que suele hacerse ya más en «espíritu y en verdad», es la *oración mental*, la cual puede ofrecer muy diversas formas, y constituir numerosos grados, según iremos viendo.

Al *segundo grado de oración* pertenece la que llamamos *meditación*, *consideración* de los divinos misterios, o bien *oración mental discursiva*, a la cual suelen dedicarse más o menos casi todos los que con cierta instrucción emprenden la vida espiritual (2); y donde ordinariamente, y sobre todo en un principio, conviene proceder metódica-

ción, enseñadme Vos a tenerla»; y con esto... vino a tener muy *subida oración*, (es decir, *contemplación* y no *meditación*...)

«De la oración vocal imperfecta, decía el Eterno Padre a Santa Catalina de Sena (*Diálogos*, c. 66), llegará el alma, perseverando con el ejercicio, a la oración *mental perfecta* (que es la contemplación infusa); mas no podrá nunca llegar, si sólo trata de llenar el número de sus oraciones vocales, y por ellas deja la mental. Y hay almas tan ignorantes que, puestas a recitar cierto número de oraciones, aunque Yo entonces las visite de muy distintas maneras, no quieren aceptar mi visita por no interrumpir lo comenzado, lo cual (a no ser esas oraciones de obli-gación), es un manifiesto engaño. Pues tan pronto como sientan mi visita, deben suspender sus devociones... La oración perfecta no se adquiere con muchas palabras, sino con el afecto de deseo que se levanta a Mí, con conocimiento de sí mismo y de mi bondad, y así juntamente tendrá oración vocal y mental».

(1) «Es cosa espantosa, dice Santa Teresa (*Camino*, c. 37), cuán subida en perfección es esta oración evangelical; bien como el Maestro que nos la enseña. Espantábame yo hoy hallando aquí en tan pocas palabras *toda la contemplación y perfección* metida, que parece no hemos menester otro libro, sino estudiar en éste, porque hasta aquí ha enseñado el Señor *todo el modo más alto de contemplación*, desde los principiantes en oración mental, hasta la muy encumbrada y perfecta contemplación». De esta suerte, conforme añade (c. 42), esta maravillosa oración encierra en sí «todo el camino espiritual desde el principio, hasta engolfarlos Dios y darlos abundantemente a beber en la fuente de agua viva».

(2) La meditación sobre todo de la Pasión, dice la misma Santa Teresa (*Vida*, c. 13), «es el modo de oración en que han de comenzar y de mediar y acabar todos (los letrados), y muy excelente y seguro camino, *hasta que el Señor los lleve a cosas sobrenaturales*,».

mente y por partes, para aprender a emplear bien y con fruto aquel precioso tiempo. De ahí el tener casi siempre que empezar por los actos preparatorios, o sea por la *composición de lugar, lección, meditación, reflexión*, etc., que son como *instrucciones* para luego saber *conversar* con Nuestro Señor y sus Santos, mediante los afectos, súplicas, alabanzas, acciones de gracias, resoluciones prácticas, etcétera, en que está lo esencial de la oración y lo que, por lo mismo nunca debe faltar, aunque faltare lo demás. Así, cuando el alma logra hacer esto expedidamente, sin aprendizajes, debe ir suprimiendo ciertos actos preparatorios que resultan ya inútiles y atenerse a lo principal, que son los afectuosos coloquios y las súplicas (1).

Sin embargo, la *moción de afectos* hay que lograrla casi siempre a fuerza de consideraciones que nos obligan a tomar firmes resoluciones, con que podamos cada día, ayudados de las luces y auxilios que allí imploramos, corregirnos de algún vicio o defecto especial y adelantar en la virtud, para servir a Dios con más fidelidad y fervor, que es lo que allí vamos a negociar y aprender. — Mas la luz, fervor, unción y devoción que así saquemos, y la misma firmeza de nuestras resoluciones, aunque producida de un *modo hu-*

(1) «Tornando a los que discurren, digo que no se les vaya el tiempo en esto, porque aunque es muy meritorio, no les parece, como es oración sabrosa, que ha de haber... rato que no sea trabajar. Luego les parece as perdido el tiempo, y tengo yo por muy ganada esta pérdida; sino que, como he dicho, se representen delante de Cristo, y sin *cansancio del entendimiento*, se estén hablando y regalando con él, sin cansarse en componer razones, sino presentar necesidades». Santa Teresa, *Vida*, c. 13.

«Este—coloquio amoroso—advierde el V. Granada (*De la Orac.*, c. 8, § 1), llaman los Santos ejercicio de aspirar al amor divino. Y a este fin se ordena la meditación y la oración y todos los otros buenos ejercicios: por donde se da por regla general a todos los que oran, que procuren cuanto les sea posible levantar su espíritu a este divino coloquio; que es hablar y tratar con el mismo Dios, mayormente en tratos de amor y ejercicios de aspiración».

«Para orar bien, decía el B. Cura de Ars (*Vie*, por Monnin, t. 5, c. 4), no se necesita hablar tanto. Puesto que sabemos que Dios está allí, en el sagrado Tabernáculo, descubrámosle nuestro corazón, alegrémonos de su santa presencia, y ésta es la mejor oración».

«Al ir a la oración, dice M. Olier (*Catéch. chrét.* 2.^a P. leç. X), el alma no tiene otra cosa que hacer sino unirse con Jesucristo, que es la oración y la alabanza de toda la Iglesia; de tal suerte que, estando el alma unida a Nuestro Señor y asintiendo de corazón a toda la alabanza que El da a su Eterno Padré y a todas las peticiones que le hace, no está sin fruto: al contrario, hace mucho más que si orase con su propio espíritu, queriendo mezclarse en adorar, amar, alabar y orar a Dios por sí misma y con sus propios actos. Por esta unión hácese el alma más extensa que la mar; pues se extiende como el alma y como el Espíritu de Jesucristo, que ruega en toda la Iglesia».

mano, o sea a la manera de las otras resoluciones ordinarias, mediante grandes reflexiones y consideraciones, con un trabajo comparable—según la hermosa imagen empleada por Santa Teresa (*Vida*, c. 11-18)—al de quien a fuerza de brazos va sacando un poco de agua de un pozo; todo esto, digo, no depende tanto de nuestros esfuerzos, con ser por lo común indispensables, como de Quien allí depositó, en la abundancia y altura convenientes, esa misteriosa *agua espiritual*—*aquam sapientiæ salutaris*—que buscamos para que nos lave y refrigere, y nos fortalezca y sane de las enfermedades del alma.—Y estas virtudes y preciosas condiciones, así como también la misma abundancia y buena proporción de esta agua de vida, dependen exclusivamente, como depende todo don precioso, del Altísimo Dador de todos los bienes y Padre de las luces (1).

De ahí el que, a pesar de todos nuestros esfuerzos, a veces no acertemos a sacar ni una sola gota de esa *agua* misteriosa, porque el Dueño de ella ha querido aquel día que no manase, o dejar el pozo del todo seco; mientras que al día siguiente, quizá al primer esfuerzo—y aun sin esfuerzo ninguno—nos la ofrecerá en abundancia...

Así es como, aunque podemos, por regla ordinaria, tener esta manera de oración discursiva, o sea la *meditación*, siempre que queremos y a la hora que queramos—porque a todas horas, con la gracia ordinaria que está como a nuestra mano, podemos reflexionar sobre los misterios de nuestra fe y ejercitarnos mejor o peor en actos y afectos de ella, de esperanza y de caridad—lo cual será una excelente *oración mental* (2)—, sin embargo, no podemos tenerla como *queremos*, sino como nos sea *dado*, con el fervor, unción, ternura y otros sentimientos que el Señor se digne comunicarnos con algún disimulado influjo de sus dones de *temor*, *piedad*, *ciencia*, *consejo*, etc. Y este influjo de los dones le da ya cierto aspecto «sobrenatural» o *místico* (3).

De esta suerte vemos que, con ser la meditación (por lo que en ella concurren *obrando* y esforzándose todas nuestras potencias) la forma de oración más característica de la vida *ascética*, pues lo es aun más que la misma oración vocal (la cual suele a veces hacerse *místicamente*, o sea del todo en espíritu, sin advertir cómo); con todo eso puede en ella misma notarse, en medio de nuestra ordinaria actividad y de todas nuestras iniciativas, cierta *pasivi-*

(1) *Jac.*, I, 17; cfr. GRANADA, *De la Devoción*, c. 5, § 17.

(2) «Fides credit, spes et caritas orant, et orando impetrant». S. August., *De orando Deum*; *Epist.* 121, c. 8.

(3) Cf. LA PUENTE, *Guía espiritual*, tr. 3, c. 3, § 1.

dad, cierto modo *sobrehumano*, propio de los dones con que el Espíritu Santo se digne intervenir para refrigerar nuestras almas sedientas, y darles ya algún descanso (1).

Y a veces interviene tan pronto y en forma tal, que nada más empezar a prepararnos, o al comenzar la lectura o la consideración, nos sentiremos ya llenos de grandes afectos y sin gana de ejercitarnos en otra cosa sino en seguir las dulces mociones e inspiraciones con que tan bondadosamente nos previene entonces el divino Consolador, para que casi sin ningún trabajo logremos gozar más pronto de sus dulces frutos. Y entonces claro está que no debemos proseguir *buscando* penosamente lo que ya tenemos *hallado* sin trabajo.

Si esto sucede con frecuencia, de modo que raras veces podamos ya detenernos en la meditación ni aun atender a la lección; o si nos esforzamos en ello, nos secamos más en vez de enfervorizarnos, y acabamos por no entender la lectura o por olvidarla enseguida tan completamente que ni en el punto preparado ni en nada podemos pensar, ni menos reflexionar; entonces debemos contentarnos con ofrecer a Dios los afectos que El mismo se digne depositar o sugerir en nuestro corazón, entreteniéndonos con El en dulces y tiernos coloquios y súplicas (2).—Y esto es lo que consti-

(1) «In donis Spiritus Sancti mens humana non se habet ut movens, sed magis ut mota».—S. THOM., 2-2, q. 52, a. 2, ad 1.

De este modo podría la misma meditación ser entonces mirada como una forma inicial de contemplación.—«Meditatio, dice Vallgornera (*Theol. myst.* q. 2, d. 6, a. 2), est *primus gradus vitae contemplativae, et ordinate non possumus sine illa ascendere ad contemplationem*».

(2) «Las almas de las Moradas pasadas—dice Santa Teresa al empezar la IV, en que entra ya en la oración sobrenatural—van casi contino empleadas en discurrir con el entendimiento y en meditación, y van bien, porque no se les ha dado más, aunque acertarían a ocuparse un rato en *hacer actos y en alabanzas de Dios, y holgarse de su bondad* y que sea el que es, y en desear su honra y gloria; y estén con gran aviso *cuando el Señor les diere esto, no lo dejar* por acabar la meditación que se tiene de costumbre. Para aprovechar mucho en este camino y subir a las Moradas que deseamos, *no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho*, y así lo que más os despertare a amar, eso haced».

«Aunque toda la oración, dice el P. Massoulié, O. P. (*Tr. de la véritable oraison*, P. 3, c. 3), se pasara en el ejercicio de una sola virtud, por ejemplo, del divino amor a la vista de un Crucifijo, sería muy perfecta; pues el alma poseería lo que es fin de todas las oraciones, a saber, la unión con Dios, que se hace por el amor».

«Así como en llegando al puerto cesa la navegación, y alcanzado el fin cesan los medios; así, dice Molina (*De la Oración*, tr. 2, cap. VI, § 1), cuando el hombre, mediante el trabajo de la meditación, llega al reposo y gusto de la contemplación, debe por entonces atajar los discursos y consideraciones, y contento con una simple vista de Dios y

tuye el tercer grado de oración, donde ya empieza a notarse algo de «sobrenatural» o infuso.

APÉNDICE

a) *Cuán excelente, provechoso y necesario sea el ejercicio de la oración, y dificultades que ofrece.* - «Por oración entendemos, dice el Beato Juan de Avila (*Audi Filia*, c. LXX), una secreta e interior habla con que el ánima se comunica con Dios, ahora sea pensando, ahora pidiendo, ahora haciendo gracias, ahora contemplando; y generalmente por todo aquello que en aquella secreta habla se pasa con Dios...

»Si ciegos no estuviesen los hombres, bastaría decirles que daba Dios audiencia para que todos los que quisiesen pudiesen entrar a hablarle una vez en el mes, o en la semana, y que les daría audiencia de muy buena gana y remediaría sus males, y haría mercedes, y habría entre El y ellos conversación amigable de padre con hijos; y si diese esta licencia para que le pudiesen hablar cada día, y si la diese para que muchas veces al día; y si también para que toda la noche y el día, o todo lo que deste tiempo pudiesen y quisiesen estar en conversación del Señor, El lo habría por bueno; ¿quién sería el hombre, si piedra no fuese, que no agradeciese tan larga y provechosa licencia, y no procurase usar della todo el tiempo que le fuese posible, como de cosa muy conveniente para ganar honra, por estar hablando con su Señor, y deleite, por gozar de su conversación, y provecho, porque nunca irían de su presencia vacíos? ¿Por qué no se huelgan los hombres de estar con Dios, pues los deleites dél son estar con los hijos de los hombres? «No tiene su conversación amargura, sino alegría y gozo» (*Prov.* 8), ni su condición tiene escasez para negar lo que le piden. Y Padre nuestro es, con el cual nos habíamos de holgar conversando, aunque ningún provecho dello viniera. Y si juntáis con esto que no sólo nos da licencia para que hablemos con El, mas que nos ruega, aconseja, y alguna vez manda, veréis cuánta es su bondad y gana de que conversemos con El, y cuánta nuestra maldad, de no querer ir rogados y pagados a lo que debíamos ir rogando y ofreciendo por ello cualquier cosa que nos fuese pedida. Y en esto veréis cuán poco sentimiento tienen los hombres de las necesidades espirituales, que son las verdaderas; pues quien verdaderamente las siente, verdaderamente ora y con mucha instancia pide remedio».

«En más estimo Yo su amor, decía el dulce Jesús a su sierva Sor Mariana de Santo Domingo Riosoto (1743-1794), dominica en Sevilla (cf. *Vida*, 1901, p. 132), que ellos el mío: ando por sus puertas mendigando y pidiendo, y dando mucho si me dan los corazones; y con verme cansado, aseado y sudado, no me los dan... y por no obligarse a ello apartan la consideración de Mi y me dejan sin respuesta. No quieren,

de sus verdades, descansa mirándole y amándole, y admirándose o gozándole, o ejercitándose otros afectos... En cualquier tiempo de la oración que el hombre sintiere este recogimiento interior, y a la voluntad aficionada y movida con algún afecto, no le debe desechar por codicia de proseguir otras consideraciones o puntos que lleva prevenidos, sino detenerse en aquello lo que durare, aunque sea todo el tiempo del ejercicio. Mas en pasándose aquella luz y afecto, y sintiendo el alma que se distrae o se seca, debe volver a su meditación y al curso ordinario de sus ejercicios».

hija, mi amor; y así me vengo a consolar contigo. Apártate de las criaturas, y me tendrás siempre contigo».

«Todo el bien del alma, advierte la V. M.^a de Jesús Agreda (*Escala para subir a la perfección*, § VI), está en tener oración. Y con ser esto así, hay muy pocos que la tengan. — Esta fué la queja que mi Rey y Señor me dió en una ocasión... Dijome, eran muy pocos los que buscaban la comunicación con Su Majestad... ¿Qué es esto, Señor mío? ¿Acaso esta comunicación es de alguna criatura que cause enfado? ¿Es acaso trato en que se puede perder algo, para que le quieran tan pocos? No por cierto; antes de esta comunicación y trato nos ha de venir todo el bien. Trato es con el gran Rey y poderoso Señor de todo, con el que a los pecadores perdona, a los ignorantes alumbra, a los amigos regala y a los justos premia: tiene el poder y el querer, ama y enriquece. Pues ¿quién hay que no llegue? ¿Que sea tan poca nuestra luz que no veamos esto y no busquemos tanto bien! Aquí hallaremos descanso en los trabajos, alivio en las enfermedades, medicina para nuestras llagas y alas para que el espíritu vuele a su Criador. ¡Oh, qué de males se nos pueden seguir de no ir a esta fuente, y qué de bienes si con ansia la buscamos!»

Mas, por lo mismo que tanto vale, debe costarnos algo; y Dios permite que sintamos en ella miles de dificultades, suscitadas en gran parte por la envidia del enemigo.

«Como el demonio—prosigue—conoce el bien que conseguimos en tenerla y lo que él pierde, pone todos sus cuidados en estorbarla o impedir la. Y en particular, procura poner gran remisión y cobardía en las almas que comienzan. Introduce temores, a unos de que no han de conseguir el tenerla, que no es su natural para esto; a otros, que no se pueden apremiar las potencias, que les daña la salud. Pone montes de dificultades... Toda esta confusión trae el demonio; y todo ello causa mucha aflicción y desmayo grande en el alma. Todo aflige en este tiempo, tanto que tomaría el alma antes ir a cualquier otro trabajo por grande que sea, aunque fuese a remar, que a la oración... Muchos son los que no pasan de aquí; no se vence el demonio, y quédase el alma vencida...

»¿Quién pudiera remediar estos daños, y animar a todas las almas del mundo a que no se dejen este tesoro, y que se alienten con las esperanzas de hallarle! Lo que es menester, es una determinación grande, y vencer todo esto. Otros han alcanzado este bien, y así no es razón que ninguna alma deje de procurarlo. Siquiera para alcanzar tan dichoso estado como el de *especiales amigos de Dios*, ¿quién no se determinará por anhelar a esta dicha? En esta determinación consiste todo el bien y en trabajar fielmente mucho».

«El ser dificultoso, añade (§ 19), no es después de haber gustado la suavidad del Señor, sino antes de gustarla; y aun por gustar cosa tan suave habíamos de comenzar y trabajar mucho. Por dificultades que se ofrezcan de tentaciones, que serán muchas y diversas, no hay que desmayar, sino fiar de la fidelidad de Dios, y esperar en su misericordia, que *El será maestro y lo pondrá todo de su casa*. El alma se llegue y se resigna en la divina voluntad y con determinación resuelta comience y persevere, que cierto y más que *cierto es que Dios favorece y enseña*».

«¿Qué os hago Yo en la oración? ¿No os oigo? ¿No os regalo? ¿No os alumbro? ¿No os enterezzo? ¿No os perdono?... ¿No inflamo vuestras voluntades? ¿No regalo vuestras memorias? ¿No endulzo vuestras almas? ¿No purifico vuestras conciencias?... ¿Pues por qué huiis? ¿Por qué no me tratáis?... Ea, tratadme, que soy como la flor, que cuanto más se trata y manosea, arroja más fragancia. Si queréis sentir mis olores,

tratadme, no me dejéis de la mano, y veréis cómo camináis al olor de estas fragancias, como lo hacen las esposas... Orad, que si sois malas, os haré buenas; si tibias, os pondré fervorosas; si imperfectas, hallaréis perfección... Orad y conoceréis lo que soy para con vosotras». — Beato Francisco Posadas, *Carta del Esposo*, § XX.

«La oración, dice el P. Faber (*Progreso del alma*, c. 15), es verdaderamente el abismo que separa de la vida del mundo la vida espiritual. Cuando el suave impulso de la gracia nos mueve a orar, entramos en el santuario, y allí la oración nos trueca, nos renueva, y tan íntimamente nos persuadimos a que ella es nuestro aire vital, que ya no sabemos ni podemos respirar otro: nuestra vida entera es una perpetua plegaria... son viva plegaria todos nuestros actos y todos nuestros afectos. La vida de oración, pues, nota característica de la persona espiritual, consiste en orar incesantemente... Orar incesantemente es sentir a toda hora la dulce necesidad de hacerlo; es tener sed de oración. Este influjo de la oración trasciende a todas nuestras opiniones y a todos nuestros juicios sobre personas y cosas; dicta todos nuestros discursos; sella con cierto sello de aplomo toda nuestra conducta... y ésta es verdaderamente la causa de que nos tengan por apáticos... A los ojos del mundo, las personas animadas de ese espíritu son como extranjeros por su habla y su continente».

b) *Avisos muy importantes para la oración mental*. — El V. Granada, en el *Compendio de la vida espiritual* (tr. 1, de la *Oración mental*, c. 27), da entre otros los siguientes: I. «Cuando nos pusiéremos a considerar alguna cosa de las sobredichas..., no debemos estar tan atados a ella, que tengamos por mal hecho salir de aquella a otra, cuando halláremos en ella más devoción, más gusto, o más provecho... Aunque esto no se debe hacer por livianas causas, sino con ventaja conocida». (Casi lo mismo dice el B. Avila, *Audi Filia*, c. 75).

II. «Trabaje el hombre por excusar en este ejercicio la demasiada especulación...: lo cual más es derramar el espíritu, que recogerlo... Lleguese el hombre con corazón de una viejecita ignorante y humilde, y más con voluntad dispuesta y aparejada para sentir y aficionarse a las cosas de Dios, que con entendimiento despañado y atento para escudriñarlas; porque esto es propio de los que estudian para saber.

...V. Entre todos estos avisos el principal sea que no desmaye el que ora, ni desista de su ejercicio cuando no siente luego aquella blandura de devoción que él desea. Necesario es con longanidad y perseverancia esperar la venida del Señor; porque a la gloria de su Majestad, y a la bajeza de nuestra condición, y a la grandeza del negocio que tratamos, pertenece que estemos muchas veces esperando y aguardando a las puertas de su palacio sagrado. — Pues cuando desta manera hayas aguardado un poco de tiempo, si el Señor viniere dale gracias por su venida; y si te pareciere que no viene, humíllate delante dél, y conoce que no merescas lo que no te dieron; y contentate con haber hecho allí sacrificio de tí mismo... Créeme cierto, que este es el paso más peligroso desta navegación, y el lugar donde se prueban los verdaderos devotos; y que si deste sales bien, todo lo demás te irá prósperamente».

En otro lugar, o sea en el principal tratado *De la Oración* (cap. 9, § 1) advierte con gran discreción que, aun cuando suele convenir mucho, sobre todo a los principiantes, tener materia señalada para cada meditación, «mas con todo esto, si a medio camino se ofresciere algún otro pensamiento donde halle más miel y más provecho, no le debe desechar por cumplir con su tarea; porque no es razón desechar la lumbré que el Espíritu Santo nos comienza a dar en algún buen pensamiento, por ocuparnos en otro donde por ventura no se nos dará. Y

demás desto, como el fin principal destas meditaciones sea alcanzar alguna devoción y *sentimiento de las cosas divinas*, fuera de razón sería, alcanzado éste con alguna buena consideración, andar a buscar por otro camino lo que ya tenemos alcanzado por éste.

«Procure, añade (*ib.* § 2), de tratar este negocio más con afectos y sentimientos de la voluntad, que con discurso y especulaciones de entendimiento... Porque son el entendimiento y la voluntad como dos balanzas de nuestra ánima; las cuales están dispuestas de tal manera, que el subir de la una es bajar de la otra...

»En este ejercicio más nos llegamos a escuchar que a hablar; pues, como dijo el profeta (*Deut.* 33), los que se llegan a los pies del Señor recibirán de su doctrina; como la recibía aquel que decía (*Ps.* 84): *Oíré lo que habla dentro de mí el Señor Dios*. Pues por esto sea todo su negocio hablar poco y amar mucho, y dar lugar a la voluntad para que se ayunte con todas sus fuerzas a Dios».

Además, prosigue (§ 3), «la devoción que pretendemos alcanzar no es cosa que se ha de alcanzar a fuerza de brazos, como piensan algunos».

Comparando el P. La Puente (*Guía, tr. I, c. I, § 6*) la oración con la escala de Jacob, dice así: «Los que suben por estos soberanos ejercicios hasta lo supremo de ellos, han de ser ángeles en la pureza de vida, desnudándose de los afectos terrenos... No has de presumir subir de un vuelo a lo alto de la contemplación..., sino primero te has de ejercitar con quietud y reposo en los demás actos que disponen para ella... Has de continuar cada día estos ejercicios, sin parar ni hacer quiebras en ellos. Pero de tal manera que nunca desmayes por verte que estás muy lejos de ser como ángel y de llegar a la cumbre de la escala; porque la misma oración tiene virtud de trocar a los hombres en ángeles y les ayuda a subir por todos estos escalones. Y aunque no llegues a lo más alto, no quedarás sin mucho provecho».

A estos avisos, añade otro, quizá el más importante para las almas fervorosas; y es que: «de tal manera has de leer las reglas y documentos que se dieren, que principalmente has de estribar en el magisterio del Espíritu Santo, haciendo más caso de ejercitarlos que de saberlos, sin *atarte siempre al orden con que los decimos*. Porque aunque sea muy importante saber todo esto y al principio guardarlo con puntualidad; mas después... el que perfectamente ora y contempla, está ejercitando esta obra sin acordarse de las reglas...; porque atender a esto con demasía suele impedir lo principal que se pretende... La perfecta oración arrebató el espíritu de modo que no hace estas reflexiones, ni se acuerda de otra cosa que de su Dios con quien trata.—Y por esta causa, entre otras, los menos letrados suelen ser más devotos, porque son menos reflexivos, y con sinceridad oran sin mirar el modo como discurren, y tanto más gustan la suavidad de esta música del Cielo, cuanto menos se ocupan en mirar por entonces las reglas del arte».

«Advirtiendo, pues, el alma, escribe San Juan de la Cruz (*Llama, canc. 3, v. 3, § 4*), que en este negocio es Dios el principal agente y el mozo de ciego que la ha de guiar por la mano a donde ella no sabrá ir, todo su principal cuidado ha de ser mirar que no ponga obstáculo al que la guía según el camino que Dios le tiene ordenado en perfección de amor... Y este impedimento le puede venir si se deja llevar y guiar de otro ciego».

«Por poco que uno se sienta tocado de la gracia, dice el P. Grou (*Maximes, X*), lo mejor que puede hacer es entregarse a ella y gozar en paz de los sentimientos que Dios nos da; cuando cese la impresión, se reanuda la lectura, etc.—Estos toques pasajeros son un pequeño *comienzo de oración infusa*, al cual debemos corresponder con la ma-

yor fidelidad; son visitas momentáneas en que Dios se nos comunica de paso. Y estas visitas, aunque breves, son más útiles al alma que cuantos pensamientos y afectos pudiera ella misma tener.—¿Para qué lee, en efecto, y para qué ora, sino para llamar a Dios?—Así cuando El se digna venir y por cierta secreta impresión advierte al alma que está presente, ya tiene ella lo que desea. Aténgase, pues, a esta impresión todo el tiempo que le dure; lo demás sería faltar al respeto debido a Dios, privarse del fruto de sus visitas y hacer que éstas resulten más raras...

»El principal efecto de este recogimiento es inclinar el alma a lo interior y desprenderla de los objetos exteriores. Este recogimiento es propiamente la *entrada en la vida interior*, y la regla más segura para ver si un alma se halla en el estado pasivo».

Santa Chantal daba por su parte estas instrucciones para hacer bien la oración: «1.ª, nunca gustaremos de la familiaridad con Dios, si no nos resolvemos a seguirle—con la abnegación y la fiel práctica de todas las virtudes—... Quien se atiene a gustos y sentimientos interiores, no sabe qué cosa es imitar a Jesucristo... 2.ª, lo que más importa es la sencillez ante Dios... ¡Dichosas las almas que con fidelidad siguen el impulso divino! El mal está en que muchas veces queremos especular, y Dios no quiere que hagamos más que amar: abandonémonos simplemente en su bondad, como un niño en los brazos y pecho de su madre... 3.ª, las (excesivas) industrias del humano espíritu no hacen sino dañarnos, guiándonos por nuestros caminos y no por los de Dios. 4.ª, cuando se ha movido ya el afecto, no conviene multiplicar palabras, sino detenerse un poco gustándolo e imprimiéndolo dulcemente en nuestros corazones».

b) *Influencia salubérrima de los dones del Espíritu Santo desde los primeros grados de oración.* «Porque la meditación y contemplación, observa el P. La Puente (*Guía*, tr. 3, c. 3, § 1), han de ser prácticas, y se ordenan no solamente a conocer y amar, sino a obrar y ejecutar las cosas que Dios manda y aconseja; para esto son ayudadas con admirables ilustraciones por medio de los otros cuatro dones (aparte de los tres que más intervienen en la contemplación). El don de consejo es una luz con que el Espíritu Santo nos descubre e inspira lo que hemos de hacer en su servicio asegurándonos que El lo manda y nos está bien hacerlo. El don de piedad es otra luz semejante a la de la caridad, con que el Espíritu Santo nos pone pia afición a las cosas que pertenecen a las obras del culto divino y de la misericordia con el prójimo. Para lo cual ayuda el don de la fortaleza, con la cual el divino Espíritu nos inspira algunas cosas árdas en su servicio, que exceden a nuestras fuerzas ordinarias, con gran confianza de salir con ellas, sin temor de la misma muerte... Finalmente, con el don de temor nos inspira el Espíritu Santo la reverencia que hemos de tener en su divina presencia, y lo que hemos de huir para no ofenderle... Estos son los siete dones con que el Espíritu Santo esclarece la fe y aviva la caridad, por medio de las ilustraciones e inspiraciones que nos comunica conforme a ellos; y cuando acudieses a los ejercicios de la vida contemplativa para *orar, leer, meditar o contemplar*, siempre has de suplicar al Espíritu Santo que avive y atice estas lámparas, porque sin su ilustración están como amortiguadas, diciéndole con David (*Ps. 17, 29*): *Tú, Señor, eres el que enciendes mi candelá: Dios mío, alumbrá mis tinieblas*. ¡Oh Espíritu divino que alumbra y abrasas como fuego! enciende los dones que has puesto en mis potencias, para que con ellos *te vea y contemple*, de modo que te ame y obedezca, siguiendo tu dirección en todo lo que por ellos me inspires».

ARTÍCULO IV.—GRADOS DE TRANSICIÓN DE LA ORACIÓN
«ORDINARIA» A LA «SOBRENATURAL»

Tercer grado de oración y primero de transición: la afectiva.—En esta manera de oración, según el símil de Santa Teresa, podremos decir que el agua, aunque sigue sacándose de un modo aparentemente *connatural* y casi cuando queremos, sin embargo es ya con poquísimo trabajo y en mucha mayor abundancia, como quien la saca dando a una bomba, o bien no de un pozo hondo y pobre, sino de uno alto y tan lleno que casi rebosa.

Así, aunque el *modo* todavía parece *humano*—y por eso la Santa considera esta oración como *ordinaria*, «natural» o ascética,—sin embargo, esa mayor facilidad de conversar con Dios, y la abundancia y diversidad de afectos que entonces se logra sentir—al mismo tiempo que la creciente dificultad o verdadera incapacidad para discurrir—prueban cierta misteriosa influencia sobrenatural que, para nuestro mayor bien, nos pone en esa venturosa *pasividad*, haciendo que con menos trabajo se recoja mucho más fruto (1).

En este caso, lográndose así el fin de la meditación más pronto y mucho mejor que si con toda escrupulosidad siguieran empleándose los métodos y procedimientos ordinarios, es claro que deben irse suprimiendo éstos en la medida que dejen de ser útiles y, de medios, vayan convirtiéndose en impedimentos (2). Así vemos cómo se suprimen

(1) «No hay duda que esta dificultad de no poder discurrir en la oración, decía Santa Chantal (*Pensées et Lettres*, París, 1899, p. 50), es camino para una oración más sencilla; y por poco que el alma, con esa dificultad, se sienta inclinada a estarse con reverencia ante Dios, debe afianzarse en esa vía por donde Dios seguramente la llama; y por más que sufra pobreza y distracciones, no debe alejarse de allí, sino estarse con calma ante Dios, sin detenerse voluntariamente en las distracciones; y cuando se vea demasiado molestada debe decir de vez en cuando ciertas palabras de sumisión, abandono, confianza y amor a la divina voluntad; y esto sin esfuerzos y suavemente... Por poco que Dios nos atraiga a esta oración sencilla, quitándonos los discursos del entendimiento, debemos seguir su atractivo; pues de otro modo nada conseguiríamos sino quebrarnos la cabeza».

(2) «Muchos se engañan, dice San Francisco de Sales (*Directorio de Religiosas*, c. 45), juzgando que para tener bien la oración sea necesario gran método; y se inquietan buscando un artificio que creen indispensable... No digo que no se hayan de valer de los medios enseñados por los Santos; lo que digo es que no se ha de atar el alma totalmente a ellos, como sucede a algunos que nunca piensan haber hecho bien la oración, si no pasan por sus consideraciones antes de los afectos que les da el Señor; los cuales son el fin de las consideraciones. Parécense éstos, a los que, hallándose cerca del lugar adonde caminan, se vuelven sin entrar en él, por no haber llegado por el camino que les habían enseñado».

las andaderas cuando ya se aprendió bien a andar y sólo pueden servir de estorbo; y cómo no se trata tampoco de perder el tiempo en pensar y aprender de memoria el modo de conversar con algún personaje, cuando ya sabe uno hacerlo expeditamente y mucho mejor según dicta el corazón o la oportunidad del momento. (1).

Mas si el alma inocentemente se figura que debe seguir siempre con esos métodos que en un principio le enseñaron, entonces el mismo Espíritu Santo, como interior Maestro de toda verdad y muy en especial de esta ciencia de los caminos de Dios, misericordiosamente irá desengañándola, si ella, mal aconsejada (a), o con obstinada presunción, no le resiste; y prácticamente la enseñará ligándole las potencias cuyo ejercicio le había entonces de perjudicar (d), e induciéndola suavemente a que se entretenga en lo que más le conviene, que será ora en suavísimos coloquios y afectos, ora en exhalar gemidos inenarrables, reconociendo su propia nada, y suspirando por el que es Todo.—Así, unas veces la ciega el entendimiento para que no divaguée meditando en vano sobre lo que habrá allí de negociar, cuando El mismo le da todo ese negocio ya hecho, y sólo quiere que le sea dócil y atienda bien a lo que en secreto le está sugiriendo, y que no le hable ya de fórmula, sino de la abundancia del corazón (2). Y otras veces le cogerá este mismo

(1) «Cuando voy a la oración, decía con tal ocasión María Lataste (*Oeuvres*, t. 3, let. 19), no me propongo un punto tomado de antemano, ni me valgo de libro; nada de esto podría convenir al atractivo que cada vez siento, y por lo mismo, lejos de serme útil, esta elección o preparación me sería dañosa o molesta.—Me pongo, pues, en la oración con la única disposición de recibir el atractivo que me sea dado. A veces, enseguida me siento inclinada a buscar a Dios, y lo busco con docilidad y humildad. Pero otras veces tarda en llegar ese atractivo, y entonces descanso en el seno de Dios, humillándome y anonadándome en presencia de su inmensa santidad... y permaneciendo sumisa, aunque El no se haya de dejar hallar. Mas no, que tarde o temprano, viene a decir a mi alma: «¡Búscame!» Y yo lo busco y lo encuentro. Pues Dios, en efecto, no resiste a la plena y total sumisión a su divina voluntad. Dios se comunica al alma y se le descubre de muchas maneras».

«El gran método de la oración, advertía a este propósito la misma Santa Juana Chantal (*Oeuvres*, II, p. 260), es que no lo haya... Si al ir a la oración pudiéramos hacernos una pura capacidad para recibir el espíritu de Dios, esto supliría a todos los métodos. La oración debe hacerse por gracia y no por artificio».

(2) Al orar, decía Sor Teresita del Niño Jesús (*Sa Vie*, ch. X), yo me contento con decir sencillamente al buen Dios lo que quiero; y El siempre me entiende.—La oración, para mí, es un arranque del corazón, una simple mirada dirigida al cielo, un grito de reconocimiento y de amor en medio de las pruebas como en medio del gozo. Es, en fin, una cosa elevada y sobrenatural que dilata el alma y la une con Dios. A veces, cuando me encuentro en tanta sequedad que no puedo tener

y se lo secará para que no se derrame en su presencia con afectos demasiado tiernos y sensibles, cuando es tiempo de estarse en silencio escuchando (h), o cuando El quiere imprimirle, entre aprietos, sequedades y angustias—viéndose incapacitada para todo—otros sentimientos más puros, sinceros y espirituales, conformes en todo a los mismos de Jesucristo, con Quien, sin advertir cómo, viene a quedar unida y configurada (1).

De este modo es como empieza el divino Espíritu por incapacitarla para que no pierda el tiempo en vanos preparativos, ya inútiles o embarazosos—cuando no ridículos—como serían los del que quisiera ir en busca de la fuente estando ya en ella; pues con el andar no lograría sino alejarse y frustrar su objeto, que era coger agua; o bien como el que teniéndola ya a mano, se empeñara, sin embargo, en sacarla de un pozo con grandes esfuerzos.

Cuando esta incapacidad para unas cosas y la mayor facilidad para otras comienzan a ser habituales, son ya manifiesta señal de un principio de vida mística, o de algo así como *estado místico* incipiente, a la manera que es en rigor un *acto místico* el producido, aunque sea muy de tarde en tarde, de un modo sobrehumano por cualquiera de los dones, y como lo es en general el sentimiento de *fervor* que viene cuando el Espíritu sopla encendiendo en amor y moviendo a orar y obrar según le place (2).

ni un buen pensamiento, rezo muy despacio un *Pater noster* o un *Ave María*; porque sólo estas oraciones me encantan, alimentan divinamente a mi alma, y le bastan».

«Decirlo todo a Nuestro Señor, escribía en Abril de 1901 María del Agnus Dei, Hervé-Bazin (*Une Relig. Réparatrice*, 1912, p. 323), sin libros, sin métodos, sin más regla que la de un amor humilde y fuerte, es el secreto de innumerables gracias».

«Que Nuestro Señor te enseñe el secreto de la verdadera oración en que están escondidos todos los bienes...; esta oración del corazón, íntima, penetrante, que lo alcanza todo y que transforma la vida». Id. *ibid.*, p. 331.

Y en efecto, gusta Nuestro Señor de tratar y ser tratado con una familiaridad asombrosa: *stupenda nimis*.—«No conocéis, decía poco ha el mismo divino Salvador a su fiel sierva, Sor Gertrudis María (30 Jun. 1907), el Corazón de Dios, no sabéis acercaros a El; no sabéis exclamar: ¡Padre! Pocas almas traen a Dios en la tierra con esta familiaridad que El, sin embargo, desea le tengan sus hijos». —«¡Si supieras lo que sobre mi Corazón puede un alma que suavemente se entrega a esta familiaridad!... No puedo negarle nada. Y quisiera que esta disposición de mi Corazón fuera mejor conocida, y mejor practicada esa dulce familiaridad». (Id. 24 Mayo, 1907).

(1) «Si yo viera lo que pasa en mí, decía la angelical Sor Catalina de Jesús, Carmelita descalza (cf. *Vie*, 1631, p. 52-3), estaría dividida, y eso no conviene, sino estar del todo ocupada en sufrir y amar».

(2) «A dos señales, dice el V. Falconi (*Camino*, l. I, cap. V), se re-

Siendo estos afectos y súplicas lo más esencial, si faltan no hay verdadera oración; y uno de ellos bien mantenido, aunque no se haga otra cosa más, constituirá una oración muy buena y provechosa.

Y tal es, en efecto, esta que acabamos de describir con el nombre de *afectiva* y que otros —como el autor de *Espinas del alma* (coloq. 7), y el P. Figuera (*Suma espiritual*), llaman de *actos de virtud*, en que suele ser ya muy difícil y a las veces hasta imposible, el meditar, y que, por lo mismo, constituye en todo rigor, a nuestro juicio, el primer *grado de transición manifiesta*.

Cuando en ella, oscurecido el entendimiento y oprimido y seco el corazón, se sienta tal *aridez* y dificultad para todo, que ni se puede pensar en nada, ni se ocurre ningún afecto ni resolución, entonces hay a veces que tratar de excitarlos con nuevas reflexiones, si es que se pueden tener, y si no con breves lecciones. Pero si aun éstas mismas se olvidan o no se entienden, habrá que atenerse a repetir una y mil veces un mismo afecto que más nos convenga, el cual podrá llevarse preparado de ante mano, o bien tomarse del *Padre Nuestro*, valiéndonos principalmente de la segunda y tercera petición, diciendo con toda el alma a Nuestro Dios y Señor que se digne venir a reinar en nuestros corazones y tomar plena posesión de nuestra voluntad, para que siempre en nosotros se cumpla la suya; y a fin de poder así glorificar su santo nombre, le roguemos nos alimente y renueve, y nos purifique y conforte con el pan de vida (1).

Pero si esto mismo nos disipa; y nos encontramos desganados y como del todo incapacitados para decir ni aun sentir la menor cosa en particular, y a la vez con cierto oculto deseo de estarnos allí *en silencio* ante Dios, como esperando a ver qué quiere de nosotros; esto es señal clara de que El mismo es realmente quien no sólo nos ciega el entendimiento, sino que nos seca el corazón y nos ata la

ducen las... de conocer cuándo es tiempo de no porfiar en la meditación y pasar a la contemplación; que son: el no poder ni gustar de meditar, y el aplicarse a estar en silencio en aquella noticia general de Dios, sin discursos».

«La más cierta señal de la contemplación *sobrenatural e infusa*, dice el *Conocimiento obscuro de Dios*, cap. I, n. 6, es no tenerla siempre que queramos, ni cesar de ella cuando es nuestra voluntad, sino el venir cuando Dios quiere, y faltar cuando Dios se sirve».

(1) «Puto ergo, observa Ricardo de San Víctor (*De Contempl.*, l. 4, c. 6), in hoc opere opus esse intima potius compunctione, quam profunda investigatione..., crebris potius gemitibus, quam copiosis argumentationibus... *Beati*, inquit Scriptura, *mun-do corde, quoniam ipsi Deum videbunt*. —Studeat ergo cordis munditiæ, qui cupit Deum videre, qui in divinorum contemplatione festinat assurgere».

misma voluntad, para que no logremos movernos por propia iniciativa, sino sólo a merced de su Espíritu, que quiere ya cautivarnos e ir tomando posesión de nosotros, para luego poder en todo gobernarnos y dirigirnos por Sí mismo, como nuestro único Dueño (1).

Cuarto grado de oración y segundo de transición: la de simplicidad, o de simple vista amorosa y confiada entrega.— Cuando el alma así se halla como entenebrecida y seca, quédese en esa dulce *presencia de Dios* a que tan mágicamente se siente atraída, y no turbe su paz tratando en vano de ejercitar las potencias que el Señor le quiere tener cautivas. Resígnese en esa cautividad, gócese de ver cómo Dios empieza a reinar en ella reduciéndola a esa impotencia, y ofrézcase, en cuanto es de su parte, con los más vivos y puros deseos, ya que no pueda con palabras, a que haga en ella y de ella lo que más le guste; y en su aflicción espere contra toda esperanza, y fiada siempre de la Divina Piedad y Misericordia que vendrá a socorrerla en el tiempo oportuno, ponga en Ella los ojos como un pobre muy necesitado pidiendo limosna, o como un enfermo ante el único médico de quien espera la salud y la vida; y así hallará paz, refección y consuelo, mientras de otro modo, se afligirá en vano, y quedará cada vez más seca y desabrida (2).

Deje que el corazón sólo hable en silencio con ese su lenguaje mudo, pero del todo sincero, que al Señor tanto le complace; y escuche lo que allí adentro le está hablando el Dios de su corazón y su eterna herencia, en quien ha puesto toda su esperanza y en quien encuentra todo su bien, su gusto y su único reposo (*Ps.* 72, 26, 28); pues El está allí cautivándola y uniéndola íntimamente consigo, hablándole en secreto palabras de paz, sugiriéndole toda verdad, y enseñándola a estarse en esa calma de los sentidos y pasiones, a quienes les ha impuesto tanto silencio, para que así

(1) «Oh, pues, alma espiritual, advierte San Juan de la Cruz (*Noche II*, c. 16), cuando vieres oscurecido tu apetito, tus aficiones secas y apretadas, e inhabilitadas tus potencias para cualquier ejercicio interior, no te penes por eso, antes lo ten a buena dicha; pues te va Dios librando de tí misma, quitándote de las manos la hacienda; con las cuales, *por bien que ellas te anduviesen, no obrarías tan cabal, perfecta y seguramente como ahora, que tomando Dios la mano tuya, te guía a oscuras como a ciego, a donde y por donde tú no sabes, ni jamás por tus ojos y pies, por bien que anduvieras, atinaras a caminar*».

(2) «Los negocios que miran directamente a la gloria de Dios, decía la Beata Margarita María (*Oeuvres*, t. 2, p. 233), son muy diferentes de los del mundo, en los cuales hay que hacer mucho; pues en los de Dios hay muchas veces que contentarse con seguir su inspiración, y luego dejar que obre la gracia, y seguir sus movimientos con todo nuestro poder».

pueda el alma atender tan sólo a lo que El quiere de ella, gozar de su presencia amorosa, y aprender a hacer en todo lo que es más de su divino agrado (1).

Esto, como se ve, participa ya mucho más de la *contemplación infusa*, o sea de la "*oración sobrenatural*," *reduplicative*, que no de la *meditación* o de la simple *oración mental* (1). Puesto que entonces más bien debe decirse que está obrando la gracia en el alma y por el alma, que no ésta obrando con la gracia; no siendo ya tanto la propia iniciativa de nuestra mente la que obra y dirige, como el Divino Espíritu que en ella está ya como Dueño y Maestro, obrando, moviendo, enseñando, inspirando y dirigiendo mediante sus dones de *temor, piedad, ciencia, fortaleza o consejo*.

Mas para que estos dones se desarrollen y obren libremente, y con ellos logren mostrarse a las claras los dos más elevados—el de *inteligencia* y el de *sabiduría*—, es menester toda la purgación de la *noche del sentido*, y aun parte de la del *espíritu*; pues hay que apagar estas luces inferiores para que brillen o puedan percibirse las superiores, así como no podemos ver las estrellas del cielo si a nuestros ojos no desaparece la luz ordinaria.

Y esa iluminación que, mediante los místicos dones, de tal suerte purifica, enciende, eleva y conforta las potencias del alma, que le permite conversar con Dios de un modo verdaderamente *sobrehumano, celestial y divino*, es la que muy pronto empezará ya claramente a notarse en la oración infusa de *recogimiento*, y se notará mucho más en la de *quietud* y de *unión*; y por fin aun sin comparación mejor, y como de continuo, en la *unión transformativa*.—Aquí es, pues, donde está el *místico reposo* con que se nos convida a todos, y donde únicamente nos será dado encontrar el verdadero *descanso para nuestras almas*.

Desde que se entra de lleno en los *estados místicos*, habiendo perfecta docilidad, el mismo Espíritu Santo se constituye como en perpetuo director, gobernador y maestro; y con su *unción* enseña, dirige, ilustra, purifica y da vigor y acierto y facilidad para todo, llenando los corazones de luz y pureza, y de fortaleza y de vida (2).

Mas así como por nada se debe resistir al Espíritu Santo cuando llama a entrar en el místico reposo, y sería muy re-

(1) «Este *tan alto modo de orar*, se llama *contemplación*, la cual se alcanza con los discursos del misterio; y cesando, contempla el alma con grande admiración y sentimiento de lo que en ella Cristo Nuestro Señor se le comunica, hallándose el alma con su Amado en silencio, Dios y el alma, gozando ella de su Dios».—San ALFONSO RODRÍGUEZ, *Unión y Transformación*, c. 7.

(2) Cf. nuestro libro *Evolución mística*, p. 640-641.

previsible el director que, con cualquier especioso pretexto, tratare de poner en ello dificultades, tampoco debe nadie adelantarse a la acción divina, dejando el don presente por otro aun no recibido (b).

Y las señales ciertas de que un alma no debe fatigarse por meditar, obstinándose en ejercitar las potencias, sino dar lugar a la secreta acción de Dios, son estas tres: 1.^a, la misma dificultad para meditar, sin haber dado para ello especial motivo con disipaciones.—2.^a El sentir pena en las involuntarias distracciones que padece, y disgusto en las vanas conversaciones y el frecuente trato con las criaturas.—3.^a y principal: el insistente atractivo a estarse quieta en un solo sentimiento o pensamiento que le impresiona, o bien del todo en silencio ante Dios: en lo cual, aunque tenga cierto temor de engañarse perdiendo el tiempo ociosamente, no por eso tiene verdadero *remordimiento*; pues ve que aquello es cosa buena, que no puede más, y que si trata de salirse de ese espiritual *ocio* con actos distintos, lejos de enfervorizarse, se disipa y se llena de turbación (g).

Y luego, al terminar, notará que, de ese aparente *sueño*, sale con más fruto, más recogida y con mucho más amor a la virtud y disposición para todo lo bueno, que si se hubiera ejercitado en grandes consideraciones y en hacer muy hermosos propósitos.—Al paso que, si por pereza se estuviese en culpable ociosidad sin querer ejercitar las potencias, en doliéndose de esta falta y procurando vencer la pereza con actos distintos, es decir, con reflexiones, afectos o súplicas, etc., irá recobrando el fervor; y si no, saldrá sin ningún fruto y con verdadero remordimiento de no haber hecho lo que era de su parte (f).

APÉNDICE

a) *Lo que debe hacer aquí el director.*—«Debe el confesor, decía la V. Marina de Escobar (*Vida*, l. 5, c. 32, § 2), persuadir con grandes veras al penitente que desea aprovechar, el estudio de la continua oración, poniéndole y sentándole cuanto pudiera a las puertas de la divina misericordia, pidiendo limosna como otro pobre Lázaro; y debe encaminarle en este ejercicio por el camino ordinario que nos enseñan los Santos, de oración y meditación, hacimiento de gracias... y la continua memoria de Dios y su presencia. Y si caminando de esta manera por este ejercicio santo, bueno y provechoso, el Señor, que es dueño de todo, tomare la mano y metiere al alma por otro camino *no tan ordinario*, debe el confesor no divertirla de él, pero debe estar a la mira de lo que el Señor obra, y guardar aquella heredad suya».

«Apartarlas de la contemplación, decía a sus religiosas la V. Madre Angela María de la Concepción (*Riego espiritual*, c. 28), fuera pretender se quedaran en los medios y no pasaran al fin». «La regla general, añade (c. 30), es que nadie se ponga a contemplar sino cuando

no pudiera meditar; y si Dios por sí mismo la diere otra ocupación, recíbalala y con sus obras no impida las divinas; porque cuando Dios quiere poseer un alma y obrar en ella graciosamente, no se le ha de poner impedimento; y el alma se le pondrá, si quiere para este fin valerse de su propia diligencia, pues de este modo no recibe con pureza las luces de Dios. Tampoco será verdadera humildad no seguir la moción del Espíritu Santo, cuyo amor y dones se dan a los perfectos y a los imperfectos; a unos para aumentarlos más en la perfección, y a otros para sacarlos de lo imperfecto. . . Cuando el alma ha gozado el bien espiritual que da Dios en la meditación, quiere Su Majestad que goce los de la contemplación. . . De lo que el alma no recibe nuevo provecho, tampoco recibe gusto. . .

«Aun los más contemplativos aconsejan que al principio de la oración se medite, haciendo algunos discursos convenientes para llegar al conocimiento del amor del Criador, pues la contemplación también da lugar a que se medite; pero si acaso puestas con humildad con este fin, no pudiesen discurrir, resignense en la voluntad de Dios, correspondiendo a sus toques y vocación: fien de su bondad, que viéndolas tan amantes suyos, no las dejará sin el premio de su trabajo: pidan y supliquen, que serán oídas».

«En general, dice el P. Grou (*Manuel; Sur les réflex. dans l'oraison*, p. 320), mientras se está en la vía ordinaria y se conserva el libre uso del entendimiento, hay que conducirse por reflexión, aplicándose a la meditación, aunque sin fatigarse demasiado. . . Pero hay una vía en que son dañosas las reflexiones; y esa es la de la *oscura fe*. — En esta vía no puede uno meterse por sí mismo, sino que toca a Dios solo el introducir allí las almas. . . Y la principal señal de que una es introducida, es ver que ya no tiene la libertad de antes en usar de sus facultades en la oración; cuando ya no puede aplicarse a un asunto para sacar reflexiones y afectos, y gusta de cierta paz sabrosa que excede a todo sentido, que la tiene absorta y la obliga, por decirlo así, a mantenerse en reposo y en silencio. — Cuando un discreto director haya comprobado suficientemente esta disposición en un alma. . . no tiene por qué dudar de que ésta se halla introducida en la vía de la fe».

b). *Cada cual debe seguir su camino y no otro.*—«Si mirasen mis siervos, dice en nombre de Nuestro Señor el hermoso tratado *Espinas del alma* (coloq. VII), que son, no uno (Ps. XV, 11), sino muchos los caminos por donde Yo traigo a Mí las almas; y si mirasen que la Celestial Jerusalén tiene no una, sino doce puertas (*Apoc.* 21, 11). . . que en la casa de mi Padre no hay una, sino muchas moradas (*Joan.* 14, 2); y. . . que la tierra de los corazones *fructifica en diversas partes diversos frutos* (*Luc.* 8, 15), y no uno; no se cansarían en balde en querer llevar las almas todas por un camino, y entrar por una puerta, y tener una misma morada, y fructificar un mismo fruto. . . No sé para qué se cansan algunos siervos míos en querer que tenga dos talentos a quien Yo no dí más que uno (*Mt.* 25, 15). . . Más fuerte es mi vocación que la suya, y así, aunque ellos llamen las almas a uno, poco les servirá si Yo las llamo a otro: salvo de traerlas arrastradas y en tormento, queriendo ellas seguir su doctrina como humildes y obedientes, y no pudiendo resistir, por otra parte, a la fuerza de mi espíritu, que las enseña y lleva a otro.—Esta es la causa que, después de haberse quebrado las cabezas en amonestar al alma temor, obra al fin por amor. Porque por demás es ladrar (a. vocear) al oído: temor, si Yo hiero al corazón con amor; y por demás llamar a la meditación de mi Humanidad, si Yo consumo y abraso el alma con el fuego de mi Divinidad; y aun por demás es ladrar la contemplación de mi Divinidad, si Yo regalo y enternezco con la presencia de mi Humanidad. — De manera que si mis siervos y ministros no procuran entender por dónde Yo llevo al alma; y

si ellos después no se conforman conmigo dando doctrina conforme, y no diferente y contraria, en vano trabajan; porque se ha de hacer al fin lo que Yo quiero, y no lo que ellos».

De San Francisco de Sales refiere Santa Chantal (*Oeuvres*, II, p. 200-1), que «era admirable e incomparable en dirigir las almas según las respectivas vocaciones, sin nunca hacerles violencia: así les comunicaba cierta libertad con que les quitaba todos los escrúpulos y dificultades. -- Gustoso dejaba obrar en ellas con gran libertad al Espíritu de Dios, siguiendo él mismo el atractivo divino, y conduciéndolas conforme veía que Dios las llevaba, dejándolas proceder según las inspiraciones divinas, más bien que por su particular instinto».

Nuestro Señor, advierte el V. Falconi (*Camino*, I, I, cap. XIV), suele a algunos desde los primeros días darles ese don de contemplación: de tal suerte, que de ninguna manera pueden aplicarse a meditar aunque más fuerza se hagan. Y mientras más porfían a quererlo hacer, se hallan más secos, duros y atormentada la cabeza. Y estos tales no hay por qué porfien más en meditar, sino que se dejen llevar del espíritu y camino por donde Dios los llama, y perseverar en él; pues da Dios este don... a algunos en sus principios...

»He dicho esto, porque hay muchas personas... muy despechadas y a pique de dejar la oración; y no son pocas las que la dejan de puro desconsoladas que se hallan, viendo que no pueden meditar... y así piensan que Dios no las quiere para oración... Como por una parte se ven imperfectas, y por otra, que no pueden hacer nada ni discurrir, no se acaban de persuadir que aquel no poder meditar es llamarlas Dios a la contemplación, por parecerles muy presto para ellas; y así dan y toman en que ellos no hacen nada, y que no tienen oración, pues no meditan, y que allí todo es perder tiempo. Y suelen topar con otras personas que las desconsuelan y afligen, diciéndolas que pierden tiempo mientras no meditan; y así que lo hagan aunque revienten, que lo demás no es oración: como si este negocio se hubiera de hacer a fuerza de brazos y con violencias. Y así, no tienen los tales, que no pueden meditar, por qué inquietarse ni dejar por eso la oración, sino perseverar en estarse allí con Dios, rendidos a su voluntad, aunque por otra parte se vean más secos y más duros que una piedra: que con eso tienen oración y van bien, y verán en sus almas, con la perseverancia, los frutos y efectos de ella».

«Con esta doctrina, añade, queda entendido cómo el común y ordinario modo que han de guardar los principiantes, y los maestros con ellos, es imponerlos en la meditación...; que por esto no se quita que Nuestro Señor a algunos a los principios los llame a la contemplación. Y quede también entendido, cómo no hay que atarse las almas, ni que atarlas, a que vayan por este modo o el otro, sino dejarlas ir por el camino que mejor se hallaren y a que más se aplicaren con provecho de sus interiores: esto es, por donde salieren con mayores alientos de vencerse a sí y al demonio, ejercitando todas las virtudes; porque éste es el cierto, el que gusta Dios que lleven, y al que Su Majestad las llama. Porque unas se aplican a meditar y no a contemplar; y en esto de meditar, unas a la Pasión... otras... a considerar sus miserias... otras a pensar en las cosas celestiales...; otras hay que todo se les va en decir siempre jaculatorias y palabras amorosas a Dios, pidiéndole misericordia, rindiéndole el corazón y haciendo otros actos y afectos devotos; otras no saben qué decir ni qué pedir, ni aciertan a hacer otra cosa en la oración más que desear agradarle y amarle... Pero otras hay que por ningún caso pueden meditar... ni aciertan a hacer una consideración y sólo saben estarse a solas en silencio, creyendo que están con Dios, y rendidas a su voluntad.—Y todos son maravillosos modos

de oración, aunque tan diferentes y varios. Porque no está el caso de aprovechar en la oración en que sea de este modo, o de otro; sino en que cada alma vaya por aquel camino a que mejor se acomoda y de que saca más aprovechamiento y más constantes y vivos deseos de agradar a Dios y de imitar a Cristo». Cfr. V. Fr. Bartolomé de los Mártires, O. P. *Comp. myst.*, 2.ª P., c. 20; Granada, *Devoción*, c. 5, § 17-18.

c) *El vivir en Dios, y el vivir y reinar Dios en nosotros.* — «Hay un tiempo, dice el P. Caussade (*Abandon a la Prov.*, l. 2, c. 1, § 1), en que el alma vive en Dios, y un tiempo en que Dios vive en el alma. Y lo que es propio de uno de estos tiempos, es contrario al otro. — Cuando el alma vive en Dios (vida ascética), se provee cuidadosa y muy regularmente a sí misma de todos los medios de que puede disponer para llegar a la unión: todo lo tiene marcado y regulado... Mas cuando Dios vive en el alma, ésta debe abandonarse totalmente a su Providencia; ya nada tiene de sí misma, nada tiene sino lo que en cada momento le da el principio que la anima; ya no hay provisiones, ni camino trazado; y está como un niño en manos de quien lo lleva».

«Así, cuando el alma ha encontrado la moción divina, prosigue (§ 2), deja todas las obras, todas las prácticas, los métodos, los libros, las ideas, las personas espirituales, a fin de estar solitaria bajo la dirección de Dios, y de esta moción que viene ahora a ser el único principio de su perfección. Está en manos de Dios, como *todos los Santos lo han estado siempre*; y sabe que esta acción divina sola conoce la vía que le es propia, y que si buscara medios creados, no le servirían sino para extraviarse e impedir lo que Dios obra en ella».

«Nuestro buen Maestro, decía la Beata Margarita María (*Oeuvres*, t. 2, p. 141), es muy sabio Director, y cuando del todo nos entregamos a su dirección, nos hace andar en poco tiempo mucho camino sin que apenas lo notemos sino por los continuos combates de su gracia contra nuestro natural inmortificado». — «No tengáis, pues, reservas, añade (p. 261), para con Aquel que quiere ser dentro de vosotros como un germen de vida eterna. Allí quiere reinar, regir, gobernar y dar movimiento a todas vuestras operaciones, y ser objeto de todos vuestros afectos».

«Pues eres mía, decía Nuestro Señor a la V. Isabel de Jesús (1611-1682: *Vida*, l. 3, c. L), quiero que vivas en Mí y para Mí, y que no vivas en tu juicio ni voluntad... sino que mi Espíritu viva en tí».

d) *Ligadura de las potencias.* «Como Dios conduce a estas almas inmediatamente por su Espíritu, encargándose El mismo de santificarlas y concediéndoles mayores gracias que a los otros, se aplica también, observa el P. Grou (*Maximes*, XXII), a vencerlas más íntimamente de que no son nada, y nada pueden, y de que El es quien en ellas obra todo lo bueno... Para producir en ellas este sentimiento de impotencia y de dependencia, se apodera de sus facultades, no dejándoles disponer libremente de ellas en las cosas espirituales. Así vienen a sentirse como atadas e incapacitadas para ocupar su memoria, entendimiento y voluntad en ningún objeto particular; no se les permite ninguna mira ni proyecto; y si alguno conciben que no sea por inspiración, se complace él en desconcertarlo y trastornarlo. Por eso les impide toda práctica y todo método elegido por ellas; les prohíbe todo esfuerzo, y ni aun les tolera que se apliquen como los demás a la adquisición de tal o cual virtud... reservándose El el gobernarlas y santificarlas a su manera, prescribiéndoles oportunamente lo que deben hacer y evitar, e infundiéndoles El mismo las virtudes sin que ellas puedan lisonjearse de haber contribuido... Estado sumamente molesto y humillante para el hombre, que mortifica en extremo su amor propio y le

sujeta a la más exacta fidelidad; en el cual no podrá mantenerse sin gran amor y sin un valor a toda prueba... Quien así navega a merced del viento—a diferencia de quien va remando—no puede menos de reconocer que se lo debe todo a él, y que lo único que está de su parte es desplegar las velas y dejarse llevar sin resistencia. —Así, en el estado pasivo se siente mejor todo el valor y eficacia de la gracia».

«Nuestro Señor, decía la admirable salesa Sor Bernarda Ezpeosín (1850-1883; cf. *Vida*, 1906, Madrid, p. 160-61), me dió a conocer que algunas veces me concedería la memoria para que recordase los beneficios de Dios y mis miserias; pero que no tendría entendimiento ni voluntad para agradecer lo primero y aborrecer lo segundo, y que esto me causaría penas indecibles. Otras veces me concedería el entendimiento, pero sin memoria ni voluntad; y, finalmente, me dejaría la voluntad (algunas veces), pero sin memoria ni entendimiento, y éste sería uno de mis mayores tormentos. Me dijo, por último, que alguna vez me lo concedería o retiraría todo, y siempre sería para hacerme sufrir más».

«De improviso—después de sentir grandes ímpetus de amor, refiere la V. Sor Filomena de Santa Coloma (*Vida y escritos*, p. 167-8)—, me hallo como quien no puede tener ni deseos ni propia voluntad en nada; y así me reprendo a mí misma viendo que tan pronto he dejado los buenos deseos de padecer grandes trabajos por mi Redentor. Pero no puedo lograr nada hasta que el mismo que me los quitó me los devuelve... He recibido noticia que no hay que temer, porque esta paralización de deseos procede de la unión perfecta del alma con Dios, de modo que no hay más que un querer y no querer, entre el Señor y su indigna esclava».

«Esas insensibilidades, decía la Beata Margarita María (*Oeuvres*, t. 2, p. 402), son para enseñaros que, para ser capaz del amor de Dios y su gracia, hay que ser insensible a todas las cosas criadas y sobre todo a los movimientos que os sugerirá vuestro amor propio y vuestra voluntad».

«Para llegar a la total transformación de la criatura en el Criador, es preciso que aquélla esté muerta a su vivir, a su sentir, a su saber, a su poder y aun a su mismo morir, viviendo sin vivir, muriendo sin morir, sufriendo sin sufrir y resignándose sin resignarse.—No conmovérse por nada, es estar felizmente muertos». V. Juan de Saint-Samson (*Maximes spir.*, 22).

«Toda su obra y movimiento natural, advierte San Juan de la Cruz (*Noche II*, c. 14), antes estorba que ayuda a recibir los bienes espirituales de la unión de amor... que Dios por sola infusión suya pone en el alma pasiva y secretamente y en silencio. Y así es menester que le tengan todas las potencias y se *hayan pasivamente* para recibirle, no entremetiéndose allí su baja obra y vil inclinación».

«Entonces, añade (c. 16), conviene que tampoco le quede operación ni gusto acerca de las cosas espirituales, porque tiene las potencias y apetitos impuros, bajos y *muy naturales*; y así, aunque se les dé sabor y trato a estas potencias de las cosas sobrenaturales y divinas, no le podrían recibir sino muy baja y naturalmente, *muy a su modo*... De donde porque estas naturales potencias no tienen pureza ni fuerza, ni caudal para recibir y gustar las cosas sobrenaturales *al modo de ellas*, que es *divino*, sino *sólo al suyo que es humano y bajo*, como habíamos dicho, conviene que sean también oscurecidas acerca de esto divino. Porque destetadas y purgadas y aniquiladas en aquello primero, pierdan aquel bajo y *humano modo* de obrar y recibir, y así vengan a quedar dispuestas y templadas todas estas potencias y apetitos del alma, para poder *recibir, sentir y gustar* lo divino y sobrenatural alta y subí-

damente; lo cual no puede ser si primero no muere el hombre viejo. De aquí es que todo lo espiritual, si de arriba no viene, comunicado del Padre de las lumbres sobre el albedrío y apetito humano, aunque más se ejercite el gusto y potencias del hombre con Dios, y por mucho que le parezca gustan de El, no le gustarán divina y espiritualmente, sino humana y naturalmente».

e) *La simple vista amorosa*.—«Cuando un alma, advierte el P. Grou (*Manuel*, p. 327-29), se ha entregado perfectamente a Dios a fin de que haga de ella lo que quiera en tiempo y eternidad, la simplifica El primero en su fondo, introduciendo allí un principio de amor infuso y sobrenatural, que se convierte en único y sencillo móvil de toda su conducta... en única y sencilla mira de esta alma; quedando ella como fuera de sí, o al menos tendiendo siempre a despojarse de sí misma y trasportarse al objeto amado... La simplifica en su inteligencia; de tal modo, que ya no pueda reflexionar ni discurrir, desapareciendo la multitud de pensamientos que antes la cercaban, quedándole sólo una luz sencilla y confusa, que la ilustra y dirige sin dejarle distinguir ningún objeto particular. Su oración, antes llena de consideraciones, afectos y resoluciones, resulta ya sencilla; ocupa al alma sin que ésta se ocupe en nada de particular, sintiendo y gustando sin poder decir qué. Es un sentimiento confuso y general, que el alma no puede explicar... No sabe en qué se ocupa; lo único que sabe es que se ha puesto en oración y está allí como Dios es servido tenerla, ora seca, ora consolada... pero siempre unida en su fondo con El. Así pasa horas enteras sin fastidio ni disgusto, aunque, en apariencia, vacía de todo pensamiento y afecto; y es porque éstos se han simplificado, terminando inmediatamente en Dios, infinitamente simple.—Y poco menos está fuera de la oración, pues ya lea, ya hable, ya se ocupe en quehaceres, nota que está no tanto en lo que hace como en Dios por quien lo hace, el cual es la íntima ocupación de su espíritu... Así es como, simplificada también la voluntad, encuentra su centro y reposo en la de Dios».

Mi alma, dice Angela María de la Concepción (*Vida*, l. 4, c. X), «nada apetece, aunque sean consideraciones santas, sino sólo aquel estar en fe sabiendo que está allí Dios, y conociendo lo que allí se le comunica de aquel divino ser y grandeza, sin querer ni buscar ni admitir inquisiciones ni adquisiciones del entendimiento, porque si viene con una cosa o representación o concepto, dice el alma: «Nada es de esto, porque es más lo que yo entiendo», y así nada la propone que la satisfaga ni la aparte de aquel centro donde por otro modo más superior la comunica Dios más superiores luces de sus atributos e infinita grandeza; y como también con la luz que recibe conoce que ni allí puede entrar el entendimiento, de aquí entiendo yo la proviene el no hacer caso de él sino cuando quieto y atento se conforma con la quietud de la voluntad».

f) *Señales de que está ya Dios llamando a contemplar*. Las mejores señales para conocer que un alma es introducida en la purgación pasiva, y que por tanto, su sequedad no proviene de tibieza u otras causas, son, según San Juan de la Cruz (*Noche*, l. c. 9), las siguientes: «La primera, dice, es, si así como no halla gusto ni consuelo en las cosas de Dios, tampoco le halla en alguna de las cosas criadas. Porque, como pone Dios al alma en esta oscura noche a fin de enjugarle y purgarle el apetito sensitivo, en ninguna cosa la deja engolósinar ni hallar sabor...

«La segunda señal y condición para que se crea ser la dicha purgación, es que ordinariamente trae la memoria en Dios con solicitud y cuidado penoso, pensando que no sirve a Dios, sino que vuelve atrás... En esto se ve que no sale de flojedad y tibieza este sinsabor y seque-

dad... Por donde, entre la *sequedad* y *tibieza* hay mucha diferencia. Porque la que es tibieza, tiene mucha remisión y flojedad en la voluntad y en el ánimo, sin solicitud de servir a Dios; la que sólo es sequedad purgativa tiene consigo ordinaria solicitud con cuidado y pena... Pero... aunque al principio el espíritu no siente sabor... siente la fortaleza y brío para obrar, en la sustancia que le da el manjar interior, el cual manjar es principio de oscura y seca contemplación... Ordinariamente junto con esta sequedad y vacío que hace al sentido, da al alma inclinación y gana de estarse a solas y en quietud, sin poder pensar cosa particular ni tener gana de pensarla. Y entonces, si a los que esto acontece se supiesen quietar..., *luego* en aquel descuido y ocio *sentirían delicadamente aquella refección interior*. La cual es tan delicada, que ordinariamente, si tiene gana o cuidado en sentirla, no la siente... De tal manera pone Dios al alma en este estado, por tan diferente camino la lleva, que si ella quiere obrar con sus potencias, antes estorba la obra que Dios en ella va haciendo... Porqué ya en este *estado de contemplación*, que es cuando sale del discurso a *estado de aprovechados*, ya Dios es el que obra en el alma: de manera que *parece que le ata las potencias interiores*, no dejándole arrimo en el entendimiento, ni jugo en la voluntad, ni discurso en la memoria...

“La tercera señal... es el *no poder meditar* ni discurrir... como solía, aunque más haga de su parte”.

Santa Chantal en las instrucciones que daba a sus hijas, detallando más, les indicaba hasta siete “señales por donde conocerán, dice, si su ocio y quietud en la oración es de Dios: La 1.^a será, si leyendo, según se practica, su punto, no se pueden servir de él; más sentirán, sin usar por su parte del menor artificio, su corazón, su espíritu y lo íntimo de su alma, suavemente inclinados a este sacro repaso.—La 2.^a, si entre estas suavidades aprenden a obedecer mejor a Dios y a sus Superiores sin ninguna excepción; a no depender sino de la divina Providencia; y a no querer sino lo que Dios quiere.—La 3.^a, si este reposo las separa del afecto de las criaturas y de todas las cosas criadas, para unir las al Criador... La 4.^a, si las hace más sinceras y cándidas para manifestarse como un niño a sus Superiores. La 5.^a, si no obstante la suavidad que reciben en este dulce reposo, se hallan prontas a sufrir la aridez y esterilidad cuando Dios se la enviare, y a volver a las meditaciones y consideraciones cuando agradare a Su Majestad. —La 6.^a, si este impulso las hace más pacientes y descosas de padecer, sin pretender otro alivio o consuelo que el de su divino Esposo.—La 7.^a, si este ocio y amoroso sueño las hace más humildes; si las hace despreciar más el mundo y a sí mismas, para no estimar sino los trabajos, la cruz las humillaciones”.

«La más cierta señal, advierte a su vez la V. Angela María (*l. cit.*), es, cuando el alma gusta de estarse a solas con Dios con una amorosa atención, sin tener particular consideración; sino con una paz interior y quietud de potencias; porque entonces se comunica Dios al alma con una luz espiritual de su inefable y divina esencia, sin la distinción de los atributos y personas, sin género de imaginaciones ni pinturas, ni otras cosas intelectuales, sino con una sencilla y pura luz... Suele no conocerse esta señal en los principios: lo uno, porque esta noticia amorosa, como tan espiritual en sí, suele ser muy delicada, y lo otro porque como el alma está tan acostumbrada a lo sensible de las consolaciones en la meditación, no percibe a los principios esta novedad, lo cual es tan sensible al alma, que por no entender cómo es, suele no dejarse gobernar; pero no se desconsuelen, que el ejercicio y costumbre hará que lo conozcan y gocen, y que vayan creciendo en esta amorosa noticia de Dios, sintiendo el alma con ella mucha paz y descanso».

g) *El ocio santo de la contemplación*.—En la oración *propriadamente dicha*, advierte el P. Grou (*Maximes*, XIV), o sea en la *contemplación*, «el alma ni reflexiona ni forma afectos y resoluciones. Sin embargo, ni el entendimiento ni la voluntad están ociosos. Pues si la contemplación es *distinta*, el entendimiento ve, aunque sin discurrir, el objeto que Dios le presenta. Y si es *confusa*, aunque no ofrezca al alma ningún objeto particular, la atención del entendimiento a estar en presencia de Dios, a humillarse ante la suprema Majestad, a escuchar en silencio lo que El le enseña sin ruido ni distinción de palabras (que es la *manera ordinaria que Dios tiene de enseñar*); esta atención es una acción verdadera, aunque no percibida por causa de su extremada sencillez. Mas por ser directa y no refleja, no deja de ser real».

«Mira, advierte el P. Osuna (3.ª *Abec. esp.*, tr. 21, c. 5), que este no pensar nada es más que suena, y que en ninguna manera se puede explicar lo que ello es, porque Dios, a quien se ordena, es inexplicable: antes te digo que este no pensar nada es pensarlo todo, pues que entonces pensamos sin discurso en aquel que todo lo es por eminencia maravillosa; y el menor bien que tiene este no pensar nada de los varones recordados es una *atención* muy sencilla y sutil a *solo Dios*».

h) *El silencio espiritual*.—«He estado ante Jesús, decía Gemma Galgani (cf. *Biografía*, c. 17): nada le he dicho, y El nada me dijo tampoco: hemos estado *ambos en silencio*; yo le miraba y El me miraba a mí. Mas ¡si supiese, Padre mío, qué dulce cosa es estar así ante Jesús!... No se quería salir de allí —Mas luego, en un instante... se disipó aquella luz, yéndose Jesús. Pero el corazón no se enfriaba nada tan pronto».

A veces—advertía el V. P. Baltasar Álvarez (cf. *Vida*, por La Puen-te, c. 23), estoy ante el Señor «callando y descansando; y este callar en su presencia descansando es gran tesoro; porque al Señor todas las cosas hablan y son abiertas a sus ojos: mi corazón, mis deseos, mis fines, mis pruebas, mis entrañas, mi saber, mi poder; y son ojos los de su divina Majestad, que pueden quitar mis defectos, encender mis deseos y darme alas para volar, queriendo El más mi bien y su servicio que Yo mismo... Si no alcanza (el alma) lo que desea, consigue otra cosa mayor, que es la conformidad de su voluntad con la de Dios; pues vive en su querer, no queriendo saber más de lo que El quisiera dar; ni más a prisa ni por otros caminos de los que El quisiera tomar».

Conforme a esto cantaba la V. Sor María de la Santísima Trinidad (1610-1653; cf. *Vida* por el P. Serratosa, 1912, cap. 33):

*Si callando se oye a Dios,
El no cesa,
El no cesa de enseñar:
¡No hay cosa como callar!*

ARTÍCULO V.—LOS DIVERSOS GRADOS DE ORACIÓN NOTORIAMENTE «SOBRENATURAL», SEGÚN SANTA TERESA, Y LA TRANSICIÓN GRADUAL EN TODO.

Santa Teresa en su *Vida* (c. 14) compara los dos primeros grados de la oración que llama «sobrenatural», o infusa, al riego de un jardín—que es el de nuestras almas—hecho no con la escasez, dificultad y trabajo de quien saca el agua a fuerza brazos, según sucedía en la meditación, sino con la facilidad y abundancia de quien lo riega mediante una buena *noria*.

Tal sucede, dice ella, en las dos maneras de oración llamadas de *recogimiento infuso* y de *quietud*; pues aunque éstas nos son dadas por Dios sin casi ningún trabajo nuestro, y hasta a veces cuando menos lo pensamos ni procuramos (1), sin embargo, todavía suelen ser menester ciertas diligencias para recogernos y sobre todo para no exponernos a perder demasiado pronto esa gracia y para utilizarla lo mejor posible.—De suerte que, con ser ya notoriamente el mismo Espíritu Santo quien produce ese riego, todavía —para no romper del todo la continuidad—lo suele dejar en gran parte a nuestra industria e iniciativas.

El *tercer grado*, o sea el de la simple unión, la Santa lo compara a regar con agua que no necesita ya de ninguna manera de esfuerzos ni industrias para sacarse, sino que ella sola se nos viene como encauzada del río o de una fuente, y todo el trabajo humano del jardinero se reduce a distribuirla y conducirla por donde más convenga.

En la *unión plena o extática*, que viene a constituir como el *cuarto grado*, advierte que son ya por demás estas mismas diligencias y hasta resultan imposibles; pues Dios es quien lo hace todo, como cuando copiosamente nos llueve del cielo, y al alma le basta con dejarse toda empapar, a manera de una esponja, por esa celestial *agua viva* que la baña, la sacia, la refrigera y purifica, y la inunda por dentro y por fuera dejándola llena de vigor y de gozo y de vida...

Mas en su *segunda Relación* al P. Rodrigo, la misma Santa Doctora descubre otra suerte de oración *sobrenatural*—es decir, tal que de ningún modo podría adquirirse con solas nuestras industrias y diligencias—, y anterior a la de recogimiento; y consiste en cierta presencia de Dios que viene a ser casi continua, de suerte que baste recogerse un poco para lograrla.

Este verdadero preludio de la contemplación bien podríamos hacerlo coincidir con la misma oración arriba descrita que otros llaman de *simplicidad*, de *ocio espiritual* o de *simple vista amorosa de Dios*; la cual, al prolongarse entre día y hacerse como habitual, se convierte en cierta manera de *presencia deleitosa*, mientras que luego, en las sequedades y desolaciones de la noche del sentido, se trocará en vista o *presencia dolorosa*, donde el alma se purifica maravillosamente.

(1) «Como no se ha de traer esta agua por arcaduces, como la pasada, dice Santa Teresa (*Mor.* IV, 2), si el manantial no la quiere producir, poco aprovecha que nos cansemos. Quiero decir, que aunque más meditación tengamos, aunque más nos estrujemos y tengamos lágrimas, no viene esta agua por aquí: sólo se da a quien Dios quiere, y cuando más descuidada está muchas veces el alma».

Aquí el *acto místico*—, que era al principio tan raro y luego quedaba tan interrumpido con los que son propios del *estado ascético*—, va haciéndose cada vez más frecuente, y hasta convirtiéndose poco a poco en habitual, aunque siempre interrumpiéndose también más o menos con numerosos *actos no místicos*, o sea hechos, como antes, a nuestro modo y por nuestra propia iniciativa, si bien cada vez con mayor perfección y más en espíritu.

Así veremos cómo—desde la oración de *simple vista amorosa*—se acentúan cada vez más las señales de *vida mística* iniciadas ya en la *oración afectiva*: y cómo de esta manera se va pasando casi del todo insensiblemente, o por transición gradual, desde un *estado* tan notoriamente *ascético*, cual es el de la *consiaeración* o *meditación* laboriosa, hasta el tan marcadamente *místico*, como el de la *unión*, y sobre todo el de la *unión estable*, donde cesa ya casi toda propia iniciativa y todo esfuerzo que no sea simplemente a cooperar a las dulces mociones de la gracia.—Entre tanto, mientras prepondera el estado ascético, va interpolándose con actos y luego con breves *estados místicos*; los cuales al fin serán ya los preponderantes y acabarán por ser sólo de cuando en cuando interrumpidos por breves actos ascéticos, aunque éstos ya nunca rutinarios, sino siempre llenos de valor y vida.

En su monumental *Castillo interior*, donde la gran Doctora mística expone más claramente su pensamiento ya maduro y definitivo, vemos cómo va introduciendo las almas sucesivamente y por orden, sin ninguna interrupción, en sus siete famosas *Moradas*, que representan otros tantos *grados de oración* y los correspondientes de *perfección* o *progreso* en la vida espiritual, desde los primeros pasos, o desde que salen del abismo del pecado, hasta que logran la más plena unión y transformación que en esta vida cabe.

Las tres primeras *Moradas* las dedica a las almas aun del todo imperfectas, que todavía no pueden gozar de un trato íntimo con Dios. La 1.ª es la propia de los pecadores recién convertidos que no sólo necesitan grandes purgaciones activas y penitencias para limpiar bien sus almas, sino grandes preservativos para no recaer; para lo cual les conviene mucho pensar en los Novísimos y fundarse bien en el propio conocimiento. Mas sin perjuicio de disponerse a la vez para ir entrando por orden en las demás moradas (1).

... (1) Aunque esta del propio conocimiento, observa Santa Teresa (*Mor. 1, c. 2*), «es la primera Morada, es muy rica, y de tan gran precio; que si se descabulle de las sabandijas de ella, no se quedará sin pasar adelante... Y conviene mucho para haber de entrar en las se-

La 2.^a es para los que ya fácilmente se abstienen de pecados graves, pero aun tienen poco reparo en caer en los leves.—Y a éstos les conviene *meditar* sobre la Pasión del Salvador y sobre los males increíbles que nos causa la tibieza, para animarse a servir a Dios con todo fervor y fidelidad y ser dóciles a las divinas inspiraciones (1).

En la 3.^a entran los ya de algún modo «bienaventurados», cuales son los verdaderos *temerosos de Dios* que, deseando complacerle y servirle de veras (*Ps.* 111, 1), empiezan a llevar una vida recogida y a dedicarse a toda suerte de obras de piedad.—Y así, con el *temor de Dios*, que es el principio de la mística sabiduría, y con esa *piedad* que «para todo es útil, y tiene promesas de vida» (1 Tim. 4, 8), van mereciendo que Dios los trate como a fieles hijos, y así lo introduzca en su más íntima comunicación.

De ahí el que no haya completa separación o incomunicación de unas moradas a otras; y así, a cuantos son fieles a lo que en una de ellas se pide, no hay, dice la Santa, por qué se les niegue el pasar a su tiempo a la siguiente, y así hasta llegar a la última.

La 4.^a es ya para los aprovechados que, entrando de lleno en la vida *espiritual*, empiezan a gustar las dulzuras de la contemplación infusa, mediante la oración de *recogimiento* y la de *quietud*.

La 5.^a pertenece a la oración de *unión* y al *éxtasis*.

En la 6.^a describe el místico *Desposorio* y los grandes favores—junto con las correspondientes angustias y purgaciones—que le preceden y siguen: como son, por una parte,

gundas Moradas, que procure dar de mano a las cosas y negocios no necesarios, cada uno conforme a su estado. Que es cosa que le importa tanto para llegar a la *Morada principal*, que si no comienza a hacer eso, lo tengo por imposible».

(1) La *Morada 2.^a*, dice la Santa, «es de los que han ya comenzado a tener oración, y entendido lo que les importa no se quedar en las primeras Moradas: mas no tienen aún determinación para dejar muchas veces de estar en ella, porque no dejan las ocasiones, que es harto peligro... Hay gran esperanza de que entrarán más adentro... Estos entienden ya los llamamientos que les hace el Señor; porque como van entrando más cerca de donde está su Majestad, es muy buen vecino, y tanta su misericordia y bondad, que aun estándonos en nuestros pasatiempos y negocios... con todo esto tiene en tanto este Señor nuestro que le queramos y procuremos su compañía, que una vez u otra no nos deja de llamar, para que nos acerquemos a El; y es esta voz tan dulce, que se deshace la pobre alma en no hacer luego lo que le manda... Confíen en la misericordia de Dios y nada en sí, y verán cómo su Majestad le lleva de unas Moradas a otras, y le mete... a donde éstas fieras no le pueden tocar, ni cansar, sino que él las sujete a todas y burle de ellas, y goce de muchos más bienes que podría desear, aun en esta vida».

los raptos y vuelos del espíritu, y las heridas de amor, y por otra, las insoportables ausencias, oscuridades, desolaciones y aniquilaciones de la terrible *noche del espíritu*.

La 7.ª está reservada para el *Matrimonio espiritual*, en que se logra la *unión estable* y la verdadera *transformación* del alma en Dios, y por tanto la plena perfección a que «todos somos llamados».

En el *Camino de perfección* trata no sólo de la oración vocal y de la discursiva, sino también de la de *quietud* y *recogimiento* infuso, de que, por más que hace, no acierta a prescindir para exponer bien las simples peticiones del *Pater Noster*, y sin lo cual no concibe una perfección verdadera y sólida. Y a eso añade algunas explicaciones acerca de la unión y el arrobamiento, como de cosas no muy raras o «extraordinarias» en las almas verdaderamente fervorosas.

En su *Vida*, a continuación de la oración de recogimiento y quietud, describe, junto con la de unión, los éxtasis, arrobamientos y vuelos del espíritu.

En la mencionada *Relación* al P. R. A., cuenta el recogimiento y la quietud, luego el sueño de las potencias, la *unión*—que puede ser *sencilla*, de sola la voluntad, o *completa*, de todas las facultades del alma—, el *arrebamiento* o *suspensión* (éxtasis), el *arrebataimiento* (raptó) y *vuelo del espíritu*, los *ímpetus* y las *heridas de amor*.

ARTÍCULO VI.—COMPARACIÓN DE LA CLASIFICACIÓN DE SANTA TERESA CON LAS DE OTROS AUTORES

Esta clasificación teresiana, sobre todo tal como figura en su pleno desarrollo en las *Moradas*, ilumina vivísimamente lo que parecía un caos, y así ha venido a servir de norma y de base a casi todos los autores que posteriormente han tratado de penetrar en los íntimos secretos de la psicología sobrenatural y declarar los verdaderos progresos de la vida mística, que antes parecían enigmas indescifrables. Pues las gradaciones que se establecían, correspondían tan sólo a ciertos fenómenos particulares o a lo sumo a ciertas virtudes, mas no al conjunto de la vida espiritual.—De ahí que esa luminosa y magistral clasificación haya venido a ser al fin comúnmente admitida en el fondo, si bien ciertos autores suprimen o añaden algo, y otros, con más acierto, tratan de simplificarla, reduciéndola a los grados fundamentales (1).

(1) Según el autor de *Conocimiento obscuro de Dios*, c. 8, habría en la contemplación mística cinco principales grados: el 1.º de los cuales lo constituye la contemplación afirmativa o «adquirida»;—el 2.º la

Así, Felipe de la Santísima Trinidad (*Sum. Theol. myst.* P. 3, tr. 3, d. 3, a. 5) enumera 6 grados principales, que son: *recogimiento*, *quietud*, *unión ordinaria*, impulsos o *impetus*, *rápto* y *matrimonio espiritual*.

San Francisco de Sales (*Amor de Dios*, l. 6, c. 7-15; l. 7, c. 1-3), se contenta con sólo tres de los más notables grados pertenecientes a la *unión conformativa*; prescindiendo en absoluto de la *transformativa*, sin duda por ser tan pocos los que la consiguen. Esos grados son: *recogimiento*, *quietud* y *unión*; si bien en ésta distingue la unión sencilla de la extática, que resulta allí el grado supremo; y en la quietud distingue varias fases, cuales son, primero: el simple *reposo*, el *silencio*, la *embriaguez*; y luego: la *licuefacción*, las *heridas de amor* y la *languidez de amor*.

San Ligorio (*Praxis*, n. 132-137) admite 5 grados después del *ocio espiritual*, que son: el *recogimiento*, la *quietud*, la *unión sencilla*, el *desposorio* y el *matrimonio espiritual*.—Y esta clasificación nos parece la más sencilla y expedita, pero con tal de distinguir bien de estos dos últimos grados, pertenecientes a la *unión transformativa*, los anteriores que pertenecen a la simplemente *conformativa*; pues no en vano media entra estas dos maneras de unión la terrible y prolongada *noche del espíritu*.

Scaramelli, sin embargo, prefiriendo detallar más, enumera y trata de distinguir (*Direct. míst.*, tr. 3, c. 1-23) hasta 11 grados, que son: *recogimiento*, *silencio espiritual*, *quietud*, *embriaguez de amor*, *sueño espiritual*, *ansias y sea de amor*, *toques divinos*, *unión sencilla*, *éxtasis*, *rápto*, *unión estable* y perfecta, o sea matrimonio espiritual.

Algo parecida —y quizá calcada en ésta—es la clasificación siguiente que hemos visto en cierto manuscrito de un alma que daba a entender escribía lo que ella misma había experimentado, y así se detiene en las *heridas de amor*, poniendo por otra parte 3 grados previos al *recogimiento*. La transcribimos con algunas explicaciones por el interés que acaso pueda ofrecer: 1.º grado: *Purificación y renovación*. 2.º *Ilustración* (inspiraciones, etc.)...

noticia amorosa y general de Dios;—el 3.º la oración de recogimiento—en la cual cree que todavía hay algo de adquirido junto con lo infuso—; el 4.º la de quietud, del todo infusa;—y el 5.º la unión extática junto con la transformativa; la cual por lo mismo considera como «el más alto grado que hay de oración».

Según el P. Dosda (*L' Union avec Dieu*, 4.ª P. c. 19), en la unión mística hay sólo cuatro grados: 1.º *La unión incipiente*, que comprende el recogimiento y la quietud; 2.º la *unión sencilla*; 3.º la *unión extática* y 4.º la *unión transformante* o *matrimonio espiritual*.

3.º *Escritura del corazón*.—Allí graba Dios su ley, que es la gracia del Nuevo Testamento, para que el alma la medite, la halle y la cumpla; y tratando así de ponerle a El mismo por sello, llegará a sentir su presencia amorosa.

4.º *Recogimiento*.—Desde aquí el Espíritu Santo es ya quien dirige; da luz para conocer la fealdad de nuestras faltas y a la vez consuelo, aliento y moderación en todo.

5.º *Silencio espiritual*.—Suspensión ante Dios sin perderse en El. —Siéntese un gran vacío de todo; y es señal de que Dios quiere llenarnos.

6.º *Quiétude*.—En que el alma siente mucha paz, reposo y suavidad interior, y de donde sale con grandes afectos de amor y deseos de alabar a Dios y fundarse en la humildad y demás virtudes.

7.º *Embriaguez de amor*.—8.º *Sueño espiritual*.—9.º *Ansias e inquietud de amor*.

10. *Toques de Dios en el alma*, que la encienden en amor, la ilustran el entendimiento y le comunican virtudes.

11. *Incendios y languidez de amor*.

12. *Unión*, en que no se pierde el uso de los sentidos.—Visiones imaginarias.—Éxtasis.

13. *Rapto e ímpetus de amor*.

14. *Desposorio*.—Cambio de corazones.—Unión más íntima.

15. *Heridas*, con grandes ansias y sed de amor...

Antes de Santa Teresa apenas se conocían, según queda dicho, sino ciertas gradaciones de fenómenos que pueden figurar en un mismo grado de oración, o que a lo sumo indican los progresos de una misma virtud.

Así Ricardo de San Víctor (*De quatuor grad. viol. charitatis*), dice: «Attendo ad opera violentae charitatis, et invenio... alios vulneratos, alios ligatos, alios languentes, alios deficientes... In primo itaque gradu Deus intrat in animum, et animus redit ad seipsum; in secundo, ascendit supra seipsum et elevatur ad Deum; in tertio, animus elevatus ad Deum, totus transit in ipsum; in quarto, animus exit propter Deum, et descendit sub semetipsum».

El opúsculo titulado *De septem gradibus contemplationis*, dice: «Septem gradus... censui deducendos... Primum igitur dicamus ignem; secundum unctionem, tertium extasim, quartum speculationem, quintum gustum, sextum quietem, septimum gloriam. Primo enim anima ignitur, ignita ungitur, uncta rapitur, rapta speculatur et contemplatur, contemplans gustat, gustans quiescit. Haec in via possunt adquiri, non tamen subito, sed gradatim. Citius autem haec experitur qui frequentius spiritualibus se exercet. Septimus in patria confertur abundantius illis qui se in praecedentibus gradibus exercuerunt».

Gersón (*Myst. theol. spec.*, P. 7, consid. 35), fundándose en las propiedades del amor, reduce los grados de la contemplación a tres: *éxtasis*, *unión* y *quietud*, que vienen así a quedar en orden inverso:

«Amor enim, dice él, rapit, unit, satisfacit. Primo quidem amor rapit ad amatum, et inde extasim facit. Secundo amor jungit cum amato et quasi unum efficit. Tertio sibi sufficit, nec aliud præter amare quaerit».

Los místicos posteriores a Santa Teresa que no se inspiraron en ella, siguen proponiendo gradaciones inaceptables. Así, con acercarse en parte a la Santa, Alvarez de Paz (*De grad. contempl.*, l. 5, P. 3, Introd.), considera hasta 15 grados, fundándose en 15 denominaciones que halló en los autores, diciendo: «Quindecim nomina ad contemplationem pertinentia in ascetis invenio, quae mihi videntur totidem contemplationis gradus designare. Haec autem sunt: 1.º intuitio veritatis, 2.º secessus virium animae ad interiora, 3.º silentium, 4.º quies, 5.º unio, 6.º auditio loquelae Dei, 7.º somnus spiritualis, 8.º extasis, 9.º raptus, 10. apparitio corporalis, 11. apparitio imaginaria, 12. inspectio spiritualis, 13. divina caligo, 14. manifestatio Dei, 15. visio intuitiva Dei».

Godínez se funda en la división general de la contemplación en *querúbrica* y *seráfica*, que hoy ya nadie admite, pues no indica sino el predominio que en un mismo grado pueden tener, respectivamente, los dones de *inteligencia* y de *sabiduría*. — Así la primera tiene que subdividirla casi únicamente atendiendo a los misterios o atributos divinos a que se refiera, incluyendo en ella, sin embargo, la oración de *silencio* y de *quietud*. En la *seráfica* distingue 10 grados, que son: contemplación ígnea, flámea, confirmativa y resignativa, abnegación o desnudez, soledad afectiva, soliloquios del alma, niebla espiritual, libertad del espíritu, contemplación oscura y amor vulnerante». (*Teología mística*, l. 5 y 6).

ARTÍCULO VII. — GRADOS FUNDAMENTALES: OBSERVACIONES

Prescindiendo de estas clasificaciones, tan infundadas y desordenadas, y ateniéndonos a la simplificación hecha en las magistrales descripciones de Santa Teresa, podremos reducir los diversos grados que hoy suelen admitirse en la contemplación a estos cinco fundamentales: *recogimiento*, *quietud*, *unión*, *desposorio* y *matrimonio espiritual*; perteneciendo los tres primeros, según hemos dicho en la *Evolución mística* (p. 491), a la *unión conformativa*, y los otros dos (entre los cuales bien podría intercalarse la *contemplación caliginosa*) a la *unión transformativa*.

Estos cinco o seis grados principales, creemos que la primera vez los van recorriendo todas las almas con riguroso orden, no pasando a ninguno de ellos sin haberse detenido más o menos en el inmediato inferior, ni, por lo común, sin experimentar una nueva crisis en que se pruebe la fidelidad y se merezca ese ascenso. — Pero después de puesta el alma en un grado, puede recibir casi indistintamente,

ora la oración propia de él, ora la perteneciente a cualquiera de los grados inferiores, según más le convenga, sin excluir la misma meditación u oración discursiva; a la cual debe el alma recurrir para no estarse ociosa— como los *quietistas*—, sino andar como pueda por su pie o remar, siempre que se le plieguen las místicas alas o cese el soplo divino. (Cf. Santa Teresa, *Vida*, c. 18).

Sin embargo, ciertas almas parece que van poquito a poco llegando hasta el mismo grado de unión, por una transición insensible, o bien entre tan continuas pruebas y oscuridades que, por pasar rápidamente los momentos de luz, no aciertan a reconocerse en ninguno de los precedentes grados, y así quizá les parezca que su único estado es una perpetua noche, sólo interrumpida o surcada por breves rayos de luz y consuelo que no aciertan a explicar.—Mas al llegar a la unión y establecerse por algún tiempo en ella, mientras va cesando la *noche del sentido* para dar lugar a la del espíritu, al descender de cuando en cuando a los grados precedentes o ver su descripción en algún libro, empiezan a caer en la cuenta de que eso no se les hace nuevo, y de que, aun sin advertirlo, realmente tuvieron ya varias veces esa manera de oración.

Así es como pueden muy bien reconocer que el recogimiento precedió a la quietud, por más que muchos místicos—y a veces la misma Santa Teresa—lo asocien a ella o lo describan después, sin duda por no haberse fijado bien en él o por considerarlo tan sólo como un repentino relámpago en medio de la oscura noche del sentido, o bien como un simple rayo de luz más clara entre la habitual presencia de Dios, de que ya antes gozaban. Mas al sentir claramente el descanso del alma en la *quietud*, y ver cómo en ella les va quedando cautiva la voluntad, advierten que para esto venían preparándose con actos más o menos repentinos de *recogimiento infuso*.

Y puesto que las otras suertes de oración que los místicos señalan—tales como la de silencio, sueño espiritual, embriaguez, jubilación, etc.—conforme advierte el P. Poulain (*Grâces d'oraison*, ch. 3, n. 8), no son sino como ciertas maneras de ser de estas 5 principales,—o bien fenómenos que suelen acompañarlas o efectos que a veces pueden seguirse—, nos atendremos por ahora a indicar, para mayor claridad, en qué consiste lo esencial de esos grados, que consideramos como principales, y cuáles son los fenómenos que por lo común les acompañan; y luego completaremos esta breve noticia con algunos ejemplos, o sea con descripciones hechas por almas bien experimentadas, con los

cuales podrá el lector formarse una idea más cabal de estas admirables operaciones de la gracia.

ARTÍCULO VIII.—BREVE IDEA DE LOS PRINCIPALES GRADOS DE LA UNIÓN CONFORMATIVA Y DE LOS FENÓMENOS QUE SUELEN ACOMPAÑARLES.

El *primer grado de la mística unión*, o de manifiesta *contemplación* (y 5.º de oración) — lo constituye el *Recogimiento infuso*.— Este es la *unión del simple entendimiento con Dios*, el cual, con su hermosura y claridad infinita, lo atrae y embelesa por de fuera, o sea objetivamente; mientras por dentro, con su omnipotente virtud, lo posee, cautiva y conforta, enriqueciéndole con los preciosos dones de *ciencia, consejo e inteligencia*, mediante los cuales le hace penetrar como de un golpe en ese mundo superior donde resplandecen sus inefables maravillas.

De este modo, uniéndolo cada vez más íntimamente consigo, aunque sea tan sólo por breves instantes, lo deja purificado e «iluminado para que no duerma jamás en la muerte» (Ps. 12, 4), sino que viva ya renovado y como deificado con los resplandores de su misma claridad (d).

A este recogimiento infuso suele preceder, según queda dicho— o a veces seguir— una viva *presencia de Dios*, también infusa, con que el alma viene a sentir en todas partes cierta impresión, como de la divina inmensidad, ora de una manera gozosa, como cuando suavemente es atraída de ciertos atributos o de los misterios de la fe (1); ora triste y dolorosamente, como cuando le parece estar a oscuras y muy ausente de El, y que todos le están preguntando: *¿Dónde está tú Dios?* (2). Esta presencia, o la de la luz sobrenatural que está invitando a la contemplación, se muestra muchas veces en la porfiada insistencia con que asalta al alma un mismopensamiento santo, o en la profunda impresión que

(1) «Acacéame, dice Santa Teresa (*Vida*, c. X), venirme a deshora un sentimiento de la presencia de Dios, que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí, u yo toda engolfada en El». — Cf. *Carta 2.ª*, al P. Rodrigo.

(2) «Mi alma, decía la V. María de la Encarnación (*Vie*, por Chappot, t. P., c. 4), no cesaba de tender hacia Dios de una manera constante y del todo espiritual. Me veía atormentada del deseo de poseerle de una manera nueva, que yo aún ignoraba, y que no podría definir. Lo veía en todas las criaturas».

«*Unio alia est obscura, arida et insipida seu tristis quaedam rerum divinarum cognitio cum amore quodam poenali sociata; quae etiam unio dispositiva ad contemplationem dici potest, et fit per derelictionem seu purgationem passivam ... Alia est unio suavis quae fit per contemplationem, vel per illapsam, vel per transformationem*». Schram, *Theol. myst.* § 172, schol. t. 1.

acierta a producirle una sentencia o máxima espiritual, donde por muchos días tiene fijo el corazón, hallando allí toda la luz y aliento que necesita (1). Esto y la presencia dolorosa, se notan muy principalmente en la noche del sentido.

Al *recogimiento* se asocian como *fenómenos* parciales o como simples *efectos*, a veces, una *admiración* deleitosa que ensancha el alma y la llena de gozo y alegría, al descubrir en Dios tantas maravillas de amor, de bondad y de hermosura; otras veces cierta *suspensión* (2), o un profundo *silencio espiritual*, en que ella se queda atónita, absorta, abismada y como anonadada ante tanta grandeza.—De aquí los afectos y efectos de sólida humildad y de profundo respeto a las cosas divinas que esta oración produce (3).

De esta suerte, en un momento y sin trabajo alguno adquiere el alma unas luces tan grandes, como no hubiera podido lograrlas con años enteros de estudio y meditación.—Por donde se ve cuán estimable y deseable y preciosa se muestra ya desde sus primeras comunicaciones esta celestial sabiduría.

Con estas luces va siendo sobrenaturalmente excitada, atraída, encendida y purificada la misma voluntad, que así vendrá también a quedar cautiva.

2.º *grado de contemplación* y 6.º *de oración*: - La *Quiétude*.—Esta es la *unión de la voluntad con Dios*, que, como sumo Bien, la atrae enérgicamente para que sólo en El halle su reposo; y como infinita potencia, bondad, suavidad y dulzura, con sus dones de temor, piedad, fortaleza y sabiduría, la anonada y a la vez la cautiva, la abraza, la colma

(1) «Si un alma, observa Saudreau (*Les Faits exté.* p. 22), durante semanas y meses enteros vuelve sin cesar en sus oraciones a un mismo texto de la Escritura, que basta para tenerla unida con Dios... puede con certeza colegirse que ha recibido luces místicas».

(2) «Elevationem hanc, dice Alvarez de Paz (l. 5, P. 2, c. 8), sequitur in contemplatione mentis *suspensio*: quae nihil aliud est quam quaedam perfectissima ad id quod contemplatur *attentio*, et rerum omnium inferiorum oblivio».

(3) «Cuando un alma se *recoge* con *especial* *moción* de Dios, dice el P. Luis de la Puente (*Avisos*, § XI), así como decimos que entra dentro de sí, y allí halla a Dios, así también entra dentro de Dios. Mejor se conoce cuando se experimenta, que se dice. Cuando está un alma de esta manera, luego halla con quien hablar, no tiene necesidad de discursos, ni aun los puede hacer. Todos son coloquios y afectos, mirando la grandeza de este Dios y la vileza propia: allí clama, allí pide, allí ama, allí se goza, allí se entristece, allí se aborrece, allí se anima, allí se aviva para obedecer, para padecer, para dar contento a Dios por Dios. De esta manera quizá se entienda lo que dicen los Santos, que la contemplación es sepulcro del ánima, donde entra y se entierra, muere y sepulta, y por otra parte dicen, que entra dentro de sí misma, y dentro de Dios».

de caricias y, acercándola, por decirlo así, a «los pechos de su consolación» (Is., 66, 11-13), la conforta y la sacia y embriaga con indecibles delicias (1).

Allí encuentra el alma por algunos ratos—que siempre le parecen cortos por mucho que duren—su pleno descanso, su refrigerio y fortaleza, su paz y felicidad (2). Y esta felicidad la goza muchas veces sin que las potencias sensitivas, ni aun la misma razón, se den apenas cuenta, y así pueden andar ora como divagueando y tratando de inquietar la voluntad, y ora como espantadas sin saber por qué. Pero otras veces va redundando hasta a las mismas facultades sensitivas el gozo espiritual y toda esa paz, santidad y dulzura, con lo cual se purifican y disponen para ir también quedando a su tiempo cautivas y unidas con Dios (e).

Los efectos de este reposo místico son un gran aumento de salud espiritual, de paz y alegría y facilidad para todo lo bueno, saliendo el alma muy mejorada en toda suerte de virtudes (3).

A la *quietud* se asocian la *embriaguez de amor*, la cual en un principio es más o menos *sensible* y necesita moderar

(1). En la oración de quietud, observa Santa Teresa (*Camino*, c. 31), «comienza el Señor a dar a entender que oyó nuestra petición, y que comienza ya a darnos su reino aquí, para que de verdad alabemos su nombre y procuremos le alaben otros... Es cosa sobrenatural, y que no la podemos procurar nosotros por diligencias que hagamos; porque es un ponerse el alma en paz, u ponerla el Señor en su presencia, como hizo al justo Simeón; porque todas las potencias se sosiegan, entendiéndole el alma por una manera muy fuera de entender con los sentidos exteriores, que está ya *junto cabe su Dios*, que con poco más llegará a estar hecha una misma cosa con El por unión».

«Este encendimiento de amor, dice San Juan de la Cruz (*Noche II*, c. 12), con unión de estas dos potencias, entendimiento y voluntad, que se unen aquí, es cosa de gran riqueza y deleite para el alma. Porque es cierto toque en la Divinidad y ya principios de la perfección de la unión de amor que espera. Y a este toque de tan subido sentir y amor de Dios no se llega, sino habiendo pasado muchos trabajos y gran parte de la purgación».

(2) «No sin misterio, este reposo se llama *sueño del medio día*, que suele ser breve, no más que para descansar un poco y volver al pasto o al trabajo; porque la contemplación sossegada suele ser breve... De lo cual se quejaba San Bernardo diciendo (*Serm. 32 in Cant.*): *Rara hora, brevis mora*. Viene de tarde en tarde y dura poco tiempo. Y es menester pedir a Dios juntamente nos descubra el lugar donde apacienta y donde sesteá, para que, en faltando el reposo de la contemplación, volvamos al pasto de la meditación». —(La Puente, *Guía*, tr. 3, c. 6, § 2).

(3) «Effectus orationis quietis, dice Vallgornera (q. 4, d. 2, a. 16, n. 12), sunt, pax interna remanens etiam transacta illa quiete, profunda humilitas, habilitas et dispositio ad exercitia spiritualia, lux coelestis in intellectu, et in voluntate firmitas ad bonum, et reliquas virtutes, quas Dominus ipse *multo excellentiores concedit, quam propria possint industria acquiri*... Deinde est quaedam moralis certitudo propriae salutis».

algún tanto sus manifestaciones, que suelen ser gritos, gemidos, cánticos de alabanza, saltos de alegría y otras grandes *locuras de amor* (k). Luego va haciéndose cada vez más *espiritual*, donde las consiguientes *locuras* son extremos de cordura y de sabiduría cristiana que los no espirituales son incapaces de entender, y donde se empieza a gozar de la verdadera y gloriosa libertad de los hijos de Dios (1).—Otras veces esta embriaguez, en vez de traducirse en voces y cánticos y otras exterioridades, se traduce en el místico *sueño espiritual*, en que el alma está como el niño dormido a los pechos de su madre, gozando del bien que posee mientras el corazón sigue velando y ardiendo en amor (*Cant.* 5, 2) (g). A esto se añaden ciertas caricias divinas o *toques amorosos* con que Dios va atrayendo más al alma y preparándola para la verdadera *unión* (2).

3.º *grado* de contemplación (7.º de oración).—La llamada simplemente *Unión* es aquella manera de oración en que *todas nuestras facultades* quedan más o menos *unidas* con Dios, y donde El va, en efecto, cautivándolas y tomando plena posesión de todas ellas para manejarlas a su gusto sin que ya en nada le resistan. Y así el alma misma llega a conocer que no es ya ella quien obra, sino Dios en ella y por ella (o). Pues toda su actividad viene a quedar tan de acuerdo con la divina, que con ella parece como fundida e identificada, sin serle ya posible dudar de esta portentosa intimidad (3).

(1) «¡Oh, váleme Dios, exclama Santa Teresa (*Vida*, c. 16), cuál está un alma cuando está así! toda ella querría fuese lenguas para alabar al Señor. Dice mil *desatinos santos*, atinando siempre a contentar a quien la tiene así... Parece que sueño lo que veo, y no querría ver sino enfermos de este mal... Suplico a vuesa merced seamos todos *locos*, por amor de quien por nosotros se lo llamaron: pues dice vuesa merced que me quiere, en *disponerse para que Dios le haga esta merced*, quiero que me lo muestre... ¡Oh gran libertad! tener por cautiverio haber de vivir y tratar conforme a las leyes del mundo!»

«Este gozo interior, añade (*Relación I*), debía sentir San Francisco cuando le toparon los ladrones que andaban por el campo, dando voces y les dijo que eraregonero del Gran Rey; y otros Santos que se iban por los desiertos pararegonar lo que San Francisco: estas alabanzas de Dios. Yo conocí uno, llamado Fr. Pedro de Alcántara (que creo lo es según fué su vida), que hacia esto mismo y le tienen por loco los que alguna vez le oyeron. ¡Oh, qué locura, si nós la diese Dios!»

(2) «Differt oratio quietis ab oratione unionis, advierte Vallgornera (t. 4, d. 2, a. 16, n. 11), quia in oratione unionis ad spirituales sui refectionem habet se anima velut passive, nec in sumendo laborat alimentum, illud intra se reperit, nesciens quomodo hoc fiat. In hac autem oratione quietis aliquantulum laborat anima, quamvis tam suaviter et tranquille, quod laborem non sentiat. Deinde in oratione unionis omnes animae potentiae saepius a sua connaturali operatione suspenduntur...»

(3) «Fija Dios a Sí mismo en lo interior de aquel alma de manera...

Por eso este grado se llama, por excelencia, de *unión*, porque lo es de todas nuestras potencias a la vez, y no de unas solas de la inteligencia o de la voluntad o de estas dos solamente — conforme sucedía en los grados anteriores.

Mas aunque todas las facultades del alma estén así más o menos unidas ya con Dios, y como atónitas ante tanta grandeza, sin embargo, en la simple *unión*, o *unión sencilla*, en que la cautividad de amor no es tanta, se concentra ésta muy principalmente en la voluntad, dejando las potencias sensitivas, aunque cautivas, no tan ligadas, que no puedan percibir sus respectivos objetos y aun atender a ellos, si conviene para mayor servicio de Dios. A veces hasta las acompaña el mismo entendimiento, pudiendo así una persona estar ocupada en santas obras exteriores, mientras su alma — o mejor dicho, su «espíritu» o lo más elevado de su alma — goza en esa íntima unión de la voluntad, juntándose de esta suerte la vida contemplativa con la activa, cosa que apenas era posible en la simple *quietud*.

Mas cuando la atracción divina es muy intensa, como sucede en la llamada *unión plena*, o *extática*, las mismas facultades sensitivas desfallecen, no pudiendo soportar tanto exceso de luz y de ardor; se pierde, pues, el uso de los sentidos, y el cuerpo queda como muerto para no impedir al alma gozar de las inefables delicias de que se ve inundada, y de las inestimables luces que se le comunican.

En este grado, los dulces toques y halagos divinos se convierten en íntimos abrazos tan apretados, que el alma se derrete y queda como fundida en su único Amor; otras veces son golpes tan recios y penetrantes, como de dardos de fuego que hieren en lo más vivo y dulcemente consumen y abrasan; haciendo enfermar y desfallecer, arder y languidecer de amor (j); y a veces también de dolor y pena por ver a Dios tan ofendido y como obligado a lanzar dardos de indignación y de ira (m).

De ahí los deliquios y arrobamientos o éxtasis — sabrosos o dolorosos —, en que el alma queda como fuera de sí, perdida y derretida en el piélago de la infinita Bondad, o deshecha en el de la Santidad y justicia. Y de ahí también las misteriosas *heridas de amor — y de dolor —* que, llagando, sanan, y matando, parecen llenar de vigor y de vida (1).

que cuando torna en sí en ninguna manera puede dudar que estuvo en Dios y Dios en ella». — (Santa Teresa, *Morada V*, c. 2).

(1) «De esta llaga, dice Godínez (*Teol. mist.* l. 6, c. 12), se causa a veces un muy regalado desfallecimiento, en donde el amor está ingerto en dolor, y los frutos de este ingerto son suspiros tiernos, requeiebros amorosos, afectos encendidos, júbilos celestiales, paz, gozo, unión tranquila y un modo de amar que yo no sé explicar».

A esto se añadirán los grandes *ímpetus de amor*, los *raptos* y los *vuelos del espíritu*, donde se le muestran al alma nuevos mundos de maravillas. Tales fenómenos suelen a veces ir acompañados de *levitación* o *bilocación*, participando el cuerpo de la moción del espíritu. De este modo también las heridas de amor, aunque producidas directamente en el corazón o en la misma alma, pueden a su vez traducirse exteriormente en la *estigmatización*, o sea en la impresión de los sagradas llagas (1).

Así, los efectos de esta oración llegan con frecuencia a ser verdaderamente portentosos, y siempre son desde luego sin comparación mejores aún que los de la quietud; pues dejan al alma como renovada y hecha otra, participando ya en cierto modo de los atributos divinos (n) y exhalando en todo su proceder el buen olor de Cristo (II Cor., 2, 15).

En cada uno de los tres referidos grados de la unión, hay forzosamente que entrar por las estrecheces, oscuridades, aprietos y privaciones de la pavorosa *noche del sentido*. — «Cuando el Señor deja que ésta tienda sus negras sombras, entonces saldrán de las selvas y cruzarán por todas partes las fieras»; esto es, las tentaciones y tribulaciones. — Mas acrisolado en ellas, luego «al amanecer, saldrá el hombre a su labor—que es principalmente la contemplación de las maravillas divinas—, y a sus operaciones ordinarias, con el fiel ejercicio de las virtudes, hasta la tarde» (Ps. 103, 20, 23), en que, con el nuevo oscurecer, sobrevendrán nuevas pruebas que dispongan al alma para nuevos progresos en camino de la perfección y santidad.

Esta primera *noche* se ordena ante todo a someter las facultades sensitivas a la razón, y a disponer ésta misma para que, a su vez, venga dócilmente a someterse en todo al Espíritu Santo, que en adelante habrá de gobernarla y dirigirla con otra prudencia que no conocen los hombres mundanos y carnales. — Mas para esto es preciso corregir y reparar muy bien, mediante las diversas suertes de cruces, o *purgaciones pasivas*, los defectos e imperfecciones que no pudieron serlo bastante con las *activas* (b).

Consiste, pues, esta mística *noche* en una total sustrac-

(1) El Dr. Imbert (*La Stigmatisation*, t. I, al fin), dice que entre los 321 estigmatizados que pudo mencionar en su obra, 303 pertenecieron a diversos institutos religiosos, y sólo 43 son varones. «Va a la cabeza, añade, la orden de Santo Domingo con sus 109 estigmatizados; sigue la Franciscana, con 102; luego vienen los Carmelitas con 14, las Ursulinas también 14, las Visitandinas 12 y la orden de San Agustín 8; y además hay 5 Cistercienses, 4 Benedictinos, 3 Jesuitas, 3 Teatinos, 2 Trinitarios, 2 Jerónimos, 2 Concepcionistas; y por fin, 13 pertenecientes cada cual a una de otras distintas congregaciones religiosas».

ción de las luces, apoyos y consuelos sensibles (c), con que viene a quedar el alma a oscuras, temerosa, árida, seca y como en el aire, sin sentir el menor gusto ni arrimo, ni apoyo en nada, ni atractivo para nada (1). Y sin embargo, una imperceptible luz y fuerza interior, del todo espiritual, la hace ser más fiel y diligente que nunca, marchando así, por la secreta senda que le han trazado, «a oscuras y segura—sin otra luz ni guía—sino la que en el corazón ardía». Esta la guía y la hace acordarse constantemente de Dios, y alegrarse espiritualmente en El, sin querer consolarse en otra cosa, deseándolo ardientemente y de todo corazón y suspirando siempre por verle y gozarle (2).

Pero cuanto más lo desea y lo busca, tanto más difícil y aun imposible le parece poderlo hallar, viendo cómo todo viene a conspirar contra ella y ponérsele en contra: las pasiones para humillarla, los enemigos y falsos amigos para ejercitarla (a), y los mismos directores para desconcertarla en vez de alentarla, y las enfermedades y desgracias para probarla y acrisolarla como a Job y Tobías (3). —Mas quien

(1) De esta purgación del sentido, dice Vallgornera (*Mystr.*, q. 2, d. 8, a. 1), «causa formalis est subtractio gratiae sensibilis... ex qua subtractione variae et admodum angustae desolationes, et continuae in sensu tam affectivo quam cognoscitivo procedunt ariditates... Causa efficiens seu effectiva est ipse Deus bonus et misericors, quamvis tunc incipienti austerus et plurimum iratus appareat... Causa finalis purgationis passivae in parte sensitiva est, ut haec pars inferior apte purificata conformetur parti superiori, cui subordinatur, etiam a pravis dispositionibus suis purificandae, ut sic utraque bene disposita, simulque consentiens facile ad intimam Dei concurrat unionem».

«In oratione, seu meditatione, añade (*ib.*, a. 3, n. 448), inveniuntur tria bona, nempe *devotio, suavitas et consolatio*; et in purgatione passiva inveniuntur tria mala opposita, nempe *taedium, ariditas et desolatio*; et sunt mala poenae».

(2) Ps. 20, 8; 76, 3. «Lo que no pierdo, decía la V. Sor Bárbara de Santo Domingo en Septiembre del 72, es la memoria de mi Dios... pero me sirve para más penar, porque como parece está tan disgustado conmigo, sufro mucho de ver que no puedo desenojarlo. En estas tinieblas puedo descubrir en lo más oculto de mi alma cierta calma, o sea una paz muy interior, acompañada de una seguridad cierta de mi salvación... Pero esto es tan oculto, que apenas se divisa. Es para sostener, pero no para aliviar en lo más mínimo el padecer».

(3) «Se agregaban, dice Sor Catalina de Jesús María, O. P. (*Autob.*, 3 P. c. 2), las muchas enfermedades, que en este tiempo han crecido sobre manera. De la mucha desolación padecía tanto el corazón, que siento que de allí se derraman dolores terribles a todo el cuerpo... y calentura que nunca me falta... A poco que camino me fatiga y detiene la respiración, originándose terribles accidentes.—Esto es por mayor..., que esto de males exteriores soy algo perezosa para referirlos. Los del alma los digo hasta donde puedo, que el decirlos todos no se puede, porque apenas se puede dibujar un bosquejo; y sólo los sabe quien los pasa y los entiende quien los experimenta; pero no se pueden sujetar a la narración».

en todas estas pruebas permanece fiel y persevera hasta el fin, hallará cuanto desea, e incomparablemente más.

Esta noche, en resumen, según dice el P. Poulain, «es una tendencia del alma a orientarse, en medio de la oscuridad y sequedad, únicamente hacia Dios sólo con el deseo y el recuerdo».

Mas si, por desgracia, pierde esa feliz orientación y cansada de esperar, o mal aconsejada, busca el consuelo de las criaturas, se incapacitará para hallar el místico reposo y, por cobarde, no llegará a gustar las dulzuras del maná escondido, que está así *reservado* para los verdaderos temerosos de Dios y vencedores del mundo y de sí mismos (*Ps.* 30, 20; *Apoc.* 2, 17). Estos exclamarán con San Juan de la Cruz (*Cántico éspiritual*, 3):

Buscando mis amores
Iré por esos montes y riberas:
Ni cogeré las flores,
Ni temeré a las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras (1).

Aquí es, pues, donde principalmente se hace la terrible segregación de los que, por flojedad, volviendo la vista atrás, se tornan inhábiles para entrar, con las grandes violencias que serían menester, en el reino de los cielos que está dentro de nosotros. — Así contentándose, como dicen, con ser «buenos ascetas», siguiendo un camino que llaman *común y ordinario* y huyendo de «singularidades» y de veredas escabrosas y «poco trilladas», pasan una vida tibia, llena de innumerables imperfecciones y de pecados veniales de que hacen muy poco caso; con lo cual no sólo se preparan un terrible purgatorio, sino que—por no querer entrar por la «estrecha senda» de Cristo, y salir del *camino espacioso*, tan *trillado* de los mundanos—, ponen en grave peligro su misma salvación (2). Pues no esforzándose por ade-

(1) El mismo Espíritu Santo enseña al alma cómo ha de conducirse diciéndole: «Hijo, cuando te llegues al servicio de Dios, está firme en la justicia y el temor, y prepara tu alma a la tentación.—Humilla tu corazón, y sufre; inclina tu oído y recibe palabras de entendimiento; y no te apresures en el tiempo de oscuridad.—Aguarda si tarda Dios; únete con El y aguanta, para que a lo postrero crezca tu vida.—Recibe todo lo que te fuere aplicado, y en el dolor sé sufrido, y en tu humildad ten paciencia.—Porque en el fuego se prueba el oro y la plata, mas los hombres aceptos en el horno de la humillación.—Cree a Dios, y te recobrará; endereza tu camino, y espera en El».—*Eccli.* 2, 1-6.

«Quaerite Dominum, et vivite... Convertentem in mane tenebras, et diem in noctem mutantem».—*Amós*, 5, 4, 8.

(2) Quid niteris bonam ostendere viam tuam ad quaerendam dilectionem?... ¡Quam vilis facta es nimis, iterans vias tuas! (*Jerem.*, 2, 33, 36).

lantar y trepar cuesta arriba, hasta lo alto del monte santo, retroceden y descienden hasta... abismos y abismos...

El P. Godínez afirma que el 99/00 de los que empiezan a entrar en la *noche del sentido*, no logran pasar adelante sobre todo por culpa de malos directores que, en vez de alentarles para que venzan la cobardía y estimularles a seguir y perseverar, con los vanos miedos que, por el contrario, les ponen, les hacen retroceder y extraviarse (1). Y de los poquísimos que de ahí pasan, casi que otros 99/00 van quedando por las mismas causas en cada una de las numerosas crisis. Aunque los animosos y esforzados siempre triunfan.

Muy conforme a esto afirma la misma Santa Teresa (*Vida*, c. 15), que vió muchas almas, relativamente, que llegaban a la *quietud*, y muy pocas que, permaneciendo siempre firmes, merecían pasar adelante y no volvían atrás.

"Timeamus ergo, ne forte, relicta pollicitatione introeundi in requiem ejus; existimetur aliquis deesse..." (Hebr. 4, 1).

APÉNDICE

a) *Persecuciones, desprecios y tribulaciones que es menester sufrir para poder entrar en el místico reino* (Act., 14, 21; II Tim. 3, 12).— Un peligro que hay en esta soledad, observa con gracia el P. Osuna (*Tercer Abec.*, tr. XX, c. 6), son los «muchos alacranes» que «muerden en escondido murmurando de tí: juzgante por hipócrita; creen que les cumple guardarse de tí como de un hombre doblado; no piensan que te recoges sino para juzgar dentro de tí sus derramamientos... No te disimulará la menor culpa del mundo, sino guardártela ha para su tiempo diciendo que, pues presumes de recogido, no parece de sufrir que hagas esto y esto: reduce todos tus hechos a presunción; el recogimiento, dice que es fingimiento y fantasía honesta con que menosprecias a los otros. En llegándote a Dios has de ser notado por soñoliento, y tu sosiego será llamado pereza, y dirán que adrede te haces nescio, como si no te entendiesen que lo haces más por holgar que por orar. Serás notado en el comer y vestir, como si fuese de la hacienda de sus padres; y cuando por aquí no te pudieren entrar, pondrán tacha en tu linaje o en la edad, y traerán a la memoria los pecados de tu juventud, y entre burlas y veras te andarán motejando con palabras odiosas... Y si por ventura muestras ira, alegarte han que has perdido la paciencia, no mirando que ellos han perdido la justicia. Dicen que no imitas a Jesucristo en padecer, y ellos imitan al diablo, cuyo oficio es tentar... En lo que más estudien ponen los disolutos es en achacar las palabras de los recogidos y deslindarlas para las entresacar y condenar, o por de hombre falto de seso o endiablado: lo que ellos no entienden juzgan por error.—No temas las persecuciones de los hombres, aunque son las peores; porque en este torbellino podrás, como otro Elías, subir al cielo de la contemplación».

(1) «*Grex perditus factus est populus meus: pastores eorum seduxerunt eos, faceruntque vagari in montibus: de monte in collem transierunt, oblii sunt cubilibus suis...*»—(*Jerem.*, L. 6).

Así, al verse menospreciada, burlada, censurada y hasta odiada y perseguida de los suyos y de quienes más deberían amarla, consolarla y defenderla, el alma fiel, en medio de sus trabajos, oscuridades y desolaciones, se animará diciendo con el Profeta (*Mich.* 7, 6-10): «Los enemigos del hombre son sus domésticos. Mas yo al Señor miraré, esperaré a Dios mi Salvador; que mi Dios me oirá. - No te alegres, enemiga mía, sobre mí, por verme caída; pues me levantaré: cuando estuviere sentada en tinieblas el Señor es mi luz. Llevaré la ira del Señor, porque pequé contra El, hasta que juzgue mi causa, y se declare en mi favor; me sacará a luz y verá su justicia. - Y lo verá mi enemiga, y será cubierta de confusión la que me dice: ¿En dónde está el Señor Dios tuyo?»

«Si tardare, espéralo, porque sin falta ha de venir; y no tardará. - Mira que el que es incrédulo, no podrá tener en sí un alma recta; mas el justo en su fe vivirá». - (*Habac.*, 2, 3-4).

Todas estas pruebas las dispone el Señor para mayor bien de sus fieles siervos. «No te espante, decía El a Sor Mariana de Santo Domingo (1743-1794), dominica en Sevilla (cf. *Vida*, 1901, p. 231-4) -, el que las criaturas se vuelvan contra tí; pues a Mí, con ser el Criador de ellas, me niegan y huyen... Mi hija eres, y por eso te maltratan... porque no quieren a los que tratan conmigo... Ten por excusado buscar el trato y consuelo de las criaturas; pues Yo pongo acibar para tí, y permito que ninguna guste de tí, para que busques tu consuelo en Mí... Ya sabes que Yo tengo que ser tu solo a solas, y que todo lo que te quitaes en las criaturas, lo has de hallar en Mí... No hay cosa que más me traiga al alma, que ver que las criaturas la persigan y huyan de ella... Quien te solicita y ama, ¿cómo tendrá corazón para verte ansiar buscándome, estando despreciada de las criaturas? El alma que así está, si algún tiempo la dejas, no son largas mis ausencias, que no puedo dejar por mucho tiempo sola a la que no quiere más que mi compañía y amor, a que Yo tanto la convido».

«Acaba de negarte del todo; le añadía (*ib.*), y pon debajo de tus pies la propia honra: todas las cosas, así prósperas como adversas, recibelas de mi mano...; y asienta en tu corazón que nada de lo que te sucede es acaso, sino que Yo lo permito para mayor bien tuyo... Y no porque lo sientas pierdas luego las fuerzas, pensando estás perdida sin remedio, que me costaste mucho, y te escogí para Mí. Siente bien de Mí, ven con tus faltas, no temas, que soy Padre más paciente que todos los hijos de los hombres: acuérdate de Mí cuando estuvieres afligida, que Yo te consolaré y te enseñaré: acude a mi ministro, que para eso te lo he dado...

»Aunque te veas desamparada y afligida, y juzgares que ya Yo te tengo dejada, no lo creas; que cuanto más lo estuvieres, más cerca estoy de tí. - No desees que te venga la consolación, sino que en todo se cumpla mi voluntad. Aunque te tenga así toda la vida, nunca dejes de recibirme, por afligida que te veas; que es lo que pretende tu adversario. Hija, si cuando uno se siente enfermo y debilitado, se apartase de lo que le había de dar la salud... Yo me quedé para sustento del hombre y para darle vida».

b) *Ventajas, rigores y misterios de las purgaciones pasivas.* «El purgar Dios a un alma, dice la V. Isabel de Jesús (1611-1682; cf. *Vida*, I, 6, c. 4), es soberanísima merced, porque... ni sabremos nosotros mortificarnos, ni con la mortificación ordinaria se arrancan de raíz los vicios y malas inclinaciones. Por eso Dios toma la mano y lo compone todo, hasta los humores naturales, por que no haya quien le resista; y así cuando la mortificación es pasiva y sobrenatural, estimála, y aprovéchate mucho, si es la mortificación de las pasiones; mas si las penas

y purgaciones son en el espíritu mismo, es todo para purificar el alma y llevarla al Cielo limpia y pura».

Y añade que, hablándole su Santo Angel «de las purgaciones interiores que más de cerca purgan al alma», la dijo: «Suele Dios quitar el discurso de tal manera, que aunque quiera el alma no puede orar, ni puede usar del que tenía, y hállese con una torpeza y rudeza increíble; la cual por más que la quiera sacudir de sí, no puede, porque ya no la ayuda el Señor para ello, porque la quiere más recogida. Y como ella no entiende los fines de Dios, piensa que va perdida y que vuelve atrás, y esto le causa una pena que no se puede explicar; porque padece un recocimiento de los huesos, junto con un desabrimiento interior, que no le sabe nada bien, y no puede tener quietud sino es cuanto se recoge a lo íntimo y enseñada por la misma necesidad, halla el remedio en escuchar a Dios, y cesar de la obra natural que solía hacer, dejándose gobernar en silencio y esperanza. Otras veces la entrega Dios a unas rabias interiores, y todo lo hace el demonio para apurarte de paciencia: y esos disparates que le oyes decir, no te turben, que no eres tú la que los dices ni quien lo piensa, sino el mismo demonio. Y no respondas a estos pensamientos porfiados, que no acabarás nada por ahí; sufre tu purgatorio en pena de la soltura que en su tiempo tuvo tu alma, y ten esperanza en la misericordia de Dios, que todo esto ha de parar en tranquilidad y paz soberana. Quiere el Señor que por aquí estimes la paz que después te ha de venir, y que conozcas claro y por experiencia, y como por vista de ojos, tu miseria y que eres nada de todas maneras. Todo lo que padeces está todo en los sentidos interiores, y el alma en una contemplación obscura, que si te sosegases lo echarías de ver sin procurarlo».

c) *Penosa crisis y temores nocturnos* - «En el tiempo de las sequedades de esta *noche del sentido*, advierte San Juan de la Cruz (*Noche I, c. X*), en la cual hace Dios el trueque... *sacando al alma de la vida del sentido a la del espíritu, que es de meditación a contemplación*... padecen los espirituales grandes penas, no tanto por las sequedades, como por el recelo que tienen de que van perdidos por este camino. Entonces se fatigan y procuran arrimar con algún gusto las potencias a algún objeto de discurso. En lo cual estragándose en lo uno, no aprovechan en lo otro; porque por usar su espíritu, pierden el espíritu que tenían de tranquilidad y paz. Y así son semejantes al que deja lo hecho para volverlo a hacer... En este tiempo, si no hay quien los entienda, vuelven atrás, dejando el camino y aflojando, o a lo menos estorban de ir adelante, por las muchas diligencias que ponen de ir por el primer camino de meditación y discurso... Lo cual es ya excusado, porque les lleva ya Dios por otro camino, que es de contemplación, diferentísimo del primero... Los que de esta manera se vieren, conviéndoles que se consuelen perseverando con paciencia, y no teniendo pena confien en Dios, que no deja a los que con sencillo y recto corazón le buscan, ni les dejará de dar lo necesario para el camino».

«Luego que el alma sienta llevarse al desamparo y sufrimiento interior, y a la suma desnudez de lo sensible, no ha de buscar alivio ninguno en semejante cruz, sino, para hacerse más a Dios, estarse desnuda y desamparada todo el tiempo que agradar al divino Esposo... Estas obscuridades de la oración en fe hacen que el alma conozca que Dios no pueda ser conocido, porque infinitamente excede nuestros conocimientos, y que el conocerle mejor, es confesando que no se puede conocer. Las luces que en otros tiempos servían de guiar el alma a Dios para unirla con Su Majestad, ahora en esta oración todo se deshace, porque sus tinieblas hacen que el alma se pierda y se anegue en los abismos del soberano ser de Dios, dándola bien a entender que la supe-

rior oración está en la privación de las cosas criadas»: — V. Ángela María de la Concepción, *Riego espiritual*, cap. 37.

d) *El recogimiento infuso y sus efectos*. — «*Recollectio*, escribe Vallgornera (*Theol. myst.*, q. 4, d. 2, a. 15), nihil aliud est quam secessus, quo anima, cum omnibus suis viribus, ad interiora recipitur, et ab exterioribus elongatur. Solet ergo Dominus animam contemplatricem exterioribus vacantem, aut vocaliter orantem, vel aliquid utile considerantem in memento vocare per sanctam inspirationem, et intellectum, et affectum, et cogitationem, ipsa quasi nihil faciente, ad interiora colligere, et ante illam mensam lucis et amoris quibus abunde reficiatur apponere. Tunc ipsa non grabate, sed lubenter; immo quasi tracta..., exteriora deserit, et quasi naturaliter ipsos corporis oculos claudit, et visum, et auditum, et reliquos sensus ad interiora convertit. Est jam per virtutum exercitationem, et assiduam cum Deo communicationem quasi coelum Dei, in quo ipse grantanter habitat».

Este *recogimiento*, según dice Santa Teresa, lo causa el dulce silbo del Buen Pastor, que atrae a Sí las potencias del alma. Por lo cual, explicando Santo Tomás aquellas palabras: *Oves vocem ejus audiunt* (*Joun. X, 3*), dice: «Christus Pastor est animae, et ut bonus pastor, sibilo inspirationis suae, omnes potentias in unum colligit, et ad suam praesentiam adducit».

«Parecióme, refiere conforme a esto la V. Agreda (*Escala*, § 23), que el Señor había entrado en mi alma, y que se había hecho dueño de ella, y que allí como superior a todo mandaba, y por su bondad cuando era servido llamaba a toda la gente de esta casa, y la recogía con Su Majestad y Señor. Digo que la llamaba, porque yo por mí *no podía adquirir tal recogimiento*. — Lo que mi alma aquí pasó con Su Majestad no se puede numerar... A mi memoria... no sé qué voz la dieron o cómo la entraron allá dentro o la pusieron en este Señor de tal forma, que *jamás se olvidaba de tal huésped, como tan cerca y dentro de sí le tenía*. El entendimiento lo conocía así, y entendía más de lo que sabré decir...

«*Los efectos* que hacía en mi alma era aniquilarme mucho: dábame grandes deseos de servir al Señor, obligándome a gran paz y quietud; olvidéme de las cosas terrenas. Paréceme que allá dentro del alma había un horno de fuego donde se purificaba todo... La entrada en este recogimiento, algunas veces lo hace el Señor dando algún aviso con su presencia y asistencia en el alma; otras, le hace (disponiéndose) el alma engolosinada de lo bien que en este recogimiento lo pasa. Aquí no dejan de obrar o trabajar las potencias, aunque hay intervalos, y alguna vez oye el alma al Señor que habla al corazón...

«*Aviso provechoso* es, que cuando el Señor llame a recoger el interior con alguna inspiración, respondamos; y no nos acontezca lo que a la grosera esposa, en que no reparamos que es la voz del Señor que nos llama, y no le abramos, reparando en algún impedimento que importa tan poco, como salir descalza (*Cánt. 5, 3*)... Grande sería la falta si Dios llamase, y... una niñería nos entretuviese... Por nuestro propio interés habíamos de responder. ¿Hay mayor consuelo que aquel recogimiento y mayor gloria? Porque si allí está Dios... *allí está la gloria*. Ciertamente que es lástima que las criaturas racionales carezcan de tanto bien. ¡Oh, si todos lo procuráramos! Siempre es esta mi ansia, y digo que *es necia ignorancia no darse todos a la oración*. ¡Oh, Dios mío, y qué engaño es este! ¡Válgame Dios, de los bienes que carecen los que no tienen este ejercicio!»

e) *La quietud y sus frutos*. — «Oración de *quietud*, dice la misma V. Agreda (*Escala*, § 25), no es otra cosa ni lo parece, que un rayo o vislumbre de la bienaventuranza, un rastro de lo de allá, porque comien-

za a entrar y gozar el alma de una quietud suavisima, y las potencias no andan ya tan afanadas. Lo que causa esta quietud suave es el mismo Señor...; porque ¿qué otra cosa sino es su misma presencia nos pudiera causar esta dulzura en el alma? Hácese en este modo al punto que las potencias caminan a obrar y discurrir, quedándose las dos, memoria y entendimiento, quietas en la presencia e inteligencia de Dios, y la voluntad amando en esa quietud...

»Los bienes que este modo de oración tiene y trae al alma no se pueden numerar. Concediéndome el Señor por su bondad la oración de recogimiento y esta de quietud desde que después de religiosa comencé a tener oración entregándome toda a ella. Fueron grandes las misericordias que el Señor me comunicó: los favores y júbilos tal vez no los podía disimular... El efecto que a mí siempre me hizo la oración, fué este... jamás me puse en ella y delante de mi Señor, que si tenía imperfecciones no me las reprendiese. ¡Qué reprensiones tan particulares son las del Señor! ¡Qué misteriosas y cuánto es lo que enseñan! Sólo por recibirlas, y el gozo de cumplir lo que enseñan, parece que se podía servir a Su Majestad».

«En esta infusa y quieta oración es adonde el alma, llena de amor a tanto bien como le dan, escribe la V. Angela María de la Concepción (*Riego esp.*, cap. 38), aprende a trabajar en las mortificaciones de cualquier pasión y apetito, aquí donde gusta ejercitar las virtudes; aquí donde sabe sufrir por Dios y amarle; aquí donde conoce su voluntad tan cautiva, que teme volver a gozar de su libertad; aquí sabe bien agradecer al Señor las cruces interiores y exteriores que por su amor sufre; y aquí por fin aprende a no querer más que a Dios, sin ningún asimiento de su voluntad, porque está presta a no gozar nada de lo dicho, si Dios no quiere que lo goce, y esto por no hacerse infiel y que el Señor la desampare por otra más fiel; por lo cual quisiera el alma estarse siempre retirada dentro de sí misma, haciéndose retrete al Señor; porque con la luz que se le da, conoce que aunque no cabe en el mundo, gusta y se atempera a que el alma se haga trono de su soberanía y grandeza.—Son tan grandes las gracias y mercedes que en este estado recibe el alma, que gustando de ellas una o dos veces, la dejarán tan rica ya sus potencias, que el entendimiento gozará la certidumbre de las cosas de fe, y la voluntad con ardientes ansias de amor a las virtudes, porque quedan estas dos potencias del alma tan ilustradas e inclinadas al amor de Dios y al sufrimiento de las bajezas del mundo, que en poco tiempo ganan más que lo que podían ganar por mucho en las meditaciones...

»La dificultad mayor y que es más martirio, es juzgar que en aquella quietud no hace nada, aunque le parezca que es camino muy seguro; pero como esto se le esconda, y por el espíritu humano nada se vea ni se conozca, padece grandes tinieblas, y esla de martirio grande aquel temor que padece de si le faltará aquella amorosa unión de su Amado; no obstante que se le da a conocer que, para que la conserve, es necesario todo el vacío que no fuere Dios, muriendo a todo lo antiguo para resucitar a esta tan nueva vida del espíritu del Señor, en que Su Majestad obra sin que lo sepa, concediéndosele sólo una obscura vista que la guía a Dios, y esto la baste».

f) *Dulce embriaguez de amor y hartura divina*.—«El Señor, refiere Sor Mariana de Santo Domingo (*Vida*; p. 289), me comunicaba tanta dulzura y suavidad, que esta misma me embriagaba; y me incorporaba con Su Majestad diciéndome:—Amada mía, así regalo a los que se mortifican y todo lo dejan por Mí. Yo te hartaré, y será de ansias de Mí, que esta es la más alta y subida mesa, y cuando de ella más comas..., hallarás por postre la insaciable hambre y ansias, las cuales...

Yo no te quitaré, porque... es este mejor y más gustoso bocado... Gusta, hija mía, y goza cuán suave soy para los que me aman».

g) *Cómo en el "sueño místico," duerme el alma y el corazón vela.*—«Yo no pienso ni sé nada, escribía en Junio del 81 Sor Bernarda Ezpelosín (*Vida*, p. 188), sólo siento que amo a Dios, que le amo mucho, y que El me ama más, mucho más: yo no sé otra cosa, aquí me pierdo y nada más hago... Se me ocurría que perdía el tiempo, que no hacía nada, que mis sentidos y potencias estaban dormidas y tal vez embargadas por mis pecados; pero todo esto que se me ocurría no me inquietaba ni me seca, cuando estoy así, de ese estado tan particular, al que parece me arrastra y me sujeta en él una fuerza sobrenatural. Yo me pierdo, me abismo: mientras menos entiendo, más siento, y cuanto más siento, más parece al mismo tiempo que dejo de sentir; y cuando yo me veo sin hacer nada y como dormida y muerta, entonces, como con una luz sobrenatural—como es todo lo que entonces me sucede—, parece como que entiendo o me dicen que entonces, no sólo no estoy sin hacer nada, sino que así hago mucho».

«Cuando, pues, te hallares en esta simple y pura confianza filial ante Nuestro Señor—como un niño en el seno de su madre—advierte San Francisco de Sales (*Amor de Dios*, l. 6, c. 8), estate ahí sin moverte de ningún modo para hacer actos sensibles ni del entendimiento ni de la voluntad, porque este amor simple de confianza y este adormecimiento amoroso de tu espíritu entre los brazos del Salvador, comprenden por excelencia todo cuanto andas buscando por tu gusto».

«Y si a este simple modo de estar delante de Dios, advierte luego (c. 11), fuere su voluntad añadir algún corto sentimiento de que somos todo suyos y El todo nuestro, ¡oh gran Dios! ¡qué gracia tan deseable y preciosa ésta!»

«Figúrese, dice Gemma, (*Biografía*, c. 17), una niña que se va quedando dormida en el regazo de su madre. — Allí se queda olvidada de sí misma y de todo; no piensa en nada, pero descansa y duerme sin saber ella cómo ni por qué: así está mi alma en ese tiempo. Pero es un sueño muy dulce» (1).

«Quod externum est, soporatur, et omnis attentio ad inquirendum et cognoscendum abjicitur, sed soli amoris et amplexibus castissimis inhaeret. In hoc gradu, Dominus ipse, qui vinum ad ebrietatem praebet, somnum ad quietem et exultationem immittit. Inebriat animum amoris, vino, caritatis potu, et inde facit ut omnium obliviscatur, et dormiat et in sinu Sponsi requiescat». — (Alvarez de Paz, l. 5, P. 3, c. 7). «O igitur somnum vere beatum in quo anima vires ad laborandum recuperat, quemque Dominus ipse in ea diligenter observat. Dicit enim *adolescentulis*, id est, animabus illis *imperfectioribus* quae nondum hunc somnum per experientiam noverunt: *Adjuro vos, etc.*».—*Id. ib.*

«Ánima adeo divitiarum spiritualium locuples excitatur a somno, ut ei ad novam vitam surrexisse videatur... In mystico somno, licet anima nihil egisse praesumat, tamen, eo praetermisso, remanet fervida, devota, ad virtutem proclivis». — López Ezquerro, *Lucerna mystica*, tr. 5, n. 230, 241.

h) *Misteriosa manera de manifestarse, hablar y enseñar Dios al alma unida con El, y de percibirlo ella mediante las "sentidos espiritua-*

(1) Con razón canta la M. Maria de San Alberto, C.D. (cf. *Obras de San Juan de la Cruz*, edic. crit., t. 3, p. 341):

Durmiendo con reposo
Los moradores libre la dejaron;
Abrió y entró el Esposo;
Mas cuando despertaron
De verse ya despiertos se quejaron.

les». — *Frutos admirables de estas divinas comunicaciones.* — «No podía dejar de entender que estaba (Cristo) cabe mí, y le *vía* claro, y *sentía*. Acá vése claro que está aquí Jesucristo, Hijo de la Virgen. En esta otra manera de oración (quietud, presencia de Dios) represéntanse unas influencias de la Divinidad: aquí junto con éstas se ve nos acompañar y quiere hacer mercedes también la Humanidad sacratísima...

«Así es también en otra manera que Dios *enseña* al alma y la *habla* sin hablar... Es un *lenguaje* tan del cielo, que acá se puede mal dar a entender. Pone el Señor lo que quiere que el alma entienda en lo muy interior del alma, y allí lo representa sin imagen, ni forma de palabras... Y nótese mucho esta manera de hacer Dios, que entiende el alma lo que El quiere, y grandes verdades y misterios... Hace Dios al entendimiento que advierta, aunque le pese, a entender lo que se dice; que allá parece tiene el alma *otros oídos* con que *oye*, y que le hace escuchar, y que no se divierta... Se ve el alma en un punto sabia, y tan declarado el misterio de la Santísima Trinidad y de otras cosas muy subidas, que no hay teólogo con quien no se atreviese a disputar la verdad de estas grandezas. — Quédase tan espantada, que basta una merced de estas para trocar toda un alma, y hacerla no amar cosa sino a quien ve, que, sin trabajo ninguno suyo, la hace capaz de tan grandes bienes, y le comunica secretos, y trata con ella con tanta amistad y amor, que no se sufre escribir». Santa Teresa, *Vida*, cap. 27.

«¡Qué bien que enseñáis al alma en estas ocasiones (unión), exclamaba Sor Catalina de Jesús María (*Autobiogr.*, 2. P. c. 74), a saber hablar con Vos! ¡Qué dulcemente la habláis sin perturbación de voces! ¡Qué bien se hablan los dos sin ruido ni cansancio de palabras! ¡Oh qué duro se me hace, Dueño mío, haber de volver a tratar con las criaturas! Si Vos así no lo ordenáis, yo no las volvería a ver ni tratar».

«De estas visiones (de la divina inmensidad, etc.), dice la V. Mariana de Escobar (*Vida*, l. 3, c. 2, § 2), queda el alma tan trocada, que parece tiene otro nuevo sér, y otra nueva vida espiritual muy diferente de la ordinaria».

«Cuando cesan los discursos, y Dios lleva al alma... y la mete en el conocimiento de sí mismo, dice San Alfonso Rodríguez (*Unión*, c. 1), mientras más le da de este conocimiento, tanto más ella se abrasa en su amor; porque este ejercicio es más alto y perfecto, por tomar Dios la mano en él, *enseñando* al alma por sí mismo y comunicándosele altamente... Y como el alma no lo comprende ni es posible, causa en ella este conocimiento que Dios le da de sí mismo, una tan *grande admiración* y amor a su Dios, que tiene al alma toda *suspensa*... De la cual admiración y amor tan grande de la voluntad vienen los *raptos*, particularmente cuando la comunica su bondad; y en esta bondad e infinito sér de Dios la comunica otras muchas y grandes cosas y *secretos grandes de Dios*, todo en un punto, sin estorbar lo uno a lo otro, como si la cosa no fuese más de una sola. Y si esto que descubre Dios allí al alma es de las perfecciones de Dios, como este Señor es Dios de infinito sér, cada cosa de estas es Dios de infinito sér».

«Con esta comunicación que este Señor tiene allá dentro con ella y ella con El, añade (c. 6), está transformada en El, lo cual causa el amor de los dos: y así el alma no mira a su amado Jesús defuera, sino *dentro de sí*, por tenerle y *sentirle* todo en todo su cuerpo, gozando de El y de todo lo que en sí misma le comunica de sí mismo, particularmente de sus dolores y trabajos: Porque como está en ella, vístela de esta librea de Sí mismo; como el sol que embiste una nube, que la comunica de su grande resplandor y hermosura. Ya no discurre, por tener consigo lo que buscaba, que era a su amado Jesús; y así están los dos en uno amándose el uno al otro y gozando el uno del otro, Ella con El

y El con ella, transformándola en Sí mismo, dándose el uno al otro todo lo que tiene y todo lo que es, como buenos amantes. ¿Quién sabrá decir lo que aquí en esta contemplación pasa entre Cristo y el alma a sus solas, y las grandes cosas que de Sí mismo la descubre por claro conocimiento sin ruido de palabras, y el gran gusto que recibe con la presencia de su Amado? Sólo la que lo gusta lo sabe, sin saberlo decir, sino gustar».

«Como cuando en una esponja se encorpora y embebe el agua, así, dice Santa Teresa (*Relación 31*), me parecía mi alma que se hinchía de aquella Divinidad, y por cierta manera gozaba en sí y tenía las tres Personas. Y también entendí: «No trabajes tú de tenerme a Mí encerrado en tí, sino de encerrarte tú en Mí».

i) *Diversidad de comunicaciones divinas y de efectos que producen.*—*Juegos de Dios en el alma: ausencias y desolaciones.* «Como son tantos y tan diferentes modos los que S. M. tiene para comunicarse en estas oraciones, no todos se pueden declarar ni referir; porque los ejercicios del divino amor no tienen fin: unas veces se siente su presencia y comunicación por la aniquilación profunda que siente en sí el alma; otras veces se manifiesta como retirado en sí mismo; y como el alma le atiende presente, está con la reverencia y sierva fiel a su soberano Dueño; otras veces la pone en la privación de sus operaciones, y que nada obre por sí, llenándola el Señor de sí mismo; pero muy dispuesta la deja a su querer, y que obre sólo lo que la permitiere su santísima voluntad: otras veces la pone en un espíritu de sacrificio con un gran desasimiento de todo, hallándose tan llena de Dios, que no sólo la parte superior goza de las dulzuras, sino que también rebosan por los demás sentidos y todos gozan de su suavidad; y en fin, otras veces la cautiva tanto el amor del Señor, que con su gusto y dulzura todo lo demás le parece desabrido y penoso; y está Dios en estos estados de oración tan manirroto con el alma, que parece que no tiene que cuidar de sí misma, sino dejarse servir y amar, que aun en sus dudas la llevará y guiará el Señor, socorriéndola en toda ocasión y necesidad... Algunas veces le es tan agradable al alma (la unión), que le parece *goza del cielo en la tierra*: otras veces esta unión es de *justicia y rigor*; pues no dejándola el Señor más que la parte superior de la voluntad, que está unida a Dios como justo, y de un modo que, aunque riguroso y duro, es de pureza para el alma; pero padece y sufre humildemente una cruz interior y exterior en que el Señor la pone y se une a ella con aparato y disposición de rigor; si bien para ella dulce, por la conformidad tan pronta que en este estado tiene con el beneplácito de su Dios; y esto le mueve a S. M. para tenerla siempre favorecida en las maneras dichas, por hallarla el Señor tan fiel, que ora se una a ella como dulce, ora como riguroso y amargo, de cualquier modo la halla a su querer muy reverente; y así la favorece amoroso, ya poniéndola en diferentes cruces, ya purificándola más su lealtad con sus retiros, ya avisándola para que se perfeccione, ya reprendiéndola sus descuidos, y ya, finalmente, asistiéndola a las necesidades de su espíritu interior, la ilustra el entendimiento y enciende la voluntad». - V. Angela M.^a de la Concepción, *Riego espiritual*, c. 39.

«Sabes tú, carísima hija, decía el Eterno Padre a Santa Catalina de Sena (*Diálogos*, c. 141), de qué medios me valgo para sacar al alma de su imperfección?—Algunas veces la proveo con molestias de muchos y varios pensamientos, con sequedad de espíritu; y le parecerá que la he abandonado, como quien no tiene en sí sentimiento alguno, a excepción de que siente su voluntad que no quiere ofenderme... Tal vez le parecerá que está en el infierno; y sin hacer nada de su parte verá que ha quedado en gran quietud, y gustará las arras de la vida eterna...

Cuando se ejercitaba en oración no la respondí enviándole luz, porque siendo aún imperfecta, no pensase era suyo aquello...

«En las injurias y aflicciones que yo permito sufran mis siervos, añade (c. 145), se prueba su paciencia y aumenta el fuego de su caridad con la compasión que tienen a quien los injuria... Algunas veces uso de un engaño agradable para conservarlos en humildad; y es que adormezco sus sentidos, de modo que parecerá que ni en la voluntad ni en el sentido experimentan adversidad ninguna, como uno que está durmiendo, no muerto... Digo que parece que duermen sus sentimientos, pues sufriendo y llevando grandes cargas van como si nada llevaran. Después una cosa que es casi nada, de la cual la misma alma haría antes burla, les hace tanta impresión, que ella misma se admirará y espantará de esto. Lo permite mi Providencia para que el alma se afiance en la humildad y crezca en virtud, y no perdonándose a sí misma, con el odio de este defecto y afronta castigue su sentimiento, con el cual castigo le adormece más perfectamente».

«Tan pronto me encuentro, escribía en Septiembre de 1871 la V. Sor Bárbara de Santo Domingo, O. P. (cf. *Vida*, 1883, p. 248), en una desolación muy grande, como en una calma que embelesa al alma. ¡Qué poder tan grande el de mi Dios, que hace que el alma a un mismo tiempo padezca y goce!... Parece que se contradice; pero yo lo experimento así, pues gozo en el padecer... Aunque estoy en este estado de sequedad, no dejo de experimentar grandes incendios en mi corazón y en mi alma; tan grandes, que parece algunas tengo un volcán de fuego en mi corazón... Cada vez se aumenta el amor a mi Dios de un modo extraordinario... baste decir que a un mismo tiempo me siento penetrada del dolor y amor...

«Cuando es su santa voluntad, prosigue, me pone a punto de expirar, como me tiene ahora, causado todo de un abandono de Dios con el alma, que parece no hay Dios para mí. ¡Qué modo de sufrir tan grande es para mí cuando me encuentro sin mi Dios! ¡qué angustias para mi corazón cuando miro a una y otra parte, y por más que busco, suspiro y clamo, siempre me encuentro sin el que tanto ama mi alma! Entonces parece que ponen una losa sobre mi corazón que le oprime en extremo; no puedo sosegar en ninguna parte. ¡Qué cierto es que sólo Dios es el que llena y recrea el alma y corazón!»

«Padezco un retiro de Dios y desconsuelo tan grande —decía un siglo antes otra santa religiosa dominica del mismo convento de Madre de Dios de Sevilla, Sor Mariana de Santo Domingo (*Vida*, p. 299)—, que me deja como fuera de mí. Las tentaciones son fuertes y continuas; la persecución de los enemigos se me hace insufrible...; los golpes que me tienen dado, no tienen número. Las dudas, temores y confusiones que en mi interior pasan ni yo las puedo explicar. Entre todo esto son las ansias de Dios muy grandes; y así, juntándose el amor a mi Dios y el temor si le he perdido, es un martirio que me atraviesa el corazón. Se me hace el Señor contradictorio, y queriendo acercarme, desaparece. Esto es lo que me trae cuidadosa y muy afligida, haciéndole tiernas exclamaciones: mas a todo se hace el Señor desentendido. Pero de todos modos estoy dejada y resignada en las manos de Dios, que de ahí lo espero todo, y creo no me han de salir vanas mis esperanzas».

«Gusta Dios mucho —observa San Alfonso Rodríguez, hablando de los *“juegos de Dios con el alma”* (*Obras*, t. 2, p. 224-51)—de verla llorar y de verla atribulada y que acude a El; y El, como buena madre que tanto ama a su hijo, toma el alma en sus brazos, y la abraza y consuela altamente, y la habla dulce y familiarmente comunicándola su dulcísimo amor, dándola de la leche dulcísima de su gran suavidad y consuelo; y las cosas altísimas de amor que entre los dos pasan, no hay

lengua humana que lo sepa bien declarar. Porque allí el alma se halla en el regazo de Dios, que juega dulcemente con ella, unas veces hablándola con palabras de amor más dulces que la miel en su modo, como la madre habla con su niño; otras veces, al mismo modo de la madre, *besándola*; otras *abrazándola*, todo en puro espíritu... El regazo de Dios es el infinito sér increado de Dios, y El *en sí mismo* se acomoda con el alma de tal manera, que le parece que la tiene como en regazo, y allí juega con ella como la madre con su niño. Este regazo de Dios, el mismo Dios lo dé a entender y probar a quien no lo sabe ni ha probado, y verá la bondad de este gran Señor que se precia de tratar con las almas y regalarlas. Y de este juego tan divino sale el alma tan enamorada de su Dios y tan animosa para su servicio, que no bastarán para apartarla de su Dios todas las criaturas del infierno ni de la tierra».

j) *Dulces quejas y encontrados sentimientos del alma desfalecida de amor en busca de su Amado.* (Sor María de la Antigua: *Desengaño de Religiosos*, l. 5, c. 28):

«Escuchadme, Serafines,
Angeles, estadme atentos,
Cielos, prestadme atención,
Que descanso si me quejo.

Padezco un mal por mi bien,
De que sanar no pretendo:
Por consistir mi ventura
En su mayor crecimiento.

Una dulce fiebre paso,
Con que me abraso y deleito
Con una continua sed
De agua no, pero de fuego.

Dé una herida penetrante
Que traigo abrasado el pecho,
Y sólo podrá la mano,
Que me hirió, dar el remedio.

Dánme varios accidentes
Con que me quemo y me hielo:
Temo y espero en un punto;
Río y lloro a un mismo tiempo.

Perdida en su busca ando,
Mas por ganada me cuento;
Pues gano en perderme a mí,
Y por hallarme me pierdo».

Siento una inquietud sabrosa,
Que la entiendo y no la entiendo:
Tal vez duermo estando en vela,
Y tal vez, durmiendo velo...

Decidle, pues, Serafines,
A mi Esposo y dulce Dueño,
Que por sus amores vivo,
Y morir dellos deseo.

Decidle que ha muchos días
Que ando con sospecha y miedo
De que me encubran sus rayos
Sus divinos ojos bellos.

Que si le tengo enojado,
Me castigue y quite el ceño,
Que viéndole cara a cara,
Morir a sus manos quiero...

Decidle, pues, que su ausencia
Me tiene ya en tal extremo,
Que en nada gusto no hallo
Y a mí misma me aborrezco...

Otra alma así enferma de amor exclamaba poco ha (Mayo, 1916):

Viviendo estoy en el Fuego,
Y el Fuego lo siento en mí;
Mas siento un frío y un hielo
Cual jamás yo lo sentí.

Vivo metida en el Todo,
Y siento este Todo en mí;
Y a la par siento una nada
Cual jamás yo la sentí.

En la Plenitud me siento,
Siento que me llena a mí;
Con todo siento un vacío
Cual jamás yo lo sentí.

Siéntome dentro de Dios,
Siento a Dios dentro de mí;
Y de El me siento lejos
Cual jamás yo me sentí.

En su Santidad me siento,
y su Santidad en mí;
Y me veo tan culpable
Cual jamás yo lo sentí.

Siento tinieblas y luz
Pena y goce en un momento,
Paz y guerra, muerte y vida,
Felicidad y tormento.

Y al querer mejor decir
O mi goce o mi penar,
Lo mejor que acierto a hacer
Es olvidarme y callar...

k) *Santas locuras de amor*. — «Son tan fuertes, Dios mío, exclamaba Gemma (*Biogr.*, c. 17), los lazos de vuestro amor, que yo no puedo escaparme. Dejadme, dejadme libre, que os amaré en todo, y os buscaré siempre. ¡Oh! ¿qué habéis hecho, Jesús, qué le habéis hecho a mi corazón, que siempre está suspirando por Vos? ¡Ah! yo no puedo más: tengo necesidad de cantar, tengo necesidad de regocijarme. ¡Viva el amor increado! ¡Viva el Corazón de mi Jesús! ¡Oh, si todos los pecadores viniesen a este Corazón! Venid, venid, pecadores, no temáis, que la espada de la justicia no llega aquí adentro. ¡Ah! querría, oh Jesús, que mi voz llegase a los confines de todo el mundo, llamaría a todos los pecadores, y les diría que entrasen todos en vuestro Corazón».

l) *Ansias de Dios, agonías de amor y oración de deseos*. — «¿Quién sabe, exclamaba otra vez Gemma (*Biogr.* c. 18), si Jesús se dejará ver más? Pero si Jesús no me vuelve a mirar, ¿qué me importa? Yo lo miraré siempre, y si ya no me quiere más con El, yo en cambio le estaré siempre delante: quiero pensar siempre en El, que al fin volverá como solía. — Huid, huid, Señor; que yo corro siempre detrás, segura de que ni el cielo ni la tierra ni el infierno me separarán más de Vos. Si os place martirizarme escondiéndome vuestra dulce presencia, será igual para mí, con tal de saber que estáis contento. Contento Vos, contentos todos: ¡Viva Jesús escondido!»

«¡Oh Dios mío y Amor de mi alma! exclamaba otra gran sierva de Dios. Tú me has dado a desear lo imposible aun a los bienaventurados en el cielo. Hame sucedido andar con tan grandes ansias de amar a su Majestad con el amor con que le aman todos los bienaventurados, que de ver el alma que no lo puede conseguir, toda se derrite y se deshace; y esto me sale al exterior con una agonía como si estuviese para expirar...

»El amor es un tirano tanto más rígido y desapiadado, cuanto más dulce y sagrado. El amor, el amor se lo lleva todo. Esta es la enfermedad que más me aflige y este es el accidente de que muchas veces me ha dicho el Señor tengo de morir». — V. Ana María de la Concepción (1668-1746), cisterciense en Valladolid, *Vida* por Muñiz, § 31.

Hay otra manera de oración, dice la V. Angela María (*Riego*, c. 39), «que podemos llamar *de deseo*, y es un ansia grande que tiene la voluntad de Dios y de su unión, sin más ejercicio de actos que amarle como le ha conocido por la fe en general y en confuso. — Este género de oración y trato cierto con Dios no le impide al alma el ejercicio de otros negocios, ni las distracciones del entendimiento e imaginación. ...: es una oración suave, sin cansancio, y se puede conservar por largo tiempo... Hay otra también, que a este símil es un ansia y deseo de la Cruz de Cristo Señor nuestro, para imitarle en los trabajos; y esta oración es muy segura... Llámase oración de unión con Dios, por cuanto la voluntad en ella y con ella no siente otro amor que aquel que este Señor se tiene a sí mismo, uniéndose con aquel único amor con que este Señor ama su Bondad infinita, en que el amor del alma sea como una pequeñita centella que se anega y abisma en aquella hoguera infinita del divino amor; y así... el alma engolfada no puede reposar en lo que no fuere Dios; y por eso es tan poderoso este amor de unidad para el sufrimiento de cruz y mortificación, que parece que no hay diferencia en él entre cruz y amor...

»Es esta oración tan única merced del Señor, que en ella parece no

necesita la voluntad de las ayudas del entendimiento, porque sin vista que la guíe, se halla toda empleada con los toques íntimos que la da el amor divino en su divino Esposo, que es el ímân de sus movimientos; y tiene esta alta oración tal virtud, que aunque el alma no haga particular resolución al ejercicio de las virtudes, las ama y abraza con particular amor, y las practica, naciendo de la voluntad una grande afición a todo género de mortificaciones y de cruz que se le ofrezca sufrir; porque en ellas se ha dado a entender que no la podrá conservar si no vive amorosamente crucificada».

II) *Divinos incendios, toques portentosos y ayes de amor*.—«Todo el fervor y ardor de mi corazón, refiere de sí la misma V. Angela María de la Concepción (*Vida*, l. 2, c. 8), se me difundió por el cuerpo, y yo lo sentía como un hierro que se echa en la lumbre...; de la misma suerte conocía estaba yo toda en Dios, donde el fuego de su caridad me abrasaba, y yo deseaba ser allí del todo consumida con aquel dolor. Es un dolor que sabe a gloria, y el alma tiene gran recreo en él, porque siente unos *toques* y *abrazos* de Dios, que más que si palpablemente lo viera delante, tiene la certeza que está en su Majestad, y se le da allí una noticia de que aquello es una grandísima merced...; con lo cual, conociendo juntamente su indignidad también por noticia—que de otra suerte no la dejan pensar en sí misma—esto la es otro dardo penetrante e incentivo de amor, viéndose amada de un Señor tan inmenso, al paso que no merece otra cosa que ser lanzada en el profundo abismo: Allí lo conoce todo por junto: su ruindad y la suma Bondad; y uno y otro la ayudan a intensar aquel acto de amor de Dios general y sencillo, que Él mismo, por su bondad, le ha dado. Ama, y parécela que no ama; goza y cree que no goza; padece, y se le hace muy poca cosa, con lo que todas son ansias de amar y padecer por el Amado, con unos ayes y como suspiros que nacen con fuerza del corazón, como arrojando en cada uno todos sus afectos en Dios, y tras ellos el alma; y en este empleo no sabe decir ni puede otra cosa más de: *¡Oh mare magnum!* en quo parece se dice cuanto hay que decir, y allí se queda como anegada».

III) *Dardos de la ira divina*.—En medio de las calamidades de la peste y temblores de tierra—que en su tiempo hubo en Quito—vió una vez la V. M. Sor Catalina de Jesús María (*Autobiogr.*, 2 P. c. 79), que Nuestro Señor le hablaba muy irritado y al mismo tiempo le arrojaba un dardo de fuego.—Entonces ella, después de responderle: «¿Qué quieres hacer, Bien mío? Aquí está tu esclava», comenzó a gritar: «¡Que me quemó, que me abrasó!... Porque al punto—añade—que aquel dardo dió en mi alma y corazón, se abrasaban el alma y cuerpo, y el corazón ardiendo quería romper el pecho, no de dulce amor; no, no fué así, sino de aquel fuego que despedía el enojo de Dios, causando en mi alma un temor reverencial sobre manera, aunque no me faltaba amor para no querer verlo enojado.—En fin, a quien esto haya pasado, bien me lo entenderá; pero yo rendía la vida con este fuego de ira».

n) *Participación de la omnipotencia divina*.—«Como el hierro unido al fuego, observa el P. La Puente (*Sentimientos y avisos*, § VI), participa la potencia y actividad del fuego, así el alma unida con Dios participa la *omnipotencia* de Dios... Tres modos hay de entrar en las potencias de Dios: primero, por conocimiento *especulativo*... y es propio de letrados; pero no habla de éste David, antes dice (*Psal.* 70, 16): *Quoniam non cognovi litteraturam, introibo in potentias Domini*: Por ignorante del mundo, entré a las comunicaciones del Señor.—Si los letrados no se hacen como necios e ignorantes, no entrarán en las potencias de Dios.—Otro modo hay de entrar por co-

nocimiento que es *más que especulativo y menos que experimental* de la omnipotencia, y es un *conocimiento con viva fe* de la facilidad con que la omnipotencia de Dios puede entrar dentro de mí, y hacer de mis potencias cuanto conviene... En este sentimiento está el alma blanda para lo que Dios quisiere, y deseando que venga y la trueque y junte consigo. Otro tercer modo hay, que es de experimental conocimiento... cuando un alma, sintiendo esta unión con la divina omnipotencia, experimenta una grandeza de ánimo para hacer en Dios cosas heroicas; ítem para padecer durísimos trabajos... Este tal es *partícipe en la omnipotencia en todas sus virtudes*: su oración es omnipotente para alcanzar de Dios lo que le pide, su obediencia es omnipotente para ejecutar cuanto le manda; su paciencia omnipotente para sufrir cuantos trabajos le envía... ¡Oh plúguiese a tu omnipotencia, omnipotentísimo Señor, que hubiese muchos omnipotentes de esos en tu Iglesia!... Si deseas entrar en las potencias de tu Dios, el camino es hacer humillaciones...

o) *El obrar divino en el alma unida con Dios.* — «En habiendo *habido de unión*, que es ya *estado sobrenatural*, observa San Juan de la Cruz (*Subida*, III, c. 1), desfallece del todo la memoria y las demás potencias en sus naturales operaciones, y pasan de su término natural al de Dios, que es sobrenatural. Y así, estando la memoria transformada en Dios, no se le pueden imprimir formas ni noticias de cosas: por lo cual las operaciones de la memoria y de las demás potencias en *este estado todas son divinas*; porque poseyendo ya Dios las potencias como ya entero Señor de ellas, por la transformación de ellas en sí. El mismo es el que las mueve y manda *divinamente*, según su Divino Espíritu y voluntad; y entonces es de manera que las operaciones no son distintas, sino que las que obra el alma *son de Dios*. Y son *operaciones divinas*, por cuanto *el que se une con Dios un espíritu se hace con El* (I Cor., 6, 17). Y de aquí es que las operaciones del alma unida son del Espíritu Divino, y son divinas. Y de aquí es que las obras de las tales almas solas son las que convienen y son razonables, y no las que no convienen; porque el Espíritu de Dios les hace saber lo que han de saber, e ignorar lo que conviene ignorar, y acordarse de lo que se han de acordar, con formas y sin formas, y olvidar lo que es de olvidar, y los hace amar lo que han de amar, y no amar lo que no es en Dios. Y así todos los primeros movimientos de las potencias de las tales almas son divinos; y no hay que maravillar que los movimientos y operaciones de estas potencias sean divinas, pues *están transformadas en ser divino*».

«Tengo para mí, dice Santa Teresa (*Vida*, c. 20), que un alma que allega a este estado (de unión extática, con raptos y vuelos), que ya ella no habla ni hace cosa por sí, sino que de todo lo que ha de hacer, tiene cuidado este soberano Rey. — ¡Oh, váleme Dios, qué claro se ve aquí la declaración del verso (*Quis dabit mihi pennas!*...) y cómo se entiende tenía razón, y la *ternán todos de pedir alas de paloma*! Entiéndese claro, es vuelo que da el espíritu, para levantarse de todo lo criado, y de sí mesmo el primero».

ARTÍCULO IX. — LA UNIÓN TRANSFORMATIVA: SUS GRADOS Y PRINCIPALES FENÓMENOS

Acabamos de ver en qué consiste y qué grados y fenómenos ofrece esa maravillosa *unión conformativa*, en que Dios va tomando progresivamente una posesión cada vez más plena y perfecta de nuestras facultades y energías, uniéndolas consigo íntimamente a medida que van quedando

do bien purificadas, a empezar, en el recogimiento, por la inteligencia, que era la menos impura y viciada que teníamos, siguiendo por la voluntad, en la *quietud*, y extendiéndose luego, en la plena *unión*, a las mismas potencias y facultades sensitivas; a las cuales embriaga también con su dulzura, para así hacerse dueño de todo nuestro *obrar*, y obrando El mismo en nosotros, comunicar a todas nuestras acciones—con la participación de su infinito poder—una virtud y un valor inestimables.—Mas con ser tan prodigiosa y tan apetecible esta unión y suponer una tan divina manera de obrar, y una verdadera deificación en todas nuestras potencias, todavía podrá acaso parecer aún más *moial* que *vital*, y por eso se llama simplemente *conformativa*.—Y Dios, que quiere llevar sus prodigios de amor hasta extremos increíbles (*Joan.* 13, 1), no se contenta con eso, sino que, después de dar a estos ilustres *vencedores* el *maná escondido* y el *nombre nuevo* (*Apoc.*, 2, 17), si saben corresponder a sus generosidades, los configurará a su imagen dolorosa y los acabará de renovar por completo, revisitiéndolos del manto de la inocencia y aun confirmándolos en gracia (1); y luego los hará ser firmes columnas de su santo Templo (*Apoc.* 3, 12); y por fin los sentará en su mismo Trono para que desde esta vida empiecen a reinar con El (*Apoc.*, 3, 21; *II Tim.*, 2, 12; *Eph.*, 2, 6; *Luc.*, 22, 28-30).

Así es como quiere llevar en nosotros mucho más adelante sus conquistas de amor; quiere, si le somos fieles, apoderarse no sólo de todas nuestras potencias, sino también de nuestra misma *vida* y *alma* y de todo nuestro *sér*, para luego identificarlo en cierto modo con el suyo, abrasándolo, absorbiéndolo, renovándolo y como transformándolo en Sí mismo, *deificándolo* así tan completamente, que ya parezcamos ser en todo *una misma cosa con Dios*, a imitación de la soberana manera en que lo son las Divinas Personas: *Ut sint unum, sicut et Nos unum sumus. — Ego in eis, et Tu in Me, ut sint consummati in unum.* (*Jn.*, 17, 22-23).

Esto ya no es tan sólo *unión*, sino cierta verdadera *unidad* y como identidad de vida, desuerte que ya es Dios no solamente quien *obra*, sino también quien *vive* en nosotros, y «nuestro nuevo *vivir* es ya Cristo», proviniendo todo de su mismo Espíritu, como de verdadero *Señor* y *Vivificador* nuestro, «alma de nuestra vida, y vida de nuestra alma» (2).

(1) *Qui vicerit, sic vestietur vestimentis albis: et non delebo nomen ejus de Libro vitae...* (*Apoc.*, 3, 5).

(2) Refiere la V. Sor Bárbara de Santo Domingo, en Octubre 1872 (*Vida*, p. 375-6), que un día, acabando de comulgar, se lo mostró el Señor y le dijo: «Ven, hija mía, que quiero que te consumas conmigo».

He ahí, pues, en qué consiste esta sobre-maravillosa y deífica *unión transformativa* a que todos somos llamados: todos, pues, así lo pidió Nuestro Señor Jesucristo, diciendo (*Jn.*, 17, 21): «*Ut omnes unum sint, sicut Tu, Pater, in Me, et Ego in Te, ut et ipsi in nobis unum sint...*»

Mas esto exige, para poder resplandecer con esa misma claridad que Jesús recibe del Padre y nos promete dar (*ib.* 22), una prolongada y terrible serie de purgaciones y renovaciones, que poquísimos están bien resueltos a sufrir; pues son en extremo dolorosas, a la vez que deleitosas, y deben penetrar hasta en la misma médula de los huesos, hasta en lo más íntimo del alma y llegar hasta la separación de la misma alma y del espíritu (*Hebr.*, 4, 12), reproduciendo los misterios de la sagrada Pasión.

Consta esta unión incomparable de dos principales grados, en sí bastante bien distintos y manifiestos—por más que hay cierta transición insensible de uno a otro (1)—, que son el místico *Desposorio* y el *Matrimonio espiritual*; aparte de otros importantísimos, pero muy ocultos y difíciles de determinar, que se suceden a lo largo de la oscurísima *noche del espíritu*, en que toda esa renovación se realiza, y entre los cuales figura la contemplación *caliginosa*, en que el alma, admitida a entrar en el piélago de la luz inaccesible donde Dios habita,—purificada en extremo y perfeccionada en sumo grado las tres virtudes teológicas—irá uniéndose directamente con la misma Divinidad y con cada una de las tres adorables Personas, transformándose en Ellas, según vaya haciéndose participante, en lo posible, de los atributos divinos (d).

En el *Desposorio*, entre éxtasis y raptos, se verifican las *entrevistas* del Verbo humanado con el alma a quien va a

y seas una cosa en Mí». «Entonces, prosigue ella, me acerqué a mi Dios y sentí que me abrasaba toda en su amor. Este divino fuego me consumía y unía tan estrechamente a mi Dios, que al poco tiempo... ya no me veía a mí, sino solamente a El; y... me encuentro tan completamente perdida toda en Dios y como transformada en El, que puedo decir con toda verdad que no sé si vivo: creo estoy muerta, pues no vivo más que en Dios... Es una unión mucho más íntima que la que tenía; pues ya toda estoy en Dios...

»La vista tan clara que goza mi alma de Dios, me impide en ciertas ocasiones que vea como las demás la luz del día, pues la veo tan rara, que más bien la puedo llamar tinieblas que no luz. Todo es extraño para mí; estoy como una persona que viene de tierras remotas, a la cual todo se le hace raro... Como de continuo veo a mi Dios... todo lo demás me martiriza».

(1) «Estas dos Moradas—o sea la VI y la VII—advierde Santa Teresa (*Mor.* VI, cap. 4), se pudieran juntar bien, porque de la una a la otra no hay puerta cerrada». Si bien «hay cosas en la postrera que no se han manifestado a los que no han llegado a ella».

tomar por esposa después de acabar de configurarla consigo mismo y revestirla de sus virtudes, sentimientos y pensamientos (1). Y ahí es donde esa altísima unión se inicia, se establece y confirma con mutuas y solemnes promesas de amor y fidelidad, y con un total cambio de intereses, simbolizado a veces o confirmado con el *de corazones*, así como dichas promesas suelen ser garantizadas con el *místico anillo*, el cual desaparece de la vista del alma cuando ésta afloja o incurre en algún descuido (2).

En la próxima disposición para ese divino Desposorio suele intervenir la Santísima Virgen, como imprimiendo al alma sus propias virtudes y perfecciones, y vistiéndola el misterioso manto blanco de su pureza e inocencia, para que así, yendo en pos de Ella misma, pueda ya dignamente comparecer ante el Rey de la Gloria (*Ps.* 44, 15) (3).

En el *Matrimonio espiritual* esa unión se completa y consuma en la perfecta *unidad* de vida y de sentimientos, haciéndose estable y perpetua, y quedando así el alma por gracia singularísima, unida inquebrantablemente y hecha una misma cosa con el Verbo humanado, ofreciendo tan al vivo su divina imagen, que parecerá ser el mismo Jesucristo Hijo de Dios vivo, viviendo aún en la tierra y perpetuando su misión redentora.

De ahí las grandes maravillas que de continuo, aunque de un modo misterioso que el mundo no suele advertir, están obrando en bien de la Iglesia y de las almas.

Fenómenos portentosos.—Aparte de los verdaderos grados intermedios que, —como dicha *contemplación caliginosa*— podrían quizá señalarse entre el *Desposorio* y el *Matrimonio*, figuran, como causas o efectos, muchísimos fenómenos en gran manera interesantes, que contribuyen a realzar la grandeza de esta obra.—Entre ellos debemos

(1) El *desposorio* en rigor es una promesa hecha por Nuestro Señor a un alma, que se halla en estado de unión, de llegar hasta el *matrimonio espiritual*.

(2) He aquí cómo refiere en compendio la celebración del suyo una admirable religiosa que floreció en el Convento de Dominicas de Quito en el siglo XVIII: «Comenzaste—dice a Nuestro Señor, después de haber oído de sus divinos labios que en ella misma, en su pecho, tenía El su reino—comenzaste a regalarme, y entre tus caricias me diste a entender que trocásemos las voluntades. Dije que sí; y entonces con modo especial hiciste el trueque diciéndome o dándome a entender: MI VOLUNTAD SEA TUYA (y al decir esto sentí que se me infundía tu voluntad en mi alma); Y LA TUYA MÍA; y al decirme esta otra razón, sentí que de toda el alma te la daba, y se infundía dentro de tu divina Majestad». —SOR CATALINA DE JESÚS MARÍA Y JOSÉ HERRERA, *Autobiografía* inédita, 2.ª P., c. 40, p. 298

(3) Véase nuestra obra: *Desenvolvimiento y vitalidad de la Iglesia*, lib. I, p. 166-167.

mencionar los *grandes raptos y vuelos del espíritu*, que se acentúan más después del Desposorio, y en que el alma es levantada del todo sobre sí misma y llevada a contemplar la gloria y riquezas de su Esposo, — de quien será, en medio de sus penas, grandemente consolada y regalada (a)—; y también a donde pueda hacerse cargo de sus sagrados intereses para velar por ellos, celando el honor de su Amado. Así es como viene a descubrir inefables maravillas del todo ignoradas de los demás mortales—“*altiora mysteria, quae sunt perfectiorum*,” (S. Thom. 2-2, q. 171, pról.)—, y que no es posible referir, por ser secretos íntimos de la Esposa y el Esposo.

A esto se añaden los misteriosos *daídos divinos*, con que El la llama y la despierta y la enciende en ardentísimos deseos, penetrándole el corazón y causándole aquellas dolorosas y deliciosas heridas y llagas de amor, que avivan y aquilatan hasta el extremo la fe y la esperanza, consumando la caridad, y matando dan vida.

Añádense los insoportables, a la vez que refrigerantes y deificantes incendios del fuego del Espíritu Santo, cuyas vivas llamas de amor, «fuertes como la muerte, y terribles y duras como el mismo infierno» (*Cánt.*, 8, 6), penetran hasta los tuétanos y cauterizan y consumen todas las manchas e imperfecciones y todo vestigio del hombre viejo, dejando el cuerpo como muerto—y hasta sepultado y destruído—y luego resucitado, espiritualizado y así capaz de volar, a semejanza del cuerpo glorioso, adonde le lleve el ímpetu del espíritu.—Añádense, a veces también la «transformación dolorosa» (i), las mortales agonías del Huerto y del Calvario: la participación y renovación de todos los tormentos de Cristo, de su soledad y desamparo, de sus azotes y coronación de espinas, de sus caídas y opresión bajo el terrible peso de la cruz, de su crucifixión y descoyuntamiento de huesos, de su elevación y suspensión entre el cielo y la tierra en el madero santo, su sed, sus gritos de angustia; su emisión del último aliento, su misma muerte, en fin, y sepultura; y luego—hecha ya la feliz renovación y transformación—su gloriosa resurrección, ascensión y misión del Espíritu Santo... Y en medio de todo, los *toques sustanciales* «que a vida eterna saben», e imprimiendo al alma la más perfecta y encendida caridad, ¡le dan vida eterna! (e).

Por estos preciosísimos fenómenos y efectos que suelen más comunmente notarse a lo largo de la prolongadísima *noche del espíritu*, en que se prepara y realiza la deseada renovación del alma, podrá verse ya cuán importante y cuán amable y deleitosa tiene que ser aquélla en medio de

sus horrores, y cuán bien merece llamarse *amable, venturosa y regalada*; puesto que ilumina al alma con inefables delicias (Ps. 138, 11-12; Is., 58, 10), y la deja unida para siempre con el divino Esposo! (1).

En su primera fase, que suele empezar ya durante la simple *unión*, el alma, con excesos insoportables de luz divina, queda oscurecida, ofuscada y perdida para todo lo terrene y sensible, y completamente aniquilada ante lo divino (2). En medio de un despojo total y de una como destrucción de la propia naturaleza, y aun de lo que en ella parecía haber de bueno y virtuoso, ya no acertará a ver sino su nada, pecados, vileza, defectos, imperfecciones, manchas, dobleces, ignorancias, oscuridades y otras mil miserias que la oprimen y anonadan, haciéndola sentir vivísimamente la radical oposición en que se halla con la infinita santidad, pureza, justicia, simplicidad y veracidad divinas que, por una parte, la atraen irresistiblemente y, por otra, con su inmensa grandeza la aplastan y aniquilan, y a veces parecen repelerla como a contraria, y hacerle del todo imposible

(1) Mucha razón tienen, pues, las almas que por ella han pasado, para exclamar bendiciéndola, con San Juan de la Cruz y con sus dos grandes imitadoras María de San Alberto y Cecilia del Nacimiento, diciendo, respectivamente:

*¡Oh noche, que guiaste,
Oh noche amable más que la alborada:
Oh noche, que juntaste
Amado con amada,
Amada en el Amado transformada! (S. J. †)*

*„¡Oh noche regalada,
Que con seguridad favor ofrece
Al alma enamorada
Que en ella se adormece,
Y así el día noche le parecel...*

*„Y así quedó gozando,
De los secretos rayos del Amado,
Y ya señoreando,
Sin fuerza ni cuidado
La casa y moradores que le han dado,, (M. S. A.)*

*„¡Oh noche cristalina
Que juntaste con esa luz hermosa
En una unión divina
Al Esposo y la esposa,
Haciendo de ambos una misma cosa!, (C. N.),*

(2) «Sed quid est quod iste radius excaecat, cum potius debeat illuminare? Sed ista excaecatio est summa illuminatio, quae est in sublimitate mentis ultra humani intellectus investigationem».—San Buenaventura, *In Hex.*, serm. XX, n. 11.

esa plena unión porque tanto ansía (c). Lo cual causa un tormento tan grande e inexplicable, que sólo puede compararse con la pena de daño del Infierno o del Purgatorio; pues realmente constituye el purgatorio en esta vida (1).

Bien humillada así el alma, vacía de sí misma, libre de todo apego, y purificada intimamente con aquel intensísimo fuego que la abrasa y consume, va entrando en la segunda fase, sobre todo después de celebrado el místico Desposorio, en que entre éxtasis ya deliciosos, ya penosísimos, ve ora la hermosura adorable del Esposo divino, ora las ignominias y afrentas que por nuestro amor sufrió, y la mala correspondencia con que hoy se le paga. Y entonces, cuando menos lo piensa, es introducida en el insondable abismo de la *gran tiniebla*, donde, perdiendo de vista aquella sagrada Humanidad que le servía de consuelo y de apoyo, de camino y de guía, borrados y destruidos los vestigios de todo lo terreno, y sumergida y perdida en aquella inmensidad sin fondo en que se halla, mientras le parece quedar privada hasta de la misma fe, esperanza y caridad (g), va recibiendo por grados la impresión y participación de los atributos divinos, de la bondad y misericordia de Dios, de su pureza, santidad, veracidad y justicia, y por fin hasta de su misma grandeza, saber e inmensidad (d); donde acaba de perderse para salir luego verdaderamente hallada, enriquecida con las gracias singularísimas que las tres divinas Personas como a porfía le hacen (2), adornada de todas las

(1) De esta noche *del espíritu*, dice Vallgornera (*Myst.*, q. 3, d. 6, a. 1), «causa formalis est lux clarissima contemplationis, quae intima cordis arcana, et centrum animae penetrans, omnes ejus defectus quantumcumque latentes et minimos ei manifestat, et adjunctis circumstantiis, maxime personae offendentis et offensae, mirabiliter cruciat, intellectum tenebris obvolvendo, et voluntatem quadam abjectione et desperatione ad extremas angustias reduciendo... Causa efficiens est Deus benignus et misericors, qui purgando suorum electorum animas, ad sui disponit unionem... Causa finalis est unio intima cum Deo, ad quam hujusmodi purgatio condigne praeparat animam et apte disponit».

(2) «En cierto modo, decía la sierva de Dios Sor Filomena de Santa Coloma, religiosa Minima en Valls (1841-1868; cf. *Vida y Escritos*, por Sucona, 1897, p. 162), andan a competencia las tres divinas Personas en hermosear mi alma con dones y gracias sobrenaturales... En primer lugar parece que el Eterno Padre viste mi pobrecita alma de un poder y señorío grande, superior a todo lo criado, animándome a emprender cosas grandes en su honor, asegurándome de su ayuda, y alegrando de mí todo temor, haciéndome el espanto del infierno. El sapientísimo Hijo me parece se esmera en comunicarle de su infinita Sabiduría, mostrándole los caminos rectos que le han de conducir a la vida eterna, llenándola al mismo tiempo de luces celestiales y divinas. —El Espíritu Santo, fuente de amor, parece me comunica con abundancia el fuego de amor en que se abrasa, forzándome para que comuni-

virtudes y con la fe y la esperanza del todo firmes y acrisoladas y la caridad tan maravillosamente «ordenada» y tan abrasada, que triunfará ya de la muerte y del mismo infierno, pues no podrá ser extinguida con las aguas de todas las tribulaciones (a).

Así es como sale ya plenamente *purificada, iluminada y perfecta* en todo, según cabe en esta vida, y muy especialmente en esas tres grandes virtudes teologales, con que se une del todo con Dios; y así es como, viniendo a quedar plenamente configurada con el Verbo divino, puede ser ya admitida al matrimonio eterno, consumándose en aquel portentoso y delicioso *ósculo de Dios*, que es la plena comunicación del Espíritu Santo, y en el estrechísimo y ardoroso *abrazo* de su inextinguible caridad, el desposorio antes contraído «en la fe, en la justicia y en el juicio».

Allí la dulce Esposa
Transformada en su Amado y convertida.
En El vive y reposa
Y de El recibe vida,
Quedando ya la suya consumida. (M. María de San Alberto).

Por este altísimo estado del *Matrimonio espiritual* viene a entrar el alma en tan amigable y admirable sociedad con las Divinas Personas, que ya casi habitualmente goza de su inefable vista, repercutiendo en ella, con delicias de Gloria, las eternas procesiones del Verbo y del Espíritu Santo, oyendo la voz del Eterno Padre que dice: *Esta es mi hija muy amada, en que tengo mis complacencias*, y recibiendo así el místico *Beso* del mismo Padre y del divino Esposo (1).

De este modo, como verdadera hija y esposa, merece penetrar los secretos juicios de Dios, y encantada al ver cuán verdaderos y justos son siempre, adora y ama y alaba igualmente los terribles rigores de su inviolable justicia, que los increíbles excesos de su infinita bondad y misericordia

que de él a mis hermanas, a las que me manda amar con caridad perfecta y ardiente».

(1) «Se le muestra, dice Santa Teresa (*Morada VII, 1*), la Santísima Trinidad. . . y por una noticia admirable, que se da a él alma, entiende con grandísima verdad ser todas tres Personas una sustancia, y un poder y un saber y un solo Dios: de manera que lo que tenemos por fe, allí lo entiende el alma, podemos decir, por vista... Aquí se le comunican todas tres Personas y la hablan... Notoriamente ve que están en lo interior de su alma... siente en sí esta divina compañía».

De la visión intelectual de la Santísima Trinidad, advierte otra vez (*Relación 9*), «queda una ganancia en el alma, con pasar en un punto, sin comparación mayor que en muchos años de meditación, y sin saber entender cómo».

(Apoc. 19, 1-2), identificándose así en todo con las miras y disposiciones divinas.

Y con vivir tan endiosada, que sólo rarísimas veces y por breve espacio padece algunas ausencias y sequedades, ya no suele sufrir ni éxtasis ni raptos, porque ya está confortada a manera de los Santos del Cielo, para recibir, sin desfallecer, los mayores excesos de luz.

Así viene a quedar, según San Juan de la Cruz (*Cánt. espir.*, 22), confirmada en gracia, y aun exenta de las penas del Purgatorio (*ib. Noche II, c. 6*).—Su vivir es como un principio de la eterna felicidad (1). Con frecuencia los justos en tan sublime estado, empiezan a emitir resplandores de gloria, u olores de celestial fragancia (2). A veces pasan largas temporadas sin apenas dormir o sin otro alimento que la Eucaristía; y sin embargo, gozan de fuerzas suficientes para trabajar con celo y actividad indecibles por la gloria de Dios y bien de sus prójimos: para lo cual a veces, como dispensados de la ley de la gravedad y de la condición de estos cuerpos terrenos, vuelan o son repentinamente trasladados aun a los más remotos lugares y a los parajes más altos e inaccesibles.—Y a veces hasta recobran el primitivo dominio sobre las fieras y sobre la naturaleza, viéndose como vueltos al estado de la inocencia y asociados a la obra de Cristo resucitado y glorioso....

¡Tal es la inconcebible altura a que en esta misma vida son elevadas las almas fieles a la gracia!... ¡Y tal el ideal realizable de todos los verdaderos cristianos que aspiran a configurarse con Cristo: la DEIFICACION!...

«¡Oh almas criadas para estas grandezas y para ellas llamadas!—nos dice San Juan de la Cruz (*Cánt. espir.*, 39)—¿Qué hacéis? ¿en qué os entretenéis?»

(1) «Iste status exigit, dice Antonio del Espíritu Santo (tr. 1, d. 1, s. 6, § 12), ut Deus eidem animae *revelet evidenter*, quod sit in statu gratiae et in numero electorum. Ita Laurentius Justinianus (*Tract. de casto connubio Verbi et animae*, cap. 25) et alii, cf. Philip. a. Trinit. (*Discurs. prooem. a. 8*).—«Animae in isto statu, añade (tr. 4, d. 4, s. 7), communicantur aliqua privilegia, quae concessa fuerunt primo parenti in statu innocentiae».

Véase nuestro libro: *Evolución mística*, p. 470-477.

(2) «Soy sin mí ya tan de Dios, Que aniquilada mi nada,
En mi Amado transformada, Damos un olor los dos».

(Escala mística)

APÉNDICE

a) *Cómo prueba y acrisola, y cómo a la vez consuela y regala Dios al alma.*—«Todo el día soy afligida, exclamaba en Noviembre de 1867 la V. Sor Filomena de Santa Coloma (*Vida y escritos*, p. 238-9). Al despertar por la noche es para ser víctima del dolor; y el sol que por la mañana sale alegrando y recreando a todas las criaturas, parece que... me sirve a mí de más tenebrosa noche, sintiendo agitado mi corazón de congojas y temores de muerte. Temo y tiemblo y estoy como sumergida en lúgubres tinieblas que sólo me hacen ver las iras del Señor descargadas contra mí... Me hallo desolada sin consuelo alguno, rodeada y asaltada de mis enemigos, que conspiran en mi perdición, llena de dolores en mi cuerpo; pero de mayor importancia es lo que padece mi alma... Yo clamo al Cielo, vuelvo y vuelvo a clamar, mi voz enronquece, y mis ojos, sumergidos en lágrimas, tienen que humillarse una y otra vez a la tierra por ver las doce puertas cerradas. Me esfuerzo con la dulce memoria de que en esas doce puertas del Cielo está mi Amado: llámole y vuelvo a llamarle por su mismo nombre; mas este hermosísimo Amado mío no me deja oír su amable voz, y mucho menos mostrarme su cariñoso semblante, pareciéndome que cuanto más le llamo, más se enoja... Creo que si amase como debo a Dios, moriría de no morir en este mismo instante, pues aunque mi vida se conserva, esto es vivir muriendo, y morir sin vida; porque suspirando tanto mi pobre alma (por) la más íntima unión con su Dios, se ve de El mismo como aborrecida y despreciada, cayendo en mayores desolaciones después que le he llamado con dulces y cariñosos nombres. ¿Qué haré, pues, en tan deplorable situación, Padre mío? ¿Desesperar? ¡Ay! esto de ningún modo: *amo, creo y espero tranquila* que se acordará de mí Aquel que tantas veces vivificó mi valor en medio de los combates... Si le diese cuenta de la tranquilidad tan grande que siento en mi interior, parece sería contradecir todo lo aquí apuntado... Las consolaciones del Señor abundan en medio de mis mayores aflicciones. Inalterable se halla mi interior y llena de confianza en las promesas que nos ha hecho el Señor».

«Cuando me encuentro en tan terribles combates, decía a su vez en Octubre de 1871 la V. Sor Bárbara de Santo Domingo (*Vida*, p. 238), recurro a mi Dios, y parece que para mí ya no hay Dios, y, si algo se deja sentir, es muy enojado. Me miro para ver en lo qué he ofendido a mi Dios, y me veo de un modo que, si me dejara llevar de lo que veo, no podía tener ni la más mínima esperanza. Pero en medio de todo, sin que yo lo entienda, me está sosteniendo el poder de Dios... para que no desmaye».

«La desolación, añade en Mayo del 72, se ha aumentado extraordinariamente. He estado como en un lago tenebroso, llena de cuantas aflicciones se puede usted imaginar...; unas angustias mortales cubren mi corazón; el tedio se ha apoderado de mí de un modo que parece que no me quiere dejar acción para nada bueno: no puedo ni aun siquiera pronunciar el dulce nombre de Jesús. Las terribles tentaciones vienen como una lluvia horrorosa; parece que estoy dejada de la mano misericordiosa de mi buen Dios, y que en vano clamo por el auxilio divino; pero esto, como usted sabe, no penetra en lo interior del alma».

Sin embargo, añade, «me martiriza de un modo extraordinario».

«¿Qué tinieblas tan grandes me han cercado! exclamaba luego en Septiembre, parecía estaba en un lugar sumamente tenebroso y llegaba a veces a tal extremo, que parece no tenía ni fe. Estaba en el mayor desamparo; pero mi alma en medio de todo gozándose en padecer...

Y mientras más desamparada parecía estaba de mi Dios y más sufría con todo lo dicho, más y más se abrasaba mi alma y corazón en ardientes deseos de padecer mucho por mi Dios, y más me sentía abrazar en su santo amor».

«Estoy, vuelve a decir a los pocos días, en un lago de sufrimientos: me da mi Dios a beber hasta las heces de este cáliz amarguísimo; y al mismo tiempo oculta en sí y comunica una dulzura, que si no experimentara no se creería».

«¡Oh Señor, exclamaba Sor Catalina de Jesús María y José (*Autobiograf.*, 1.^a P., c. 8, p. 45), permitidme que os hable... como a Padre amoroso que todo lo tolera a la hija que ama! ¡Qué sabroso lo prevenís a la imaginación al principio, hasta que tenéis bien cogida el alma, para que después, aunque quiera, la fuerza que le hace lo que ya tiene experimentado en Vos, no la deje apartarse de un Señor tan bueno, por más trabajos que le dé: que muchas veces os he llegado a decir entre atrevida y amorosa: ¿cómo, Señor, me lo prevenís tan fácil? ¿Cómo decís que es vuestro yugo suave, pues experimento ya los hombres se me abruman?—Así os he hablado muchas veces; pero Vos... como Padre de amores, ya que veáis que más no podía con mi flaqueza, acudíais a fortalecerme con vuestra presencia, con que borrábais todo el penar y me dejábais ansiosa del mismo penar, y triste por haberme afligido con él, extrañando ya su falta. Así, Señor, apenas el alma y así la consoláis».

«Cuando me hallo como fuera de mí, decía Santa Rosa de Lima (cf. *Vida*, por el P. J. A. Catá de Calella, c. 34), en aquel deshecho torbellino de oscuridades y sombras, he aquí que de repente me veo restituída a las luces de mediodía y a la antigua unión con Dios, como si reposara en los brazos de mi amado Esposo con tanta seguridad como si nunca hubiese caído de aquel felicísimo estado. Siento en mí ansiosos *Impetus de amor*, al modo que un caudaloso río, rompiendo las presas o diques con que suelen atajar sus corrientes, se precipita atropellándose sus aguas; llevándose con facilidad las compuertas que antes lo detenían y cerraban el paso. Aspiro luego el aura suave de los divinos favores, y espárcese la deliciosa fragancia de los aromas por el campo de mi alma. Esta se ve sumergida en el piélago inmenso de la Bondad divina, y con transformación inefable se une íntimamente con el Amado y se hace una misma cosa con El...

«Entre estos favores me parecía que había echado hondísimas raíces en Dios y que estaba inmoble en El, *segura de su amistad y confirmada en gracia*. Sentía también cierto don inexplicable y muy raro, en virtud del cual me parece que *me hace impecable*; de modo que puedo decir con toda confianza con el Apóstol: *¿Quién me apartará de la caridad de Cristo? Cierta estoy que ni la muerte ni la vida... ni la angustia, ni la hambre, podrán separarme de mi amado Jesús*».

«Cuando el Hijo de Dios, escribe San Lorenzo Justiniano (*De casto connubio*), encuentra un alma que, por un privilegio de su gracia y de su amor inmenso, ha sido elevada a la condición y dignidad de sus esposas, la visita asiduamente y le habla con toda familiaridad, y parece multiplicarse por consolarla y bendecirla, como si no pudiera sufrir su ausencia; y si a veces se retira, es para volver pronto con más celo y efusión. ¿No lo veís llamar con impaciencia a la puerta del corazón que le pertenece, despertándolo de su misterioso sueño? (*Cánt.*, 2).»

«Saepe sub hoc statu, escribía Ricardo de San Víctor (*De 4 grad. viol. carit.*), Dominus visitat, saepe interna suavitate saciat, spiritusque sui dulcedine inebriat. Saepe sub hoc statu descendit de coelis, saepe visitat sedentem in tenebris et umbra mortis, saepe gloria Domini implet tabernaculum foederis».

«Muchas veces entrando en el coro fatigada, me decía el Señor, que descansara en sus brazos, y así se hallaba mi alma en ellos con los regalos y favores que yo no sé decir. Otras se me manifestaba con el Costado abierto, y me daba a entender que me quería meter en su Corazón, que el amor que le tenía le obligaba a eso». — V. Sor Ana María de la Concepción, *Vida*, § 38.

b) *Penosísimo estado del alma, perseguida de los enemigos y como alejada y abandonada de su dulcísimo Dueño, sin poder hallar consuelo ni apoyo en nada y a veces incapacitada y como insensible a todo.* — Después de referir Santa Verónica Juliani (cfr. *Vida*, l. 2, c. 1) los tormentos y aflicciones que los demonios le causaban, añade: «Todas estas penas eran nada en comparación de lo que yo sentía en mi interior, destituida y abandonada en obscurísimas tinieblas, en tan grande *lejanía de Dios*, que no podía respirar siquiera ni enviarle un suspiro... ¡Oh pena intolerable de un alma, verse privada de todo socorro y tan alejada del Sumo Bien! Ella suspira, y no se la oye; llama a su Esposo, mas El no viene; mientras más se le busca, más huye: ella le ruega, y El no quiere oír... En tal pena estaba mi alma, que la agonía de muerte pienso que no pueda ser mayor».

Y lo que más la aflige es la impotencia para todo y la misma insensibilidad a qué se cree reducida.

«Aquí el alma, dice la V. Angela María de la Concepción (*Vida*, l. 2, c. 15), ni halla pie ni arrimo, porque las cosas de este mundo la cansan y fastidian: desea sin saber qué, porque tampoco apetece con ansia las cosas del cielo, ni sabe a qué se inclina, porque se halla colgada de Dios sin querer nada de arriba ni de abajo. S. M. no la declara; porque es su gusto que desee y no ejecute, y la deja en una suspensión que si bien la da fuerzas para resistir al mal y apetecer sólo el bien, anda como a ciegas deseando saber en lo que acierta a dar gusto, y que este género de pensar en esta suspensión sin arrimo ni hacer pie en nada, es como un estar crucificada entre el cielo y la tierra (que es un modo de martirio que, cuanto menos se perciba su dolor, es más penetrante para el alma y la purifica sutilmente, porque si bien pena y siente, está como los niños que no tienen uso de razón y les duele algo, que ni ellos saben qué, ni decirlo, y lo padecen más, que este es uno de los beneficios grandes que hace Dios al alma en esta vida. — Allí se goza y recibe sin percibir lo que pasa; pero luego al volver en sí queda como estampado en ella lo que ha pasado».)

c) *Terrible impresión de la santidad y justicia divinas.* — *Participación del pensar y gozar de Cristo.* — «Esta santidad divina, decía la Beata Margarita María (*Autobiog.*, al fin), pesaba y se imprimía tan fuertemente sobre mí, que me ponía incapaz de hacer oración y de sufrir el dolor interior que sentía. Y sentía tal desesperación y tan gran dolor de parecer delante de mi Dios, que si el mismo poder que me hacía sufrir no me hubiera sostenido, habría mil veces querido abismarme, destruirme, aniquilarme, si estuviera en mi mano. Y a pesar de eso, no podía retirarme de esta divina presencia que por todas partes me perseguía como a una criminal pronta a recibir mi condenación, pero con tal sumisión al divino querer de mi Dios, que estaba siempre dispuesta a recibir todos los dolores y penas que El tuviese a bien enviarme, con el mismo contento que recibiría la suavidad de su amor».

En Diciembre de 1805 se dignó el Señor anunciar a su fiel sierva Sor María Josefa Kumi (1763-1817), religiosa dominica estigmatizada del convento de Wesen (Suiza) los muchos padecimientos que le tenía reservados en expiación por los pecados del mundo: «Sufrirás, le dijo, (cf. *Vie. ch. VI: 1906*), tal amargura y tristeza, que llegarás a creer que padeces las penas del infierno, pues Yo me ocultaré del todo, reti-

rando de tu alma cuanto me pertenece». — «Tus sufrimientos, le añadió otra vez (*ib.*, ch. IX), llegarán a tal extremo, que te parecerá casi nada cuanto hasta ahora has sufrido. Sentirás hasta las torturas del remordimiento de ciertos crímenes, y así te acusarás de esos supuestos pecados, como si realmente los hubieras cometido. Entonces ante el juicio de tu confesor y no le ocultes nada, pues tendrá luz y gracia para alumbrarte».

«Tengo algunos días, decía en Octubre de 1872 Sor Bárbara de Santo Domingo (*Vida*, p. 382), de mucho sufrimiento en mi espíritu, pero en particular del miércoles por la tarde se aumenta, pasando todo el jueves y el viernes en unas angustias tan grandes, que algunas veces, si mi Dios no me fortaleciera, me parece imposible poderlas sufrir. Este Dios bondadoso que en ocasiones tanto se me comunica llenando mi alma de celestiales consuelos, que parece tiene todas sus delicias en venir a esta su vil criatura, como si fuera sola en el mundo; este Dios se oculta tanto a mi alma..., que parece no hay Dios para mí... Yo me acuerdo mucho del desamparo que mi Dios experimentó en la cruz y en el huerto de las Olivas, y cuando lo pienso parece que se aumenta en mí la angustia y demás penas interiores; pero todo esto recrea mi alma, pues en el padecer y sufrir encuentro mis mayores delicias. Parece que estando como llevo dicho, no debiera tener ninguna de las visitas amorosas de mi Dios, pero no es así; pues como este Señor es tan bondadoso, no lo lleva todo a rigor, sino entre lo amargo da lo dulce».

«No se puede comprender, añade a los pocos días, cómo puede una criatura gozar del modo que yo gozo en padecer, y que mientras más fuertes son los trabajos, más contento y alegría tengo en ellos. Y esto es muy cierto: encuentro más contento y gozo cuando Dios me llena de aflicciones, que cuando me recrea con dulces consolaciones... Cuando tengo poco que sufrir, estoy como el pez fuera del agua, sin poder vivir».

d) *Deificación del alma sumergida y perdida en Dios, y participación de la misma inmensidad divina.* — «Cum itaque mens, dice Dionisio Cartujo (*In Exod.*, art. 42), aestuantissimae caritatis ardore succensa, Deo ita coniungitur per contemplationem theoricam et sapientiam luminosam, flammigeram, unitivam, dicitur introire caliginem, instarque Moyses ab omnibus separari. Unitur enim Deo tamquam prorsus incomprehensibili et quoad quid est mere ignoto; et tamen hoc ipsum sic intueri, est clarissime et suavissime contemplari, speciesque altissimae contemplationis huic vitae possibilis. Idcirco tunc tota in lucem illam tam infinitam expanditur, increatae Veritati infigitur, superessentiali Deitati et superbeatissimae Trinitati tam radiose, amorose et proxime copulatur, quod aliud nihil advertit, nec proprium actum attendit, sed defluit a seipsa, atque in proprium refluit fontem, sicque in divitiis gloriae rapitur, in Amoris increati, immensi, igne comburitur, in Deitatis abyssum profundatur, et absorbetur, ut videatur quodammodo esse creatum exuere, et increatum idealeque esse induere, non quod substantia mutetur, aut proprium esse tollatur, sed quoniam *modus essendi* qualitasque vivendi *deificatur*, hoc est, Deo et superbeatissimae beatitudini ejus supernaturaliter et gratiosissime assimilatur: sicque emittenter impletur illud Apostoli: *Qui adhaeret Deo, unus spiritus est*».

«Hiciste, Señor y Padre de amor, exclama Sor Catalina de Jesús María (*Autobiogr.* 2.^a P., c. 76), que fuese arrebatada mi alma, parecíame que al Empíreo; y vi mi alma tan extendida, no sé si diga que me parecía inmensa... Entendí todo el orbe empíreo y demás cielos, con todo el centro y abismos de la tierra, y que todo lo llenaba tu inmensa grandeza, extendida aun a lo que no se puede decir ni imaginar, hasta

donde ya no hay más mundo ni cosa criada. — Parecióme que mi alma era o se extendió a toda esta grandeza, y que se vió llena de toda esta inmensidad de Dios, y dentro también toda ella de la inmensidad divina, de suerte que me parecía era mi alma también una inmensidad que, parejo con aquella inmensidad divina, lo miraba todo y entendía: parecíame que no era una mi alma y otro Dios, sino que Dios y mi alma eran tan uno, que no había como dividirse. ¡Tanto como esto había crecido mi alma! La cual, aunque así se miraba toda endiosada, poseyendo una paz grande, como de bienaventurada (que no me sé explicar de otro modo), fuera de aquel amor sin medida, no dejaba de reconocerle Señor, con reverencia y con una humillación grande, que nunca la quisiera perder para con mi amante Dios; y junto con esto, me hallaba como señora que pisaba todo el mundo, con un imperio sobre todo lo que a Dios no agrada... Comencé en esta unión a entender cómo se derraman de aquella grandeza muchísimos bienes sin medida, para todos los escogidos y para todos los hombres a manos llenas, por donde ninguno se puede quejar sino de su ingratitud: y de todos estos bienes y grandeas... conocí que era el distribuidor Nuestro Señor Jesucristo... Luego entendí una voz del Verbo que dijo: «Estos bienes les vinieron a los hombres por Mí, con hacerme hombre por ellos, que es el mayor de los beneficios, con haberme quedado sacramentado en el mundo para estarle con ellos».

Otra vez declara (3.ª P., c. 18), cómo vino a ella de un modo especial el Espíritu Santo y la hizo participar de esa divina inmensidad. — «Vino hacia mí, dice, desnudo de toda imagen, dándome a conocer venía a su propia morada. Abrióle mi alma las puertas al Dueño, que conocía no podía resistirle... E introduciéndose adentro quedó no como huésped, sino como absoluto dueño de la casa. Y luego, en ese improviso, me pareció que este divino Espíritu se ingertaba en mi alma, quedando hecho una misma cosa, y tan explayada, que me parece se extendía el alma a la inmensidad de El. Y como la inmensidad de Dios no se ha de ceñir a la limitación de un alma... paréceme... que ella dentro de este Divino Espíritu, se vuelve inmensa... no porque le venga esto al alma por ella, sino por el Inmenso que a ella se unió».

e) *Los toques substanciales de Dios: admirables efectos y altísimos conocimientos.* — «Estas altas noticias amorosas (acerca de los atributos divinos), dice San Juan de la Cruz (*Subida*, II, c. 24), no las puede tener sino el alma que llega a unión de Dios, porque ellas mismas son la misma unión; porque consiste el tenellas en cierto toque que se hace del alma en la Divinidad, y así el mismo Dios es el que es allí sentido y gustado, y aunque no manifiesta y claramente, como en la gloria, pero es tan subido y alto toque de noticia y sabor, que penetra la sustancia del alma... Aquellas noticias saben a esencia divina y vida eterna... Hay algunas noticias y toques de estos que hace Dios en la sustancia del alma, que de tal manera la enriquecen, que no sólo basta una de ellas para quitar de una vez todas las imperfecciones que ella no había podido quitar en toda la vida, mas la deja llena de bienes y virtudes de Dios. Y lo son al alma tan sabrosos y de tan íntimo deleite estos toques, que con uno de ellos se dará por bien pagada de todos los trabajos que en su vida hubiese padecido, aunque fuesen innumerables; y queda tan animada y con tanto brío para padecer muchas cosas por Dios, que le es particular pasión ver que no padece mucho...

»Estas mercedes no se hacen al alma propiamente, por cuanto son hechas con muy particular amor de Dios, que tiene con la tal alma, porque el alma también se le tiene a El muy desapropiado. Porque es lo que quiso decir el Señor por San Juan (14, 21), cuando dijo: «Aquel que me ama, será amado de mi Padre, y yo le amaré y me man-

nifestaré a mí mismo a él». En lo cual se incluyen las noticias y toques que vamos diciendo, que *manifiesta Dios al alma que se llega a El y de veras le ama*».

f) *El beso y abrazo de Dios: grandes misterios ahí encerrados.* — «Per osculum, advierte el P. Antonio del Espíritu Santo (tr. 1, d. 1, s. 6, § 4), significari summam quamdam suavitatem animae a Deo infusam in divini Spiritus communicatione... Per amplexum autem significatur quidam tactus substantialis animae a Deo factus, qui sapit aeternae vitae délicias. — Sponsalia vero et matrimonium tunc dicuntur, quando Deus, qui in essentia animae residet, ineffabili modo menti purgatae illabatur et se manifestat elevando quodam divino lumine intellectum, ut eum existentem sibi prae sentem agnoscat, et voluntatem affective tangendo, ut Deum intime conjunctum ac animam deosculantem et amplextantem ardentissime amet ac amoris mutuo amplexu ei copuletur ac in illum omnino transformata et absorta eo dulcissime et suavissime perfruat. Hic autem illapsus divinus non fit intellectui viatorum eadem perfusione ac fit intellectui beatorum per intuitivam Dei visionem, sed tantum per realem Dei praesentiam et unionem, non solum cum voluntate, ut aliqui volunt, sed etiam cum intellectu... Cum matrimonium in centro animae contingat, ibi immediate Deus se manifestat».

«In hujusmodi unione, añade (§ 11), Deus interno tactu et amplexu percipitur et quodammodo palpatur ab anima, et immensos divinae gratiae thesauros communicat. Quae omnia manifeste videt anima».

Véase a San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*, canc. 22.

«Habiéndome entregado a Jesús, escribe cierta alma (F. 13 Abril, 1909), fui de El llevada hasta el seno de la Santísima Trinidad y sentí cuán inseparable es del Padre y del Hijo el Espíritu de amor que de ellos procede. Sentí la inefable dulzura de este *Beso* del Padre y del Hijo, y me fué dado comprender cómo todo acto de amor deriva de este principio de todo amor. Todo acto de caridad es una comunicación y derivación de este principio, y sentí que teniendo en mí a Dios, en mí se amaban el Padre y el Hijo y producían al Espíritu Santo. Comprendí también que la comunión produce en nosotros la gracia por ser el beso de Dios a su criatura, reflejo del que se dan el Padre y el Hijo».

«He sentido, añade (14 Abr.), al Padre y al Hijo amándose en mí y produciendo al Espíritu Santo; y comprendí que la santidad es la libertad dejada a este Amor del Padre y del Hijo, y que si es tan espantoso el pecado, lo es porque impide a este Amor producirse en el alma: es un obstáculo a la acción de Dios. Comprendí que la plenitud de ese amor sólo ha estado en el Corazón de Jesús; y para que esta plenitud se llenase en la humanidad fué menester que el Verbo se encarnase... Comprendí cómo la Eucaristía trae a nosotros la Divinidad unida a la Humanidad, y parecióme que la principal causa de la institución de la Eucaristía era esa necesidad que Dios tiene de amarse en sus criaturas y aumentar siempre en ellas esa presencia del Padre y del Hijo amándose continuamente... Jesús se hace mi alimento y me incorpora consigo para perfeccionar y completar en mí cada vez más lo que pasa en El».

g) *Abismo de la noche oscura.* — He aquí cómo lo describía poco ha un alma, viéndose de repente en él sumergida después de experimentar el inefable beso de las tres Divinas Personas:

«Me senti, dice, mucho más en Dios: me parecía que El me nutría, que era el aire que respiraba, la vida que vivía: que era El más alma mía que mi alma... El día de la Santísima Trinidad (1915) se renovó el favor, pero de un modo más íntimo aún; y después... ¿Qué ha pa-

sado? No lo sé; pero parece que lo he perdido todo, todo sin que me quede nada más que una sensación de nada y de muerte que me hiele... Parece que he caído en un pozo hondísimo y tenebroso donde no veo ni entiendo, ni sé nada... Parece que he perdido a Dios, la fe, la esperanza, el amor, como si nunca lo hubiera sentido. Me siento como una imbecil que ni sufrir ni desear sabe... No puedo obrar ni por temor ni esperanza, porque siento como si después de todo, no hubiera más que la nada.

En el fondo de esta oscura sima
En que vivo muriendo sin morir,
Si me siento sin Dios y no le amo,
¿Qué me espera? ¿qué aguardo? - Sucumbir...
Y creyendo sin fe, y sin esperanza
Esforzándome en vano en confiar,
Me pregunto: ¿Sin vida, cómo vivo?
¿Cómo puedo sin aire respirar?
Si a lo menos sufriera, viviría;
Mas me falta la vida y el sufrir,
Y no me queda nada más que *nada*,
Y lo he perdido todo, aun el sentir...
En la triste tiniebla en que me veo,
Y en esta amarga y sola soledad,
Déjame, ¡ah! repetir un solo grito:
Cúmplase en mí, Señor, tu voluntad». — (25 Julio 1915).

h) *Estado de la misma alma, incapacitada y reducida a un solo afecto de amor doliente: (Id., 31 Julio, 1915).*

¿Me bastará una cuerda?
¿Sólo una nota?

PREGUNTA

Un arpa yo tenía
Bella y sonora;
¡Y qué alegre cantaba
A cada hora!...
Mas, al pulsarla un día
Manos divinas...
Rompiéronle una a una
Sus cuerdas finas.
Rompiéronle ¡ay! sus cuerdas,
¡Y yacen rotas!...
¿Cómo podrán dar bellas
Variadas notas?
Un ¡ay! o algún gemido
Tal vez exhalan.
¡Ah! ¡no! las cuerdas rotas,
Las cuerdas callan.
El arpa silenciosa
No canta ahora;
Sus cuerdas ya no vibran,
¡El arpa llora!...
¿Cómo cantar podría
Si se ve ausente
Del Amador divino,
Si no le siente?

En vano al temor santo
Arpeggiar quiero;
Esta cuerda no vibra;
Cantar no puedo.
En vano al cielo miro,
Que no le veo:
Y a cantar no me invita
Hoy su deseo.
Sólo queda una cuerda,
La del dolor:
Si la pulsan responde
Tan sólo: Amor...
Que el Amador que un día
¡Ay! me robó
Y rompió el arpa mía,
Y me llagó,
Sólo, sólo una cuerda
Dejó vibrante
Que canta... sólo a impulsos
De un Dios amante.
Ni temor ni esperanza
Vibrante queda...
Ya no me queda nada
En que asir pueda.
Las cuerdas de mi arpa
¡Ay! se han quebrado,
Que las quebró la mano
Que me ha llagado!.

Para dar bellos sonos	Que una cuerda me quede,
Al arpa rota,	La del dolor;
¿Le bastará una cuerda?	Canta sólo una nota:
¿Sólo una nota?	¡Amor, amor!...

i) *Transformación dolorosa*. — Esta inefable transformación del alma en Dios mediante el dolor, es complemento de la hecha por puro amor, y hace que éste mismo alcance todos sus quilates; pues, como advierte San Juan de la Cruz (*Noche I, cap. XII*), por los trabajos, dolores y aflicciones es por donde se llega a los más subidos toques del amor divino.

He aquí cómo se expresaba por el año 1892 acerca de esa transformación por dolor cierta alma (M. C. S.) que lo sabía por experiencia. Dando cuenta a su Director de «cómo se le comunicaba Nuestro Señor cuando la hacía partícipe de sus padecimientos» — decía así: «Cuando el Señor en su bondad y amor levanta al alma y... la entra en los misterios del amor de Jesús, y Jesús le comunica sus propios dolores, sus agonías, todos los tormentos de su Pasión, y deja que de su Corazón santísimo brote la sangre divina a torrentes sobre el alma, como lo hace con la mía, parece que la sangre de Jesús se mezcla con mi propia sangre, dando a mi cuerpo extraordinaria fuerza y vigor...

»Así como por la transformación de amor une al alma a Sí de la manera más íntima y preciosa, así la une también íntimamente a Sí por la transformación del dolor. — Y como el alma se halla siempre rendida a la voluntad divina en este estado, Dios por uno de esos toques divinos y amorosos que hace en el alma, renueva en ella la transformación de amor o de dolor, según place a la divina Bondad, y la hace partícipe de sus padecimientos o de sus consuelos y dulzuras inefables. Y así como cuando... las Tres Divinas Personas la transforman en Sí por el amor, goza el alma y se engolfa en un océano de deleites y de gloria, del mismo modo Jesucristo, como Esposo de mi alma, en uno de esos toques divinos dolorosos la transforma en Sí por el dolor, de tal modo y de una manera tan espiritualísima, que no se sabe decir, que me siento empapada en el amor doloroso de mi Jesús, y siento en mi espíritu y en todo mi ser una vida nueva y la pureza y santidad de Cristo, así como si la Santísima Humanidad de Cristo comunicara también a mi cuerpo, a la vez que a mi espíritu, una virtud divina, pareciéndome que mi cuerpo no es mío, sino que, así como mi alma está transformada en Dios, hecha una cosa con El, así también mi cuerpo participa en cierta manera de ese estado dichoso... gustando ya aquí abajo como una gotita de la gloria...

»En la oración de amor, como en la oración de dolor, todo lo que Dios en su bondad y amor obra, es en mi alma; y el cuerpo goza y padece en parte por redundancia... de lo que goza o padece el alma... Esto me hace recordar la resurrección de la carne, y es una prueba de cómo nuestros cuerpos han de resucitar algún día...

»Así como el alma en la transformación de amor, según dije antes, goza de las dulzuras y consuelos inefables de la gloria, en la transformación dolorosa padece y está como sumergida en un mar de penas y amarguras divinas, pero penas dulcísimas y deleitosas — Parece que no puede ser, y por experiencia sé que es. El alma unida a Dios por el amor, y por el amor en El transformada, goza y padece a la vez, porque el amor sube al alma al Monte santo, a la cima del Calvario, y sólo por el amor llega a encerrarse toda dentro de la Cruz de Jesús, y se funde en Jesús y se derrita en Jesús. Y el amor se la hace dulce y deleitable.

»Y es tan grande el valor que, según mi alma entiende, tiene esta

padecer divino y las gracias que por él recibe el alma y ésta consigue de Dios para otras almas, despojándose ella del mérito de padecer en favor de aquéllas, que no hay palabras que lo encarezcan. Porque como el alma está transformada en Cristo y padece con Cristo, merece como Cristo, porque este divino Señor hace propios del alma los méritos de El en el padecer. ¡Cuánta bondad y misericordia de Dios!...

«En esta transformación dolorosa—escribía la misma persona en Junio del 91—en la que mi alma, y también mi cuerpo padecen todos los tormentos y dolores de la Pasión, el amor da fuerzas para llevarlos y el amor les infunde un sabor delicioso y celestial que embriaga mi alma, a la vez que los dolores la hieren.

«Siente mi alma como Jesús, padece como Jesús, en Jesús, dentro de Jesús... No sé cómo expresar este padecer tan divino. Parece como si soy yo la persona de mi Jesús, y que mi carne es la de Jesús... y mis huesos los huesos de mi Jesús».

j) *Inefables comunicaciones divinas en el venturoso estado del Matrimonio espiritual.*—He aquí cómo las refería, en 1891, esa misma persona citada (M. C. S.), por cierto que muy de acuerdo con San Juan de la Cruz (*Cánt. esp. cánc. 37*), sin haberlo leído: «No hay pluma, ni lengua, escribía, capaz de decir lo que mi alma recibe de Dios en esta tan íntima unión y oración altísima, ni del señorío y seguridad que tiene en este estado dichoso y en esta contemplación tan subida; ni de los tesoros de gracia con que ha sido enriquecida por su Esposo divino y y por la Beatísima Trinidad, comunicándole el Padre su poder, el Hijo su sabiduría y el Espíritu Santo su amor. Antes del *Matrimonio espiritual* de Jesús con mi alma, durante aquel hermoso período de los *Desposorios místicos*, el Señor... la despojó de todo lo terreno, la dispuso y engalanó con las más preciosas joyas... y después la unió a Sí y la transformó en Sí quedando el alma hecha una misma cosa con El.—Y el alma en este estado tan elevado, siendo ya esposa de Jesús, recibió cada día nuevos dones y mayores gracias del Señor, y la Beatísima Trinidad la asoció a Sí, haciéndola partícipe de todas sus cosas, y la descubrió los más altos secretos del Cielo. Y es tan caudaloso el torrente de luz divina que mi alma recibe de Dios, que la inunda toda; y es tan profundo el conocimiento que tiene de las cosas sobrenaturales y divinas, que penetra los designios de Dios sobre las almas, sobre el porvenir de la Iglesia, sobre los siglos... penetrando los corazones de los hombres.

«Antes... Dios obraba en mi alma, *sin mi alma*. Ahora Dios obra en ella *con ella*; porque, por su gracia divina, el alma mereció que Dios la diese parte en sus cosas... y ya no la dice ahora como antes: «Yo haré en tí esta maravilla: gózate en Mí y recreáte en mi bondad», y otras cosas que Dios dice al alma que quiere disponer para hacerla su esposa, que no son para decir. Ahora, como está el alma transformada en Dios, divinizada, y entiende a lo divino y ama a lo divino, la dice Dios de esta otra manera: «*Ohremos esta maravilla: hagamos esta maravilla; gocémonos, la dice, en esta gloria sempiterna.*» Y la enseña sus arcanos, y la abre todos los tesoros de su amor, y la dice, cuando habla como Esposo, palabras tan misteriosas, que no puede la lengua humana referirlas. Más que palabras son... como un amoroso susurro misterioso y dulcísimo, que sólo puede percibirlo el alma dentro del alma misma de Dios, estando así hecha una misma cosa con El.—Lo que el alma recibe de Dios en esta oración y contemplación tan subida, lo que en ella entiende, lo que goza y cuanto ama es tan grande y tan divino, que no se puede referir...

«Estas aspiraciones de Dios al alma, de Dios en el alma, y del alma en Dios y de Dios y del alma, en las que el alma devuelve a Dios a

Dios mismo, son la más grande prueba de esta tan íntima unión de mi alma con Dios...

»En esta oración altísima... recibe mi alma una luz abundante y clara de la Divinidad, sin ser intuitiva; y merced a esta divina luz ve en sí misma todas las motitas de las imperfecciones en que cae: las ve no obstante hallarse en oración tan elevada, en la que goza de Dios a la manera que gozan los bienaventurados en el Cielo. Y sólo con una luz así tan especial puede verlas...

»Cuanto es más ilustrada por Dios un alma para profundizar y penetrar las cosas sobrenaturales y divinas, tanto mayor es el conocimiento que tiene de qué es muchísimo más lo que la queda por entender.—Yo no tengo palabras para manifestar... lo subida que es esta luz, merced a la cual ve mi alma, a la vez que las cosas divinas, las motitas de las imperfecciones en que cae, y se conoce a sí misma.

»Es esta luz, como brillante antorcha, que arde en mi alma y la alumbra constantemente. Y si mi alma desciende de este grado de amor tan subido a otro inferior, esta luz tan superior se convierte en fe, pero en una fe tan viva de aquello que el alma ha visto en sí misma, que esta fe la sostiene en el profundo conocimiento que de sí ha tenido, y hace contrapeso a la dicha que experimenta en los favores divinos, para que el alma que así se ve tan amada de Dios, no se ensoberbezca y permanezca fiel a su Dios y Señor que tan amante y benigno se muestra con ella, sin merecerlo, dignándose poner sus divinos ojos en una tan vil y ruin criatura, que por sus pecados sólo merecía el infierno... Es esta fe una fe encendida que a la vez que humilla el alma, la eleva para esperarle todo de su Dios. Mejor dicho: esta luz no se convierte en fe... No hay más que un descenso de grado... Y más que resolverse en fe, sirve para avivar la fe; y esta luz junta con la de la fe, unida, queda perenne en mi alma, alumbrándola, abrasándola, porque es luz que no sólo alumbra, sino que también abrasa. Y con esta luz ve mi alma a la Santísima Virgen, a los Angeles y a los Santos en sí mismos, y con la luz superior los ve en Dios, que es más subida la visión y más perfecta...

»También me faltan palabras para decir lo que pasa en mi alma en esta oración tan subida, en la que está en un sólo acto de amor, no sé yo cuántas horas, porque para mi alma no hay tiempo, y todo el tiempo que está en oración es para ella un instante de dicha suprema. No sé decir sino que mi alma está, y que no está sin hacer nada, como está en otra oración inferior... cuando está arrobada, extática, sin hacer otra cosa más que *recibir* lo que Dios le da, que es cuando Dios obra en el alma sin el alma... Digo que en el tiempo que dura este acto de amor, no está sin hacer nada, pero no sé decir lo que hace. No sé decir sino que mi alma en ese acto de amor *está*... Decir que entonces está arrobada en Dios, extática, contemplando sus infinitas perfecciones y embriagada de amor y gozo, es poco... En esa altísima oración *está*... Y no sé decir sino que entiende a lo divino, que ama a lo divino, es decir que entiende como Dios, y ama lo que Dios ama. Y no sólo entiende las operaciones de Dios en ella, sino que como Dios obra en el alma con el alma, tiene un conocimiento profundo de las operaciones de Dios en las almas, en el universo, en todas las cosas. Y el alma no está solamente extática contemplando tales maravillas, porque como el Señor la asoció a Sí mismo y la ha dado parte en todas sus cosas, y quiere que trabaje con Él, hace mi alma lo que hace Dios. Y por eso ahora la dice: *"Hagamos esta maravilla"*...

»Y dice Dios a mi alma cosas tan divinas, que no son para decir. Yo no sé hablar de cosas tan altas, ni tengo palabras para expresar lo subido de esta oración para la cual dispone Dios al alma como para la

Visión Beatífica.—En este acto de amor tan puro, mi alma ve a Dios en la luz de Dios, y le ama con el ardiente amor de los *Querubines*, que son los espíritus más abrasados en el amor de Dios (sic). . Con esta luz ve mi alma o entiende las operaciones de Dios en ella y en las almas; penetra los secretos divinos y los más grandes misterios del Cielo. . Como ve a Dios en la luz de Dios, entiende y ama a lo divino, y hace lo que hace Dios: no ve las cosas divinas una por una. . sino que. . ve todas las cosas que Dios quiere que vea, de un solo golpe. Todo lo abarca a un mismo tiempo, a semejanza de Dios. .

»No sé yo decir lo que entiende mi alma, ni lo que pasa en ella: en esta altísima oración en la que ve a Dios en su misma luz y a través de luminoso velo o transparente y finísimo celaje, y menos puedo expresar la manera admirable y maravillosa que tiene el Señor de manifestarse a mi alma cuando, ya toda transformada en Dios, se siente transformarse de nuevo, de una manera nueva, porque todo lo que el alma recibe de Dios parece siempre nuevo. Se siente transformada de una manera más perfecta, con aumento de amor, con mayor fuerza, y ve a Dios, no a través de luminoso velo. . como. . antes, sino que mi alma sube más todavía. La eleva el Señor a tal altura en esta transformación maravillosa, que ve a Dios a través de brillante nube de fuego, y tan resplandeciente y clara, que en vez de ser impeditiva para ver el alma a Dios, le sirve para verle con más claridad, aunque no le ve tal cual es en Sí mismo. . Esta oración es tan alta, que no se puede hablar de ella. . Esta visión. . la más alta después de la beatífica, no suele darla Dios, según lo que entiende mi alma, sino muy rara vez. . Y si mi alma, con ver a Dios, por medio de una resplandeciente nube de fuego, una sola vez, tiene que admirar, que gozar y que amar sin perder un solo instante, para mientras le dure la vida. . ¿qué será allí en la Patria celestial? . ¡Dios mío! ¡bendito seáis! . . »

ARTÍCULO X. —EJEMPLOS DE ESTOS GRADOS Y PROGRESOS DE LA VIDA ESPIRITUAL.—SANTA TERESA; LA V. ANA MARÍA DE SAN JOSÉ.

Para aclarar y precisar con datos concretos las rápidas noticias que acabamos de dar acerca de los grados y progresos de la vida mística, creemos muy oportuno citar, como ejemplos vivientes, primero el compendio que ofrece Santa Teresa en su interesantísima *Relación 2.º* al P. Rodrigo; y luego otro relato apenas conocido y bien digno de serlo, cual es el hecho por una humilde religiosa franciscana del siglo XVII, la V. Ana María de San José. Para complemento, y también para que mejor se viera cómo el brazo de Dios no está acortado y puede muy bien hacer en nuestros días lo que en los anteriores y aún mucho más, si así conviniese, bien podríamos indicar otros ejemplos recientes o actuales (1); pero éstos vale más dejarlos hasta que, terminado su desenvolvimiento, ofrezcan la debida madurez y seguridad.

(1) «Nunca tan liberal me he mostrado en comunicar mi gracia, decía Nuestro Señor a la misma V. Ana María de S. J. (*Vida*, n. 36), como en estos tiempos, que aunque castigo a los hombres, de todas maneras los amo como Padre; y en ningún tiempo he tenido en la tierra tantos justos y amigos que me sirven, aman, rinden; y a éstos los santifico con los trabajos que les envío y con los que justamente doy a otros por sus pecados. Porque mis siervos se hacen perfectos en la ca-

1.º—RELACIÓN HECHA POR SANTA TERESA

Recogimiento.—«La primera oración que sentí, a mi parecer, *sobrenatural* (que llamó yo lo que con industria ni diligencia no se puede adquirir, aunque mucho se procure, aunque *disponerse para ello sí, y debe de hacer mucho a el caso*) es un *recogimiento interior*, que se siente en el alma, que parece ella tiene allá *otros sentidos*, como acá los exteriores, que ella en sí parece se quiere apartar del bullicio de estos exteriores; y así algunas veces los lleva tras sí, que le da gana de cerrar los ojos, y no ver ni oír ni entender, sino aquello en que el alma se ocupa, que es poder tratar con Dios a solas. Aquí no se pierde ningún sentido ni potencia, que todo está entero; mas estálo para emplearse en Dios...

Quiétude.—«De este recogimiento viene algunas veces una *quietud* y paz interior muy regalada, que está el alma que no le parece le falta nada; que aun el hablar le cansa (digo el rezar y el meditar), no querría sino amar: dura rato y aun ratos.

Efectos.—«De esta oración suele proceder un *sueño*, que llaman de las potencias, que ni están absortas, ni tan suspensas que se pueda llamar arrobamiento, ni es del todo unión.

Unión sencilla.—«Alguna vez, y aun muchas, entiende el alma que está *unida sola la voluntad*... Está empleada toda en Dios, y ve el alma la falta de poder estar ni obrar en otra cosa; y las otras dos potencias están libres para negocios y obras del servicio de Dios: en fin andan juntas Marta y María...

Unión plena.—«Cuando es *unión de todas las potencias*, es muy diferente; porque ninguna cosa pueden obrar, porque el entendimiento está como espantado. La voluntad ama más que entiende; mas ni entiende si ama, ni qué hace, de manera que lo pueda decir. La memoria, a mi parecer, que no hay ninguna, ni pensamiento, ni aun por entonces no son los sentidos despiertos, sino como quien los perdió, para más emplear el alma en lo que goza... Pasa presto.

Efectos.—«En la riqueza que queda en el alma de humildad y otras virtudes y deseos, se entiende el gran bien que le vino de aquella merced, mas no se puede decir lo que es...

»*Arrobamientos y suspensión*, a mi parecer, todo es uno, sino que yo acostumbro a decir suspensión, por no decir *arrobamiento*, que espanta. Y verdaderamente también se puede llamar suspensión esta unión que queda dicha. La diferencia que hay del arrobamiento a ella, es ésta; que dura más, y siéntese más en esto exterior, porque se va acortando el huelgo, de manera que no se puede hablar, ni los ojos abrir; y aunque esto mismo se hace en la unión, es acá con mayor fuerza, porque el calor natural se va no sé yo adonde, que cuando es grande el arrobamiento (que en todas estas maneras de oración hay más y menos) cuando es grande, como digo, quedan las manos heladas y algunas

ridad y misericordia que obran con los demás con la oración y trato que conmigo tienen, movidos de piedad con la que tienen con ellos, remediándolos en sus necesidades; y a los que son míos y viven descuidados y desagrados, por los trabajos que les doy les traigo a Mí y son menos malos».

Lo mismo, y acaso mucho más, según creemos, podría decir hoy. Pues cuanto más crece la maldad, tanto mayor debe de ser el número y aún, según el B.º Montfort, el mérito de los que ocultamente le contrarrestan y aplacan a Dios.

veces extendidas como unos palos, y el cuerpo; si le toma en pie, así se queda, o de rodillas, y es tanto lo que se emplea en el gozo de lo que el Señor le representa, que parece se le olvida de animar en el cuerpo y le deja desamparado. Quedan los nervios, si dura, con sentimiento.

»Parece que quiere aquí el Señor que el alma entienda más de lo que goza, que en la unión; y así se le descubren algunas cosas de su Majestad en el raptó *muy ordinariamente*; y los efectos con que queda el alma, son grandes, y el olvidarse a sí, por querer que sea conocido y alabado tan gran Dios y Señor. A mi parecer, si es Dios, no puede quedar sin un gran conocimiento de que ella no pudo allí nada y de su miseria e ingratitud, de no haber servido a quien de por sola su bondad le hace tan grandes mercedes... y así viene a tener todas las cosas del mundo en poco.

Raptó o arrebatamiento.—«La diferencia que hay de arrobamiento y arrebatamiento es, que el *arrobamiento* va poco a poco muriéndose a estas cosas exteriores, perdiendo los sentidos y viviendo a Dios. El *arrebatamiento* viene con sólo una noticia que su Majestad da en lo muy íntimo de el alma, con una velocidad, que le parece que la arrebató a lo superior de ella, que a su parecer se le va de el cuerpo; y así es menester ánimo a los principios, para entregarse en los brazos del Señor, que la lleve a do quisiere; porque, hasta que su Majestad la pone en paz adonde quiere llevarla... la pobre alma no sabe qué ha de ser aquello...

Efectos.—»Quedan las virtudes, a mi parecer, de esto más fuertes; porque deséanse más y dáse más a entender el poder de este gran Dios, para temerle y amarle; pues así, sin ser más en nuestra mano, arrebató el alma, bien como Señor de ella, y queda gran arrepentimiento de haberle ofendido, y espanto de cómo osó ofender a tan gran Majestad, y grandísima ansia porque no haya quien le ofenda, sino que todos le alaben...

»El *vuelo del espíritu*, es un no sé cómo le llame que sube de lo más íntimo del alma... y va adonde el Señor quiere, que no se puede declarar más y parece vuelo... : sé que se entiende muy claro, y que no se puede estorbar. Parece que aquella avecita del espíritu se escapó de esta miseria de la carne, y cárcel de este cuerpo, y desocupada de él puede más emplearse en lo que le da el Señor. Es cosa tan delicada y tan preciosa, a lo que entiende el alma, que no le parece hay en ello ilusión; ni aun en ninguna cosa de estas cuando pasan. Después eran los temores, por ser tan ruin quien la recibe... aunque en lo interior del alma quedaba certidumbre y seguridad...

»*Ímpetus* llamo yo un deseo, que da al alma algunas veces, sin haber precedido antes oración, y aun lo más continuo una memoria que viene de presto, de que está ausente de Dios, u de alguna palabra que oye, que vaya a esto. Es tan poderosa esta memoria y de tanta fuerza algunas veces, que en un instante parece que desatina: como cuando se da una nueva de presto muy penosa... Así es acá, salvo que la pena es por tal causa, que queda al alma un conocer, que es bien empleado un morir por ella. Ello es que parece que todo lo que el alma entiende entonces, es para más pena, y que no quiere el Señor que todo su ser le aproveche de otra cosa, ni acordarse es su voluntad que viva, sino parécele que está en una tan gran soledad y desamparo de todo, que no se puede escribir; porque todo el mundo y sus cosas le dan pena, y ninguna cosa criada le hace compañía, ni quiere el alma sino al Criador, y esto velo imposible si no muere; y como ella no se ha de matar, muere por morir, de tal manera, que verdaderamente es peligro de muerte, y véase como colgada entre cielo y tierra, que no sabe qué se

...hacer de sí. Y de poco en poco, dale Dios una noticia de Sí, para que vea lo que pierde de una manera tan extraña, que no se puede decir: porque ninguna hay en la tierra, a lo menos de cuantas yo he pasado, que le iguale, y... deja descoyuntado el cuerpo... y con grandísimos dolores.—De esto ninguna cosa siente hasta que pasa aquel ímpetu. Harto tiene que hacer en sentir lo interior, ni creo sentiría graves enfermedades; y está con todos sus sentidos y puede hablar y aun mirar: andar no, que la derrueca el gran golpe de el amor.—Esto, aunque se muera por tenerlo, sino es cuando Dios lo da, no aprovecha.—Deja grandísimos efectos y ganancia en el alma...

»El *ordinario ímpetu* es, que viene este desco de servir a Dios con una gran ternura y lágrimas por salir de este destierro; mas como hay libertad para considerar el alma que es la voluntad del Señor que viva, con eso se consuela; y le ofrece el vivir suplicándole que no sea sino para su gloria; con esto pasa.

»Otra manera *harto ordinaria de oración* es una manera de *herida*, que parece a el alma verdaderamente como si una saeta le metiesen en el corazón, o por ella misma. Así causa un dolor grande, que hace quejar, y tan sabroso, que nunca querría le faltase. Este dolor no es en el sentido, ni tampoco es llega material, sino en lo interior de el alma, sin que parezca dolor corporal... Es imposible entenderlo, sino quien lo ha experimentado, digo adonde llega esta pena; porque las penas del espíritu son diferentesimas de las de acá. Por aquí saco yo cómo padecen más las almas en el infierno y purgatorio, que acá se puede entender por estas penas corporales.

»Otras veces parece que esta *herida del amor* sale de lo íntimo de el alma: los efectos grandes; y cuando el Señor no lo da, no hay remedio, aunque más se procure, ni tampoco dejarlo de tener cuando El es servido de darlo. Son como unos deseos de Dios tan vivos y tan delgados, que no se pueden decir, y como el alma se ve atada para no gozar, como querría, de Dios, dale un aborrecimiento grande con el cuerpo, y parécete como una gran pared, que le estorba para que no goce su alma de lo que entiende entonces a su parecer, qué goza en sí sin embarazo del cuerpo. Entonces ve el gran mal que nos vino por el pecado de Adán, en quitar esta libertad.

Advertencias.—«Esta oración antes de los arrobamientos y los ímpetus grandes que he dicho se tuvo.—Olvidéme de decir que casi siempre no se quitan aquellos ímpetus grandes, sino es con un arrobamiento y regalo grande del Señor, adonde consuela el alma, y la anima para vivir por El...

»Todo esto que está dicho, no puede ser antojo... Los efectos y como deja a el alma aprovechada, no se puede dejar de entender...

»Otra oración me acuerdo que es primero que la primera que dije, que es una *presencia de Dios*, que no es una visión de ninguna manera, sino que parece que cada y cuando (al menos cuando no hay sequedades) que una persona se quiere encomendar a su Majestad, aunque sea rezar vocalmente, le halla».

EJEMPLO 2.º: V. ANA MARÍA DE SAN JOSÉ

Después de este magistral relato hecho por la gran Doctora mística, creemos que merece figurar la compendiosa y candorosa declaración que poco antes de morir hizo de todo el proceso de su admirable vida y de los progresivos grados de oración que fué teniendo la V. M. Ana María de San José, abadesa que fué de las Franciscas Descalzas de Salamanca (1).

(1) Nació en Villacastín (Segovia) el 6 de Enero de 1581, y murió en

Oración de recogimiento.—Desde una total entrega que de sí misma hizo a Dios al principio de su noviciado,—«me quedó, dice ella (*Autobiografía*, n. 14), un modo de oración, que fué ponerme a la puerta de la misericordia, y pedía un abrazo de paz. Este modo fué *sobrenatural*, en que el mismo Dios me puso... Mi ejercicio era *hablar con Dios* y luego *recogerme con El dentro de mí*; y en este *recogimiento* hallaba yo tanta satisfacción, que no había más que en cerrando los ojos lo hallaba hecho todo... Discursos jamás supe qué cosa eran, y parecíame que no sabía yo nada de oración ni la tenía... (Preguntada por la Maestra), dije: «Madre, yo no me parece que tengo oración: lo que yo hago, hablo con Dios, y luego estoyme con El dentro de mí oyéndole, aunque no me dice nada».—Y ella dijo: «Ay, Anica, tú eres aquí la mejorada; así lo has de hacer, que eso es lo mejor». Con aquello quedé consolada y animé mi cortedad»...

15. «Volviendo, pues, a las puertas de la misericordia, yo no hacía discurso de estas puertas, ni imaginaba cómo era, sino simplemente como si fuera una pobre que está a la puerta de un gran señor que tiene mucho que dar y gusta de que le pidamos y esperemos que nos há de dar aún más de lo que le pedimos».

Quietud.—«Y era tanta la asistencia, que ni un instante parece que me podía apartar: allí cantaba en el coro, allí andaba entre día, allí comía, dormía y despertaba; y hallaba en este modo tantas cosas de doctrina y enseñanza divina, que no tenía necesidad de libros ni de nadie: el fervor y los deseos no daban lugar a la pereza... Este modo de *oración de las puertas de la misericordia* me duró algunos meses; y estaba yo tan hallada con él, que decía: «Señor, aquí viviré, aquí moriré, aquí será mi *descanso*...», esperando siempre aquel abrazo de paz».

Unión.—16. «Estando yo una noche en oración, vispera de comunión, muy recogidos mis sentidos y potencias, sentí *junto a mí* la presencia de mi Dios y díjome: «Dame un abrazo... ¡Pues hasme de recibir mañana, y ahora no me quieres dar un abrazo?»—Y diciendo esto sentíme abrazada con Dios, y sentíme llena de Majestad, una grandeza, una *unión con Dios* y tan grandes bienes, que me parecía que no había ya más que desear en la tierra. Esta *unión* me duró descubierto muchos días, y traía una *suspensión* muy grande de potencias y un amor de agradecimiento muy descubierto a los sentidos. Este verme abrazada con Dios y este sentir su presencia, no era vista corporal, sino interiormente; y el sentimiento y la noticia de lo que era, también, sino que redundaba de esta llena a los sentidos. Con esto se me olvidó la puerta, y algunas veces que quería tornarme a ella, luego se me caía de la memoria; que este modo de olvido es muy ordinario cuando las almas van por donde Dios las lleva, que El mismo las pone y las quita cuando es servido».

Renovación del alma y cambio de corazones. Pocos días después, añade (n. 17), estando en oración sintió dentro de sí un ruido muy grande, como si allí derribaran una casa, pero advirtiendo que «aquella era obra de Dios».—«Después que derribaron aquella casa no dejando piedra ni clavo, sino que todo lo viejo desapareció, sentí—dice ella—que edificaba casa para Sí nueva, y echaba fuera todo lo que había sido casa de sabandijas y de vanidades... Luego sentí a Dios *dentro de mí*, y como El había hecho casa para Sí, El mismo se hizo dueño de todo: díjome: «Desde aquí adelante ya no tienes alma, ni corazón, ni sentidos, ni tienes nada, que toda eres mía: mía es el alma». Y

gran olor de santidad el 14 de Mayo de 1632.—Su *Autobiografía*, de que tomamos estos datos, se publicó en 1665 en esta ciudad de Salamanca, donde se reimprimió en 1862.

arrancóme el corazón y dióme el suyo —«Y para que de aquí adelante no uses de los dones que te he dado tan mal como hasta aquí... Yo cuidaré de tí y tú irás por donde Yo te llevaré; que si quieres que se me dé a mí la gloria de tu santificación y enseñanza, hasme de seguir y darme toda mi casa sin que nadie me entre en ella...» Desde aquel punto hasta éste jamás he dejado de sentir a Dios dentro de mí... ni por sequedades ni apreturas de corazón...; y desde aquel punto hasta hoy jamás pude decir: *«mi alma, ni mi corazón, ni mis sentidos: siempre que hablo con Dios digo: esta vuestra alma, este vuestro corazón, y así lo demás.*

El Maestro interior. —18. «Desde esta merced, prosigue, traía siempre conmigo un Maestro y una enseñanza tan ordinaria como el respirar; y no sólo interiormente, sino que andaba como un novicio con su Maestro, que por momentos me está enseñando la perfección en los pensamientos, en las palabras, en las obras; y si alguna cosa hacia exterior que no llevase todos los requisitos de perfección, me la hacía tornar a hacer. ¿Y qué de veces me sucedió esto! Juntamente me quitó los libros... todo era atender al interior. Y tenía yo tanto, y hallaba yo dentro de mí tantas novedades por momentos, y tanta doctrina, los deseos de padecer tan a mano, que a nada atendía ni de nada me acordaba. Todo era deseos de parecerme a mi Maestro: en El crucificado lo hallaba todo, este era *mi libro*, allí hallaba todo cuanto podía desear; y llamaba yo los capítulos del libro, las virtudes que resplandecían en Cristo en la Cruz...

19. «Crecían los deseos y fervores de no parar hasta llegar al monte de la perfección; y este monte me parecía que era la *transformación con Cristo crucificado*».

21. «*De la alegría de la comunicación con Dios*, decía yo entre mí: cuando otro premio no hubiera más que este gozo, alegría y júbilo que uno tiene consigo misma, la risa, recreación que en las ocasiones de mortificación y retiro de las criaturas se tiene, se pagaba sumamente; y parece a quien no lo gusta seminario de tristezas...

Configuración con Cristo.—*Gloria, poder y riquezas de la Esposa.*

—*El fuego de amor.* —26. «Crecióme mucho el deseo de parecerme a El en todo, en los trabajos, desprecios, en la santidad, en la vida y en la muerte, deseando vivir y morir en sumo desprecio: esto me llenaba mucho, y muchísimas veces me decía: «Hija, te hago heredera de todo lo que Yo padecí como si tú lo hubieras padecido; te hago heredera de mis llagas, de todas mis virtudes y de mi vida y muerte». Y aunque yo lo estimaba, decíale: «Señor, quiero yo padecer en mi cuerpo y sentir en él por vuestro amor lo que Vos padecistes por el mío»... Al fin llegó la llena de los deseos de verme transformada por amor y por gracia en mi Maestro Cristo; y estando en grande oración y arrobamiento me ví toda hecha una misma cosa con El: y ví en mí por gracia lo que El tenía por naturaleza... En esta tan grande merced decía yo con el sentido verdadero: «Vivo yo, ya no yo, porque ya no vivo sino en mí Cristo, y El es yo; que ya no soy yo». Veía en mí más claro que el día la semejanza de Cristo y parécíame como cuando sale el mar de madre que salen las riquezas, salieron a fuera la perfección de las virtudes, de todas juntas y cada una por sí: la perfección de las ocho bienaventuranzas, y finalmente hecha un espíritu con el de Cristo, y los misterios que estaban escondidos en el espíritu de la Iglesia.—Tenía las llaves del infierno como señora de él; y de todas las cosas de la tierra: veíame Reina en el cielo por la perfección de la pobreza de espíritu, que salta mucho la perfección de esta virtud: tenía en el corazón a Cristo crucificado en el mismo corazón y alrededor todas las virtudes, y la paciencia, que era la mi querida, estaba por descanso de la ca-

beza de Cristo, como la con que toda virtud es coronada y gloriosa por ella. Al fin fué la llama de amor según aquel estado de transformación, y como crecía tanto diéronme unas calenturillas del mismo amor. Estaba con mil millares de motivos de amor, que con el menor se me podía arrancar el alma...

Muerte mística, juicio terrible y resurrección gloriosa.—27. «Díome en estas calenturas un arrobamiento o por mejor decir *muerte espiritual*, de manera que puedo decir que morí, y a las monjas les pareció que moría... En este arrobamiento o muerte fui llevada a *juicio*, y delante de aquel Juez y muchos amigos suyos que consigo tenía para testigos, fué allí descubierta toda mi vida, cada pecado, cada imperfección con todas sus circunstancias, todos los beneficios y mercedes que había recibido hasta aquel punto: el Juez me mandó que *yo misma me juzgase* y diese la sentencia; y yo me hice juez de mí, como si... esta alma no fuera mía, y sentencí que era digna de ser maldita de Dios e indigna de su presencia... que más importaba que el atributo de la justicia se ejecutase... que no la salvación de aquella alma.—Esta fué una obra grandiosísima que sólo quien pasare por ella sabrá el aprecio que no tiene ponderación.—Allí me perdonaron, allí me parece que me *confirmaron en gracia*, y allí diría yo como que me quitaron algunos accidentes del pecado original: a lo menos mucho tiempo me duró esta verdad y me parecía cierto como que... así me pusieron en la justicia original y quedé asentada en ella y en el conocimiento propio; allá en el centro de la nada, en vacío, aniquilación de sentir de mí justamente lo que soy, y dar a Dios lo que es propio; y me parece que soberbia ni vanagloria desde entonces no sólo no he confesado, mas ni primer movimiento, y aun casi parece que quedé incapaz de tenerle...

Ascensión mística y vida escondida en Dios.—28. «Dejé todas las cosas con abstracción de todo, como si no hubiera en el cielo ni en la tierra nada para mí, sino sólo Dios; y en esta soledad no tenía yo sequedad, antes gozaba de una tranquilidad, paz y serenidad del alma que no tiene comparación... Era levantada sobre todo lo criado y me hallaba fuera del cuerpo lojísimos de mí y metida en Dios; y en estos *vuelos de espíritu*... me enseñaron que me convenía para ser espiritual destetarme del amor de todo lo que no fuese puramente Dios para subir al conocimiento del Padre y ir ya como sin arrimo, sino buscarle en espíritu y en verdad. Y me infundieron allí el aprecio, agradecimiento y amor de mi Maestro y a tenerle por Redentor, ejemplar, amigo, hermano y Señor: mas justamente no por principal objeto a su Humanidad como yo le tenía (1). Sólo me dejaron un deseo, cuando me prometieron que le vería si daban aquel amor dél que tenía en el corazón, que fué deseo de ver a Dios en la Majestad de su gloria. Este no sólo era deseo, sino efecto de la merced, y para con él caminar esperando... verle en esa Majestad, sin imagen, sin figura, y ser transformada en El: que así como desde el principio todo mi hipo era ser transformada en Cristo, ahora fué como comenzar otra vida más espiritual; y así fué que me parecía a mí que no había más a donde subir, según la perfección que en el estado de la transformación en Cristo hallé, y no tiene comparación. Acá es otra vida nueva espiritual, con renunciaciones, purificaciones, circuncisiones, abnegaciones de las potencias y sentidos, volando en fe, destetado de todos los sentimientos, las potencias limpias, caminando en pura fe con el deseo de ver a Dios que me dieron y de transformarme en El. Y así como decía, parecerme a El en las virtudes, en la santidad, en los trabajos y desprecios; acá en este modo decía, ser

(1) «Cum iter se nominat, advierte San Agustín, non dicit nos manere, sed transire».

transformada en El, parecerme a Dios en la bondad y en la participación de los atributos: parecerme en la pureza, ser llena de aquella luz eterna; y finalmente, todo lo que es a modo de Dios y nos hace un espíritu con El...

La transformación en Dios. -- *La nada y el Todo; la mirada divina sobre el humilde, encumbrándole; la humildad celestial, los atributos divinos; los secretos de la Providencia; la visión y la paz; Dios todo en todos.* 29. «Llegó el tiempo de la promesa hecha; y estando una vez en altísima contemplación, deseando verle en la majestad de su gloria y ser en El transformada heredera de su espíritu, bondad, pureza y luz, vino la llena de este estado y... sumida en los abismos de mi pequeñez, lejísimos debajo de los infiernos... desde esta suma bajeza y vacío de mi sér, estaba mirando aquella altísima Majestad en la celsitud de su grandeza, donde todos los bienaventurados eran así como nada; y al fin todo lo que es pura criatura, aunque sea la Virgen Santísima - que Ella sola tiene más que todos juntos - al fin es infinita distancia, porque es criatura. Desde aquella altísima Majestad me estaba mirando, y con aquel mirar me estaba levantando y haciendo un espíritu con El. Y levantándome, me dejaba en mayor bajeza, y desde aquella mi bajeza que, del conocimiento de aquella altísima bondad, le rendía y bajaba a donde su mirar me ponía, yo le rendía y El me levantaba; y eran los resplandores que de Sí mismo se me comunicaban el amor y altísimo conocimiento que tenía en esta visión de Dios, como se puede en esta vida. — Allí se me dió la humildad celestial que nace del conocimiento de Dios; que hasta allí, aunque parece profunda humildad, más tiene de conocimiento propio: mas ésta es la que se tiene en el cielo, y quedó un actual espíritu de alabanza de Dios. — Allí conocí el misterio de la Santísima Trinidad y la distinción de las divinas Personas, y todas tres y cada una obraban en mí admirables grandezas. Salían de aquel divino Sér unos resplandores, que eran sus atributos, y penetraba yo las obras de ellos y en particular el de su poder, sabiduría, el de la misericordia y todos los demás. Todos tan distintos y tan inmensos, que no se puede decir con lengua humana: esto causaba en mí unas glorificaciones y unos efectos de bienaventuranza, una postración, aniquilación y un gozo tan glorioso de que Dios es quien es, que en cierta manera me hacía tan propios sus bienes como si fuera yo Dios por naturaleza. Allí se me dió el conocimiento, amor, estimación, aprecio del misterio de la Encarnación. Y vefa yo a los bienaventurados que, después de cantar a Dios por sí mismo, estaban agradeciendo con admiración y alabanzas el haber salido de sí para comunicarnos su sér divino y levantar nuestro polvo a tal dignidad. Y conocía yo allí la dignidad de Cristo, y gozábame en sus bienes como si fueran propios; y salíame mucho el amor de Maestro y agradecimiento de que por su amor, enseñanza y los merecimientos suyos había llegado a tal estado; y mi divino Señor y Maestro y Redentor me estaba mirando y gozándose de que el Padre (a quien El me había llevado) me favoreciese tanto, y estébame dando a entender que así como me gozaba en sus bienes, se gozaba en los míos. Allí parecía que perdí la fe y esperanza, porque todo era como posesión y ver a Dios... El estarme mirando Dios, y con este mirar glorificarme, abajarme, levantarme, rendirle yo y atraelle con mi mirar de aniquilación propia, y otra infinidad de efectos me duró. Mas el quedar desde entonces transformada en su divino sér y hecha un espíritu con El, y siempre amando y conociendo sin intervalo, quedó siempre estable. Espíritu de contemplación y los juicios de Dios y las intenciones en orden a las criaturas me enamoraban mucho... No sólo me es llano todo, sino que cuanto más a modo de su poder, bondad, justicia y misericordia

obra, más me enamoran sus juicios; y cuando me descubre su intención en algunas ocasiones, cuanto más distantes las conozco, más me satisfacen, aunque parezcan a unos rigores y castigos muy grandes. Quitáronseme los temores, y jamás puedo pensar nada con advertencia, ni hay pensamiento que dé género de cuidado ni pena de nada, ni desabrimiento, ni sequedades, ni fervores, que no habiendo fervor (sensible) está el espíritu hecho uno con Dios y ama, se abraza en mansedumbre, los sentidos están sujetos con amor a las potencias, las potencias al espíritu y el espíritu a Dios, y finalmente todo está en Dios; y Dios es el agente de esta criatura, y no es en sí, sino en El.

La hambre y sed de Dios: ríos de gloria y de gracia: la intercesión y reconciliación: el alma hecha todo para todos: víctima de amor.—30. «De esta tan grande merced me quedaron dos efectos, como de las demás me solían quedar, porque de un estado quedaba nuevo efecto o promesa encerrada en el alma. Y para darme Su Majestad lo que tenía determinado, me daba el deseo de ello y el efecto para pedir lo que me quería dar... De esta fué una sed insaciable de Dios y hambre de Dios: esta sed era de conocerle más y más, y la hambre era de amarlo... Siempre estaba recibiendo, y aquello me dejaba con más hambre y sed; que tenía un vacío en la voluntad y en la mente, que no me saciaban sino imposibles, y así pedía beberme todo aquel río de gloria... y todo me hacía más hambre y sed... Comenzó a llover sobre mí fuertísimamente una tempestad de agua... y de la llena de esta agua me salían del alma y por los sentidos unos ríos... éstos se derramaban por la Iglesia, y... sentía que todo cuanto había deseado y había pedido, allí lo veía cumplido. Y díjome: «Todo cuanto has deseado lo posees: sólo una cosa no te concedo que me has pedido, que es salir de la carne y venirte conmigo. *A mi Madre tengo en el cielo y a tí en la tierra, para que pidáis, me aplaquéis, me rindáis;* y de aquí adelante has de tratar con ángeles, santos y con criaturas, que hasta aquí todo cuanto yo he obrado en tí, ha sido para tu santificación: ahora has de ser *toda para todos*...»—Y con esto se me infundió un amor a mi Madre la Iglesia y a sus hijos, los de cerca y los de lejos, y a las ánimas del Purgatorio... Digo que me dejó otra nueva criatura, en razón de ser *toda de los prójimos*...

31. «Compadeciame de todos, y con esto andaba tan revestida de todas las necesidades de la Iglesia, que todas las traía a cuestras...

Los frutos de vida en la Iglesia: cooperación a la obra de Jesús: apostolado misterioso y portentoso.—41. «Algunas veces me hace Nuestro Señor merced después de haberle recibido sacramentado, de llevarme a algunas ciudades y reinos... Y siento que me lleva en sí mismo en espíritu, y otras veces siento que me lleva el corazón; y cuando me lleva el corazón, primero me dice acabándole de recibir: «Ea, pídanme todos, que estoy en el corazón de Ana. Pídanme mercedes todos, que aquí me dejaré rendir»... Algunas veces me dice: «Ahora vamos al Japón, que tengo allá muchos amigos que trabajan en la conversión de las almas, y *habémoslos de visitar y fortalecer*...» Y entonces se me dan a entender infinidad de cosas acerca de los errores de los Indios y del fruto que hace la presencia de Nuestro Dios, las tinieblas que destierra de aquellos ciegos y el espíritu que infunde a los que trabajan... Otras veces me sentía llevar sin saber de quién...; me ha sucedido muchas veces ir por el aire como volando, y algunas veces me hallo entre multitud de indios de diversas naciones, con la *Doctrina Cristiana* en la mano, y ellos están de rodillas oyéndola... Otras veces, después de la comunión, me sucede ser llevada, y llevo el Santísimo Sacramento en el pecho; y entonces veo que muchísimos le adoran; y también en estas ocasiones hace muy grandes favores...

Estado del alma consumada en amor y transformada: continuas comunicaciones divinas; el vivir a lo divino; la paz y felicidad. — «Este amor y conocimiento, unión y transformación me dispone para estar siempre recibiendo la divina comunicación: siempre estoy recibiendo al Verbo divino en la mente, y finalmente a Dios como es, sin imagen, sin figura, en espíritu y en verdad. Y esta obra me hace no ser en mí, sino tener ser divino; el mío no es en sí, sino en este Altísimo Señor que hace como quien es, haciendo la misma obra que en los bienaventurados y dejando los mismos efectos. — Y aunque todas las mercedes son dignas de agradecimiento, mas todas son inferiores a esta obra; y antes de llegar a este estado de contemplación las hace Dios muy grandes, y todas se enderezan a disponer para esto. Y en unos tiempos las hace para limpiar y abstraer el espíritu de todo lo que es criatura pura y para llegar a la perfecta desnudez, que es en este estado de altísima contemplación, donde sólo Dios es el que obra; el espíritu recibe y atiende no entendiendo para poderlo decir después, porque como todo es tan a modo de Dios, no tiene lenguaje. En este estado no hay peligro de engaño. . .

»En este estado (del *matrimonio espiritual*) es imposible haber vanagloria, no soberbia, ni dudas ni temores con advertencia; porque no es en sí, ni tiene penas ni fervores, sino un gozo actual de que Dios es quien es, un amor sereno abrasándose mansamente, un candor de alma muy grande, una paz dulce y tranquilidad siempre establecida: siempre le es manifiesta la divina voluntad cerca de lo que toca al espiritual bien común de la Iglesia y a cosas particulares; siempre vive sin prevención de razones, por el olvido en que anda sin modo advertido de composición exterior, sino con sinceridad, bondad y llaneza: con los mismos efectos que del interior salen, que bastan y son los más seguros; porque quien tiene los sentidos como en este estado están y yo lo experimento, sujetos a las potencias, y las potencias al espíritu, el espíritu a Dios, finalmente todo está poseído de Dios, pues no es en sí la criatura, sino que es en el mismo Dios, claro está que el exterior ha de estar modificado y a modo de la obra que siempre anda en lo interior».

CONCLUSIONES

I. — QUÉ DEBE ENTENDERSE POR «ORDINARIO» Y QUÉ POR «EXTRAORDINARIO» EN LA VIDA MÍSTICA

Ahora es tiempo de tratar de esclarecer un poco, o de resolver en lo posible esta importantísima cuestión, que a tantas confusiones suele prestarse y a tan acaloradas discusiones ha dado origen. Por lo que dejamos expuesto, se podrá ya ver muy claro que en los Santos y en los verdaderos místicos no son realmente *extraordinarias* muchas cosas que suelen pasar por tales. Pues, aunque rarísimas en la generalidad de los cristianos, por no ser los más de ellos lo que deben, son, sin embargo, o del todo *ordinarias*, o a lo menos *frecuentísimas* en los cristianos perfectos, en quienes Cristo se complace viéndolos resplandecer con la claridad que El les mereció y en darles poder para hacer lo mismo que El hizo y aun cosas mayores, y a quienes, como

a verdaderos y fieles amigos,—por más que los mundanos y los poco devotos se extrañen—quiere ya manifestárseles de algún modo y comunicarles sus secretos (1).

Dejemos por ahora esa virtud de obrar distintas suertes de prodigios, que con ser frecuentísima en una forma u otra en casi todos los Santos—a quienes, como dice el P. Weiss, «los milagros persiguen como la sombra al cuerpo»—, sin embargo, por ser evidentemente gracia *gratis data*, como ordenada ante todo a la utilidad común, y variar notablemente según la misión confiada a cada siervo de Dios, no puede en rigor llamarse «ordinaria». Y así, en lo que tiene de brillo exterior, puede y suele haber gran peligro de vanidad en apetecerla. Casi lo mismo podemos decir del don de discreción de espíritus, en sus grandes manifestaciones; aunque en otras suele ser muy común en los grandes santos y utilísimo para cuantos están encargados de dirigir almas, a los cuales, si son lo que deben y lo piden de veras, nunca habrá de faltarles en la medida en que les es menester y les conviene.

(1) *Joan.*, 14, 21; 15, 15; 17, 24. Por de pronto la contemplación, conforme advertía Dom Guéranger (*L'Année liturg.*, Vendr. de la Pentec.), «es el estado a que es llamada, en cierta medida, *toda alma que busca a Dios*. No consiste en esos fenómenos que a veces el Espíritu Santo tiene a bien manifestar en algunas personas privilegiadas, para probar la realidad de la vida sobrenatural; consiste simplemente en esa relación más íntima que se establece entre Dios y el alma que le es fiel en la acción. A esta alma, si no le ofrece obstáculos, le reserva ciertos favores de los cuales el primero es la iluminación del espíritu mediante una luz superior debida al don de inteligencia..., con la cual se descubren en los misterios inefables armonías que antes ni se sospechaban siquiera... Todo le parece nuevo... Este don es una ayuda inmensa para la santificación de alma».—«El segundo favor que le destina—añade luego—es el don de sabiduría, superior aún al de inteligencia...»

«Estas cosas, decía ya en 1657 el franciscano P. Simón du Burge-en-Bresse (*Saintes élévations...*, p. 34-4), no son altas y extraordinarias sino por una opinión errónea o por la pereza y corrupción de nuestra viciosa naturaleza; y como no piden altas especulaciones y consisten particularmente en el amor, es muy cierto que son para todos y en especial para los más sencillos; pues en realidad no requieren sino una voluntad buena, verdadera, sincera y ardiente... Es, pues, un abuso e ignorancia el no atreverse a aspirar a estas cosas, por temor de los peligros e ilusiones de Satanás; pues los peligros del mar y de los piratas no bastan para apartar... del rico tráfico de las Indias».

«Para colmo del mal, añade (p. 38), la mayor parte de los predicadores, doctores, confesores y directores ignoran por completo estas cosas divinas, a lo menos por lo tocante a la práctica y experiencia...; y así las desprecian, las desacreditan y las calumnian, y apartan de ellas a las almas».

«Grandis res est anima, exclama San Buenaventura (*Hex.*, XXII); in anima potest describi universus orbis». - «Anima totum habet in se, quod Ecclesia in multis. Quaelibet enim anima contemplativa habet quamdam perfectionem, ut videat visiones Dei». (*Hex.*, XXIII).

Peró entre lo verdaderamente *ordinario*, en el fondo, aunque no lo sea en las exterioridades que chocan y pueden variar y aún suprimirse sin daño del espíritu (quiero decir, entre las cosas que suelen normalmente figurar en el progreso del alma, como parte integrante de él, o como causas o efectos ordinarios, y que, por lo mismo, aunque a veces acaso chocantes en ciertas manifestaciones, pueden, sin embargo, ser en lo sustancial constantes y normales en el completo desarrollo de la vida mística), creemos que, en conformidad con las diversas clasificaciones indicadas y los ejemplos aducidos, deben figurar, junto con lo característico de los principales grados, los siguientes fenómenos: el *silencio* y aun hasta cierto punto el *sueño espiritual*, la *embriaguez de amor*, si no tal que se parezca a la que mostraban los primeros discípulos al acabar de recibir el Espíritu Santo, al menos suficiente para provocar ciertos entusiasmos, no tan reprimidos que a ojos de alguien puedan pasar por *locuras*. Lo mismo y más creemos que se debe decir en cuanto a lo substancial de los *arrobamientos* o *éxtasis* y de los *raptos* y *vuelos* del espíritu; pues si en muchos siervos de Dios, que han pasado por las correspondientes fases, no se traducen bastante al exterior, o no se notan con toda claridad tales fenómenos, es porque El los sustrae de las miradas del público, ora dándoles tiempo para esconderse, ora facilidad para que, aun durante el éxtasis, se muevan y hagan las ceremonias que los demás y vayan así, por ejemplo, en procesiones o a comulgar (1); aunque otras veces van como pueden, apoyándose o agarrándose a algún objeto para no caer en el suelo cuando se sienten desfallecer con el éxtasis o suspensión, y para no dejarse levantar en alto con el ímpetu del espíritu. —Pero así y todo sentirán lo esencial que es esa *tendencia* a caer o a levantarse en alto, y notarán que han perdido por algún tiempo casi por completo o en parte el uso de los sentidos, si bien Dios les hace la gracia de que logren oportunamente despertar o volver en sí, para que, cuando sea hora, se levanten sin ser notados, conforme pasaba a la M. María de la Reina de los Apóstoles, muerta en olor de santidad en 1905.

Tampoco suelen nunca faltar a su debido tiempo las *vivas ansias* y la *sed de amor*, los *ímpetus* y aun las mismas

(1) Santa Catalina de Rícs, durante sus largos raptos, solía ir con las monjas en las procesiones llevando el Crucifijo, y deteniéndose en las estaciones; pero la veían ir en el aire, sin tocar con los pies en el suelo. En la mismísima forma llegaba hasta servir en el Refectorio la extática Sor Beatriz de la Concepción, Franciscana descalza en Salamanca: «Iba en el aire, los ojos en el cielo, y daba a cada una lo que la tocaba», según dice su *Vida*, n. 227.

heridas de amor; si bien el que éstas se traduzcan al exterior en las llagas visibles, así como el ir los raptos y vuelos acompañados de *levitación* y sobre todo de *bilocación*, es ya cosa rara y verdaderamente «extraordinaria».

También podrán con justicia pasar por extraordinarias las *visiones* y *locuciones sensibles*, o *exteriores*, por no causar siempre santidad, ni suponerla, y aun las imaginarias, en cuanto a veces pueden también ser tenidas de pecadores y faltar en grandes siervos de Dios; pero no lo son algunas puramente *intelectuales*, siempre utilísimas, y menos otras todavía más íntimas y espirituales, que manifestamente suponen y entrañan el estado de unión, y no suelen faltar en ningún místico perfecto; y parecen como indispensables para completar la verdadera y plena iluminación y la instrucción espiritualísima que hace interiormente, como Maestro de toda verdad, el Espíritu Santo (1).—Así éstas en ri-

(1) Cfr. *Evolución mística*, 2.ª P, c. 7, § 2. Las visiones corporales, decía San Buenaventura (*De profect. relig.* l. 2, c. 76, n. 3), «*nec faciunt sanctum nec ostendunt; alioquin Balaam sanctus esset; et ejus asina, quae vidit angelum...—Alia est visio intellectualis qua, illuminatus oculus luce veritatis, pure ipsam veritatem in se contemplatur*».

Los efectos de las visiones intelectuales, dice Vallgornera (*Myst.*, q. 3, d. 5, a. 3), «*sunt plurimi et pretiosi, quies animae, mentis illuminatio, gaudium gloriosum, suavitas, puritas, amor Dei, humilitas, elevatio spiritus ad Deum...*».

Y sobre éstas aún hay otras mucho más preciosas y estimables.—«Muchas veces, advierte San Alfonso Rodríguez (*Unión*, c. 16-17), los espirituales siervos de Dios *suelen sentir* tan altas cosas de Dios, tratando con El, comunicándosele El, que ni se pueden decir ni escribir, ni en corazones de hombres descendieron, los bienes tan grandes de Dios: los cuales en alguna manera entiende, aunque no como los bienaventurados, que ven cara a cara a su Dios, el que los experimenta, y Dios se lo comunica (como a amado suyo) espiritualmente, cuando está con su Dios a solas contemplando a su divina majestad, bondad y gloria. Pero *el que más se adelantare en la perfección*, alcanzará de Dios *más luz para conocerle*, y mayor amor para amarle y gozarle, y a la medida de esto, la gloria más o menos».

«Estas revelaciones que he dicho y otras muchas a este tono, dice la V. Ana Mariu de San José (*Vida*, n. 34), no se ven con los ojos del cuerpo, ni muchas de ellas son sólo intelectuales... sino hechas en altísima contemplación, que allí es una *manifestación que muestra en sí mismo el mismo Dios*, amado de los bienaventurados, que en Dios les es todo manifiesto y la intención que tiene en manifestarlo».

«Acaece, escribe conforme a esto Santa Teresa (*Mor.* VI, c. 10), estando el alma en oración... venirle de presto una suspensión a donde le da el Señor a entender grandes secretos que parece los ve en el mismo Dios... No es visión imaginaria, sino muy intelectual, adonde se le descubre cómo en Dios se ven todas las cosas, y las tiene en Sí mismo: y es de *gran provecho*; porque aunque pasa en un momento, quédase muy esculpido y hace grandísima confusión... También acaece así muy de presto, y de manera que no se puede decir, mostrar Dios en Sí mismo una verdad, que parece deja oscurecidas todas las que hay en

gor pertenecen al orden de las gracias santificantes, y por lo mismo pueden ser obra de los principales dones de ese divino Huésped; pues, aunque en segundo lugar se ordenen al bien de otros, ante todo sirven siempre para la mayor santificación de quien las posee (1).—Esto sucede sobre todo en las palabras sustanciales que, a manera de las sacramentarias, obran en un punto lo que dicen y así, como advierte San Juan de la Cruz, son de un valor inapreciable. Lo mismo debemos decir de las altas *noticias* comunicadas mediante los *toques sustanciales*.

Así, pues, todo cuanto contribuya directamente a la propia santificación, aunque en parte varíe de unos siervos de Dios a otros, según la especial forma de santidad que el Señor quiere de ellos, es hasta cierto punto *ordinario*, en la forma correspondiente, y en la medida que, para esa manera de santidad, es del todo necesario.—Tal podemos decir de la especial preponderancia de unos dones o de otros, del de sabiduría o el de inteligencia, el de consejo y el de fortaleza o de ciencia, que hacen tan hermosamente variadas las fisonomías sobrenaturales de los grandes Santos.—No es *ordinaria* cada una de esas formas en cada siervo de Dios; pero sí lo es *alguna en cada uno*, y *todas en la colectividad*, o sea en la S. Iglesia Católica.

Así, aun ciertos dones de suyo *gratuitos*, por lo mismo las criaturas, y muy claro dado a entender que El solo es verdad, que no puede mentir.»

(1) Según Scaramelli (tr. 2.^a, c. 14, n. 148), para cualquier grado de contemplación, incluso para los éxtasis, raptos, locuciones y visiones intelectuales, bastan los dones de sabiduría e inteligencia, sin que haya necesidad de recurrir a gracias *gratis datas*. Así todo esto debería llamarse «ordinario». Y aun cuando se mire como obra de gracias especialísimas, no debe entenderse que éstas sean en rigor *gratis datas*, sino santificantes en alto grado.

«*Aliae communiter vocantur gratiae gratis datae*, dice López Ezquerri (*Lucerna myst.*, tr. 4, c. 1, n. 6), quae non ad proximi utilitatem, sed ad propriam animae recipientis salutem diriguntur, et *lato modo gratiae gratis datae dicuntur*, quia nimirum sunt beneficia gratis a Domino concessa... et hujus generis sunt visiones, revelationes, raptus, ecstases, et his similia».

Pero aun las mismas gracias verdaderamente *gratis datas*, aunque ordenadas al bien común, pueden a veces servir de complemento a la propia santificación, a fin de que ésta alcance todo su esplendor con la perfección deseable.

«*Gratiae gratis datae*, dice Schram (*Theol. Myst.*, t. 1, P. 2, c. 4, § 244, Schol.), non requiruntur quidem praecise ad contemplationem extraordinariam (sc. infusam), bene vere ad ejus complementum et perfectionem, suppositis virtutibus et donis, et licet gratiae gratis datae non sint per quam homo Deo conjungitur, unionem tamen per gratiam gratum facientem productam *magis fovent et confirmant*... Salmem dispositive excitant ad majorem unionem».

En este sentido pueden ser muy deseables.

que a veces son del todo indispensables para algunas de las grandes funciones que Dios confía a sus siervos, y que no podrían éstos llenarlas ni, por lo mismo, santificarse en ellas, sin poseerlos en mayor o menor grado, podemos decir que, supuesta esa especial misión, y tal grado de elevación en la escala mística, ya esas gracias vienen a ser como *ordinarias* con respecto a tal estado, o a esa forma de santidad. — Así es cómo en todos los grandes Santos suelen abundar grandemente los diversos dones gratuitos (1); y en cuanto ven que les son muy convenientes para mejor desempeñar su misión respectiva, no reparan a veces en pedirlos o deseárselos, no para su propia gloria, sino para la de su Dios.

Extraordinarias en general son, pues, todas aquellas luces y gracias o mercedes especiales que ni proceden de la misma unión, ni tienden directa y principalmente a producirla; y así, aunque muchas veces la ayuden y fomenten, pueden muy bien manifestarse sin ella, por ordenarse directamente a otros santos fines (2). — Por el contrario, las que de suyo la producen o favorecen, o bien la acompañan siempre o son resultado de ella, por raras que acierten a ser en la triste realidad, y por chocantes que a veces parezcan en algunas de sus más notables manifestaciones, deberemos decir que en el fondo pertenecen a lo *normal* y por tanto *ordinario* en el pleno desarrollo de la vida mística, y que por lo mismo son de suyo deseables en todo eso que tienen de normal, aunque acaso en lo anormal o accidental puedan ofrecer sus inconvenientes.

Esto es, pues, lo que decimos de los éxtasis y raptos,

(1) «Allende de estos hábitos o gracias *gratis datas*, advierte S. Juan de la Cruz (*Subida*, II, cap. 24), las personas perfectas o las que ya van aprovechando en perfección, *muy ordinariamente* suelen tener ilustraciones y noticias de las cosas presentes o ausentes, lo cual conocen por la luz que reciben en el espíritu ya ilustrado y purgado... Estos que tienen el espíritu purgado, con mucha facilidad pueden *naturalmente* conocer, y unos más que otros, lo que hay en el corazón o espíritu interior, y las inclinaciones y talentos de las personas, y esto por indicios exteriores, aunque sean muy pequeños».

(2) «Nec omne donum, quamvis spirituale, dice S. Bernardo (*Serm. 49 in Cant.*), prodire dixerim de *cella vinaria*, cum sint ei aliae penes Sponsum cellae, vel apothecae, diversa in se recondita habentes dona atque charismata secundum divitias gloriae ejus... Nonne haec recondita sunt—inquit (*Deut.* 32)—apud me, et signata in thesauris meis? Ergo pro diversitate cellarum, divisiones gratiarum sunt, et unicuique manifestatur spiritus ad utilitatem. Et quamquam alii quidem detur sermo sapientiae, alii autem sermo scientiae, alii vero prophetia, alii gratia curationum, alii genera linguarum, alii interpretatio sermonum, aliaque aliis, his similia; non tamen quis horum pro huiusmodi dicere poterit quod introductus fuerit in cellam vinariam. Ex aliis quippe cellis, sive thesauris ista sumuntur».

con las grandes ilustraciones sobrenaturales y demás fenómenos que les acompañan.

Para comprender, en efecto, que aquéllos deben ser de algún modo *ordinarios* en la vida mística, basta recordar que la *unión extática* constituye un grado notoriamente superior a la simple *unión*, o es ésta misma elevada a mayor altura e intensidad, según declara San Francisco de Sales apoyado en Santa Teresa (1). — Desde luego, en lo que tiene de más esencial, es efecto del mismo amor elevado a otro grado más alto, según advierte el P. García de Cisneros (2). Pues a los *muy amigos* o *muy amantes* de Dios acostumbra El *embriagarlos* de esa manera en el torrente de sus delicias, donde a la vez los llena de luces maravillosas, saciándolos con el «agua de la sabiduría saludable» (3). — Por consiguiente, a diferencia del *éxtasis profético*, que lo pueden tener ciertas almas del todo principiantes y aun a veces algunos pecadores como Balán, el *místico*, mirado no en las manifestaciones exteriores, sino en el íntimo fondo en que está todo ordenado a la propia santificación del alma, es como parte integrante del proceso evolutivo de la vida espiritual, y por lo mismo no puede ni debe llamarse extraordinario, ni tenerse por temible, siendo en realidad muy deseable, según hoy reconocen muchos autores (4).

(1) «Santa Teresa, advierte el Santo Doctor (*Amor de Dios*, l. 7, c. 3), dice muy bien, que en llegando la unión a esta perfección de tenernos presos y atados con Dios, no difiere del arrobamiento o suspensión del espíritu; pero que se llama sólo unión o suspensión cuando es corta, y cuando larga, éxtasis o arrobamiento».

(2) «De todos los dichos cinco grados (iluminación, inflamación, suavidad, deseo, hartura) que hace el amor en el corazón, observa este piadoso abad de Monserrat (*Ejercit.*, c. 30), procede el sexto, que se llama *arrobamiento* de la mente...; no que aquel tal arrobamiento requiera que el hombre vea visiones, ni alguna cosa *corporal*: mas requiere que el hombre *se vea alumbrar, y inflamar, y recrear*, y levantar por amor en su Creador: en tal manera que aquello que siente y ve, no se pueda decir por ninguna lengua por razón de la su alteza, bondad, hermosura, limpieza y nobleza...»

(3) «*Ecce charissimi inebriantur*, escribe Ricardo (*De Contempl.*, l. 4, c. 16). *Ebrietates autem mentis alienationem efficit, et supernae quidem revelationis infusio, eos dumtaxat, qui charissimi sunt, in mentis excessum adducit. Talem Prophetam ebrietatem designare voluit, cum dixit (Ps. 35, 9): Inebriabuntur ab ubertate domus tuae, et torrente voluptatis tuae potabis eos.*»

(4) «No son sinónimos, advierte muy bien el P. F. Naval (*Asc. y Mística*, n. 252), el *éxtasis* y la *unión extática*, pues aquél puede hallarse sin ésta: la unión extática es un grado contemplativo; el éxtasis no es más que un accidente o fenómeno transitorio y aislado... El éxtasis sobrenatural o divino tiene dos especies muy distintas: *éxtasis profético* y *éxtasis de unión*. El primero resulta de alguna visión aislada que reciba el hombre..., sin tratarse de grados contemplativos; el segundo es la unión mística».

Otro tanto debe decirse del raptó y del vuelo del espíritu, que vienen a constituir como otras fases aun superiores y más fructuosas de la misma *unión extática* (1).—Esta es un estado místico venturosísimo en que el alma se enciende del todo en el divino amor y se enriquece con luces portentosas, con que acaba de purificarse de sus faltas y de consolidarse en la virtud.

Y si estos admirables fenómenos, para ser legítimos, se-

Así, por más que cierta manera de éxtasis—tales como los de Bernardeta y de otras muchas almas que desde su niñez y mucho antes de llegar a la mística unión, quedaban fuera de sí, recibiendo especiales revelaciones—deban considerarse como favores del todo extraordinarios que no conviene desear; esos nada tienen que ver con los éxtasis místicos, los cuales son un complemento de la misma unión, se ordenan a la santificación propia y pueden mirarse como ordinarios y por lo mismo deseables.

Aunque muchos autores afirman que no es lícito desear el éxtasis, «nosotros, declara Lehodey (*Los Caminos de la orac.*, 3.^a P., c. 13), no vemos motivo alguno para que un alma, que ha llegado a la quietud o a la unión plena, no pueda desear un continuo crecimiento de luz y de amor infusos, aun cuando la enajenación de los sentidos deba ser su consecuencia: las intenciones del alma son rectas, esta esperanza la anima para la virtud y no es temeraria después de los favores recibidos, ella desea que todo pase en secreto: ¿en qué puede ser reprehensible?»

«Ciertos autores, advierte a su vez el P. Poulain (*Grâces d'oraison*, c. 23, n. 26, nota), dicen de los éxtasis que no deben desearse. Mas en esto hay que evitar una confusión. Hablan del éxtasis *en lo que tiene de exterior*, de visible a todos: sin lo cual se contradecirían, conforme hace observar el Sr. Canónigo Lejeune (*Introd. a la vie myst.*, ch. 1, n. 2). José del Espíritu Santo especifica bien esta distinción, diciendo (t. III, disp. 17, n. 110, p. 293): «Hay dos cosas en el raptó: la enajenación de los sentidos y su causa. No es la primera lo que enriquece al alma, pues si no se enriquecerían los que duermen. Mas en cuanto a la causa de ese estado, no quieren los espirituales quedar privados de ella; antes la desean con todas sus fuerzas, y plenamente: *Illam totam suis viribus concupiscunt*».

(1) «La puerta para entrar en visiones y revelaciones, dice la V. Agreda (*Escala*, § 29), de ordinario son los arrobos. Y es cierto que no los da el Señor sólo para lo exterior, sino que su principio es *para algún buen fin de provecho espiritual*».

«En esta *Morada*, advierte Santa Teresa tratando de la VI (c. 6), *son muy continuos los arrobamientos*, sin haber medio de excusarlos, aunque sea en público, y luego las persecuciones y murmuraciones... No hace sino... suplicar a su Majestad la lleve por otro camino (porque le dicen que lo haga)... mas como ella ha hallado por él tan *gran aprovechamiento*, que no puede dejar de ver que la lleva... el que va al cielo, no lo acaba de desear, aunque quiere, sino dejarse en sus manos». —«¡Oh, cuando el alma torna ya del todo en sí, qué es la confusión que le da, y los deseos tan grandísimos de emplearse en Dios, de todas cuantas maneras se quisiere servir de ella! Si de las oraciones pasadas quedan tantos efectos, como quedan dichos, ¿qué será de una *merced tan grande como ésta*? Querría tener mil vidas para emplearlas todas en Dios, y que todas cuantas cosas hay en la tierra fuesen lenguas para alabarle por ella». —*Ibid.* cap. 4.

gún dice Santa Teresa, deben entrañar grandes luces, ilustraciones, o revelaciones, hechas mediante ciertas locuciones o visiones, que son precisamente lo que tantísimo bien produce en el alma mística; señal de que tampoco estas gracias,—por señaladas o especiales que a veces sean, o aparenten ser,—son de suyo extraordinarias en ese alto y feliz estado, aunque en otros inferiores lo sean.

Así es como todos los grandes maestros de espíritu convienen en reconocer y declarar cuán frecuentes suelen ser esas mercedes y cuán copiosos frutos de bendición producen en las almas bien dispuestas.—En particular Santa Teresa, a pesar de tantísimos miedos que de continuo muchos malos consejeros les estaban poniendo en lo tocante a estos favores, no se cansa de ponderar el gran provecho que le hicieron y cómo, por más que lo procuraba, nunca pudo sentir pena de haberlos recibido (1). Y con gran razón, pues el justo temor de ser engañados con moneda falsa, no es motivo para desechar a ciegas la verdadera (2).

(1) «Jamás me podía pesar, escribe (*Vida*, c. 29), de haber visto estas visiones celestiales, y por todos los bienes y deleites del mundo sola una vez no lo trocará: siempre lo tenía por gran merced del Señor, y me parece un grandísimo tesoro; y el mismo Señor me aseguraba muchas veces. Yo me veía crecer en amarle muy mucho: ibame a quejar a El de todos estos trabajos, siempre salía consolada de la oración, y con nuevas fuerzas». «Hase de notar, advierte luego (c. 37), que en cada merced que el Señor me hacía, de visión u revelación, quedaba mi alma con alguna gran ganancia; y con algunas visiones quedaba con muchas. De ver a Cristo me quedó imprimida su grandísima hermosura, y la tengo hoy día».—«En fin, añade (c. 38), es grandísima merced, que el Señor hace, a quien da semejantes visiones, porque la ayuda mucho, y también para llevar una pesada cruz... Es muy ordinario, cuando alguna particular merced recibo del Señor, haberme primero deshecho a mí misma: para que vea más claro cuán fuera de merecerlas soy».

(2) La V. Angela María de la Concepción (*Riego espiritual*, c. 46) aconseja muy oportunamente a los directores que, cuando les cuenten alguna visión, «ni sean tan duros en dar crédito, que todo lo juzguen a ilusión de mujeres flacas, ni tan fáciles y dóciles en creer estas cosas, que asientan a ser verdad por sólo una buena muestra y comunicación de las tales almas; sino que sea con espera y mirando los efectos que son el índice de los interiores y su verdad; como son mucho amor a Dios y al prójimo, mortificación, obediencia y humildad; y entonces créase que la visión u otras mercedes, por grandes que sean, que son del Señor, que todo lo puede y quiere obrar en las almas».—«El alma, añade (c. 47), no puede dudar, aunque quiera, de ser verdad, porque las mercedes de Dios traen consigo un imperio más que humano y diabólico, y así destierran sin contradicción alguna todos los temores y dudas que podía padecer el alma.—Muy al contrario obran sus efectos las visiones del enemigo; pues, o por permisión de Dios... o porque él no puede obrar de otra manera, conoce bien el alma que lo que es obra suya le viene muy de afuera; pero la voz o vejante de Dios le parec que

Todos convienen en reconocer que en este alto grado de unión, y mucho más en el estado de Desposorio o de verdadero Matrimonio espiritual, son ya comunísimas las grandes revelaciones, la manifestación de los más profundos secretos divinos, como si el Señor, según dice S. Juan de la Cruz (*Cánt. espirit.*, anot. a canc. 23), no pudiera tener ya nada oculto a tan finos amantes suyos (1). Y esto es muy conforme a las leyes de toda buena amistad; y así lo prometió, efectivamente, el Salvador cuando dijo que había de manifestarse a cuantos de veras le amasen, y que a quienes trataba como amigos les descubriría sus íntimos secretos (*Joan.*, 14. 21; 15. 15).

A éstos, pues, sin más títulos que el de la sincera amistad, por sólo complacerles y favorecerles a ellos y aun prescindiendo del bien que de ahí se pueda seguirse al público, les hace *ordinariamente* grandes revelaciones (2).

nace de su mismo interior; y así siempre es la moción interior aunque sea exterior la voz».

(1) «In sublimi statu *spiritualis matrimonii*, advierte Vallgornera (*Theol. myst.* q. 4, d. 2, a. 6, n. 1093), sponsus Christus Dominus mira coelestium arcanorum et suorum secretorum mysteria sponsae animae denuntiat: mutuus namque sic tenere se diligentium amor secretum non patitur: cum enim sponsus totum se sponsae dedit, Cordis sui erga ipsam accensi sinus omnes aperit, et ima pandit penetralia: non solum in patria... sed etiam hic, quando jam sponsa perfecte virtutum ornamentis decorata, sui sponsi societate ac familiaritate frui meruerit».

(2) «Estas almas, a quien Nuestro Señor por su bondad ama tanto, advierte la V. Marina de Escobar (*Vida*, l. 5, c. 23, § 5), por este amor que les tiene, sin haber *extraordinaria* ni particular causa... se digna, y quiere, y es su voluntad comunicarse con ellas, y visitarlas por Sí mismo y por sus Santos, a la manera que un gran Príncipe se podría comunicar y descubrir sus secretos a algunos... privados suyos... no ya por esa razón (de pública utilidad), ni por ese fin, sino porque le ama tanto, que por sólo ese amor que le tiene, sin otra ocasión, apenas tiene cosa en su pecho que no se la descubra».

«En llegando el Señor aquí un alma, escribe Santa Teresa (*Vida*, c. 21), le va comunicando muy *grandes secretos*. Aquí son las *verdaderas revelaciones* en éxtasi, y las *grandes mercedes y visiones*; y todo *aprovecha* para *humillar y fortalecer el alma*, y que tenga en menos las cosas de esta vida, y conozca más claro las grandezas del premio que el Señor tiene aparejado a los que le sirven... Pues tan cumplidamente paga su Majestad, aun en esta vida... ¿qué será en la otra?»

Según la Santa, algunos de estos favores que suelen pasar por *extraordinarios*, constituyen un verdadero grado superior a la simple unión. Así, añade (c. 22): «Quien llegare a tener unión y no *pasare adelante—digo arrobamientos y visiones y otras mercedes*, que hace Dios...»

«¡Oh qué dulce es esta unión al alma que la gusta!—decía el Eterno Padre a Santa Catalina de Sena (*Diálogos*, c. 89)—. Pues gustándola *ve mis secretos*, de donde viene que *muchas veces recibirá espíritu profético para saber las cosas venideras...*»

De ahí que, por muy amedrentadas que se hallen las almas fieles, y por muy poseídas que siempre estén de un santo temor, al llegar la hora oportuna y cuando las ansias de amor les aprietan un poco más, olvidadas de todos los vanos miedos que les hayan puesto, no podrán menos de suspirar por la vista del Amado y por oír sus palabras de vida eterna. Todas a una clamarán con Sta. Teresa:

Véante mis ojos,
Dulce Jesús bueno;
Véante mis ojos,
Muérame yo luego...

Todas repetirán con S. Juan de la Cruz:

Descubre tu presencia,
Y máteme tu vista y hermosura:
Mira que la dolencia
De amor, que no se cura
Sino con la presencia y la figura.

Y es porque todas estas visitas del divino Médico están realmente ordenadas a sanar, fortalecer, alentar, consolar y santificar al alma. Y quien una vez haya experimentado tan grandes bienes, por más que se reconozca siempre muy indigno de ellos, no podrá menos de codiciarlos y pedirlos, esperando de la bondad del Señor que al fin los volverá a conceder. ¿Y qué es lo que más les atormenta en los penosísimos desamparos y abandonos, sino la aprensión de que ya no han de volver más a ver aquel rostro divino, en que todas las gracias han sido derramadas?

Y si estos favores se ordenan además al bien de otras almas, también esto puede ser obra, no de una gracia propiamente dicha *gratis data*, sino de los mismos dones del Espíritu Santo, siempre ordenados ante todo a la propia santificación y que, en grado eminente, redundan en gran provecho de los prójimos. Tal sucede muy principalmente con los dos superiores, el de inteligencia y el desabiduría, que hacen penetrar y gustar las maravillas de Dios hasta el punto de poder comunicar a otros lo que así se conoce y se siente. Y aunque en esto participan un poco de la condición de las gracias *gratis datas*, siempre es, sin embargo, con gran provecho de la propia alma, como verdadero complemento que es de su misma virtud y santidad, a la cual de este

Así a éstos bien puede aplicárseles lo que dice el Apóstol (*Hebr. 12, 22-25*): «Accesistis ad Sion montem, et civitatem Dei viventis... et multorum milium angelorum frequentiam... et judicem omnium Deum, et spiritus iustorum perfectorum... Videte ne recusetis loquentem».

modo se le comunica un muy singular esplendor (1). Y éste no puede menos de ser bastante ordinario y común en todas las almas ya relativamente perfectas, puesto que todas deben contribuir, aunque cada cual a su modo, a la común edificación (2). Esta obra no debe llamarse excepcional o extraordinaria, aunque muchas veces lo sea el modo especial como se realiza.

Desde luego las que hayan tenido la dicha de celebrar los místicos Desposorios, quedan encargadas de un modo especial de velar por los intereses del Esposo y celar su honor; y esto exige ciertas luces y gracias *ad hoc*, muy privilegiadas que no pueden ser comunes y ordinarias en estados inferiores, pero sí en ese; donde para mejor fomentar el bien de la Iglesia, les convendrá tenerlas, desearlas y pedir las a Dios en la mayor abundancia posible, según lo que dice el Apóstol (*I Cor., 14, 12*): *Ad aedificationem Ecclesiae quaerite ut abundetis*.

A estos sus «carísimos» gusta mucho el Señor de *embriagarlos* con el dulce vino de su amor, y una vez que en ellos ordena la caridad, los hace salir fuera de sí y los lleva en espíritu a otras regiones, donde les descubre sus adorables misterios. Estas revelaciones, dice San Buenaventura, se hacen a las almas ya bien purificadas; antes de estarlo, no hubieran podido recibir las en esta alta manera, tan clara y tan íntima y amistosa (3).—De ahí que sean estas gra-

(1) «*Spiritus Sanctus, per donum intellectus, dice San Buenaventura (De 7 donis S. S., P. 2, s. 6, c. 4), facit nos penetrare omnia velamina occultantia nobis veritates Scripturarum necessarias nobis ad salutem, donec intremus ad veritatis puras illuminationes et contemplationes... Donum intellectus quandoque in tantum penetrat omnia veritatis velamina, et in tantum introducit mentem ad sua interiora, ut audiat ibi verba quae non licet homini loqui (II Cor. 12, 4), quia nec forte proprie poterunt dici per os carnis: quia cum sint verba intellectualia, nihil corporale habentia, nec imaginem, nec similitudinem, ideo per os carnis non exeunt. Et ideo illa nemo scit, nisi qui accipit*» (*Apoc. 2, 17*).

«*Quidam autem, escribe Santo Tomás (2-2, q. 45, a. 5), altiori gradu percipiunt sapientiae donum. Et quantum ad contemplationem divinorum, in quantum scilicet altiora quaedam mysteria et cognoscunt, et aliis manifestare possunt, et quantum ad directionem humanorum secundum regulas divinas*».

(2) «*Solet Spiritus Sanctus, advierte el P. Tomás de Jesús (De Contempl. div., l. 3, c. 9), medio intellectus dono contemplantium mentibus se insinuare, et lucis suae radios tam copiose illis infundere, ut sub Scripturae sacrae velamine veritates absconditas penetrare, et sub litterae cortice sublimes coelestesque theorias soleant percipere. Plerumque enim animae purae Scripturarum contemplationi incumbentes, tot ac tam multiplices profundosque sensus veniunt, quot sunt fere verba... omnesque illos ad divini amoris fomentum referunt*».

(3) «*Haec autem revelatio fit, quando Spiritus Sanctus, per donum*

cias del todo *extraordinarias* en los principiantes y aun en los aprovechados, y verdaderamente *ordinarias* en los perfectos.

Y lo que decimos del estado de Desposorio con más razón y en mayor escala se debe decir del tan portentoso del *Matrimonio espiritual*, donde las felicísimas almas ya están del todo configuradas con Cristo, hechas una cosa con El, y participando por lo mismo de su divina misión y de una copiosa abundancia de gracias y carismas con que poder realizarla.—Así no solamente suelen tener los siete dones en su plenitud, aun en lo ordenado al bien de otros, sino que los tienen muy acompañados de diversas gracias verdaderamente *gratis datas*, que los perfeccionan, y embellecen a las mismas almas, a la vez que les facilitan el influir grandemente en bien de todos los demás (1).

Así muchas de las cosas que son comunísimas, y aun podríamos decir, del todo *ordinarias en ese estado*, son manifestamente *extraordinarias* en los anteriores.

Cuando así lo sean, podrá haber algún peligro en deseárselas, por si no se hace del todo conforme al beneplácito de Dios, que puede ser otro, o por si se deseán con miras menos puras, y no únicamente para mayor gloria del mismo Dios y edificación de la Iglesia.—Pero cuando El las da, sea de una manera ordinaria, porque el estado actual del alma las requiere, o sea tan sólo porque convienen para el mejor desempeño de alguna misión especial, entonces, procurando emplearlas del modo más santo, no hay por qué temerlas, sino por qué bendecir a Dios y darle las más rendidas gracias por cuanto así se digna favorecernos con medios especialísimos de procurar su honor y gloria, y fomentar el bien de los prójimos. Eso es lo que El quiere y exige, que se le agradezan sus dones y se empleen de modo que fructifiquen, y no que se los desechen o menosprecien o tengan sepultados y ociosos. De ahí que tantas veces reprenda a las almas, o a sus directores, por el poco aprecio y el miedo que les tienen (2).

intellectus, mentem nostram a terrenis elevat et purgat, et inflammat. Affectus enim terrenus et animalis impedit intellectum, ne spiritualia intelligat: quia *animalis homo non percipit ea, quae sunt spiritus Dei*, ait Apostolus (I Cor. 2, 14). Ideo talibus non fiunt revelationes. Spiritus S. intellectum, voluntatem, memoriam, et totam familiam mentis ab inferioribus abstrahens, impellit ad Dominum quaerendum et habendum».—S. Bonaventura, *De 7 donis S. S.*, P. 2, s. 6, c. V.

(1) «Fatetur, dice Juan de Santo Tomás (in 1-2, q. 70, disp. 18, a. 2, § XV), aliquando ista dona perfici et crescere ex aliqua illustratione data per modum raptus, vel prophetiae. Sed hoc non est, quod per se postulant ex sua natura praecise, sed ex abundanti lumine. Dona enim per se requiruntur ad salutem, non illae illustrationes».

(2) Suplicando a Dios su sierva, la M. María Dominica Clara de la

Este miedo, las más de las veces, suele ser bien infundado: pues los mismos que así temen los dones sobrenaturales, según dicen, por el peligro de vanidad que en el uso de ellos pudiera haber—aunque de suyo siempre suelen inducir a humildad—, nunca temen, sino al contrario desean con ardor otros dones puramente naturales, cuyo fruto, por grande que pueda ser, siempre es incomparablemente de menos valor, y en que el peligro de vanidad y de abusos es mucho más grande...

Y si en las ciencias y artes humanas, cuantos voluntariamente se ponen a estudiarlas, aspiran sin duda a poseerlas con toda la perfección posible, y muy lejos de contentarse con ser vulgaridades o medianías, desean ir mucho más allá de todo lo común y ordinario, y *sobresalir* lo más que puedan; ¿por qué, en la verdadera ciencia de las ciencias, en la mística *Ciencia de los Santos*, que vale más que todas las honras y riquezas del mundo y nos colma de inestimables tesoros eternos, no hemos de aspirar con toda el alma a no ser medianías, a *sobresalir* a los ojos de Dios, creciendo siempre de virtud en virtud, para poder recibir sin obstáculo alguno cuantas bendiciones tenga a bien darnos el divino Legislador, a fin de poderle ver del mejor modo posible en la cumbre de su santo Monte y luego mostrar algunos de sus admirables reflejos a nuestros hermanos?

Este es un manifiesto engaño, contra el cual nos quiso prevenir el Apóstol al decirnos: *Sectámini caritatem, aemulámini spiritualia, magis autem ut prophetetis... Nam qui prophetat... Ecclesiam Dei aedificat* (I Cor., 14, 1-4) (1).

Aquí es, pues, donde nos conviene ensanchar nuestros deseos y tener muy altas y grandes aspiraciones; las cuales, muy lejos de ser vanas y desagradar al Señor, siempre son fructuosísimas y a El sobremanera agradables. Por lo cual no sólo se muestra muy dispuesto a saciarlas—diciéndonos (Ps. 80, 11): *Dilata os tuum, et implebo illud*—sino que expresamente nos encarga que procuremos ser muy grandes y excelentes en las cosas espirituales, aspirando nada menos que a ser *perfectos como el Padre Celestial*;

Cruz, O. P. (Vie, 1910, c. X, p. 129), que no le llevara por caminos tan poco frecuentados y aun tan extraordinarios, como eran los suyos, El le respondió: «Quiero acabar en ti lo que he comenzado... Soy tu Dueño y puedo hacer en ti lo que me place; y tú no debes ponerte obstáculos... Mientras me busques a mí solo y seriamente procures hacer mi voluntad, ningún peligro hay para ti en estas vías *poco comunes*».

(1) «San Pablo, advierte Bacuez (*Man. Bibl.* IV, n. 699), no vacila en anteponer el don de la inspiración—o profecía—a todos los otros; porque ninguno hay tan útil a la Iglesia, o sea tan a propósito para convertir y edificar las almas».

debiendo, al efecto, *crecer en todo según Cristo (Eph. 4, 15)*, y muy particularmente *en gracia y conocimiento de nuestro divino Salvador (II Petr. 3. 18)*. Esta es la verdadera *ciencia de la salud (Luc., 1, 77)*, que nos quiere comunicar a todos y de que todos necesitamos; y es la ciencia verdaderamente ilustre que nunca se eclipsa ni oscurece, y hace grandes a cuantos la poseen; y una ciencia que todos podrían lograr, si la amasen y procurasen, puesto que ella misma se adelanta a manifestarse a los que la desean.—De ahí el que en pensar siempre ella y procurarla, esté el colmo de la discrección y del buen sentido (1).

Aquí no podemos ni debemos contentarnos con ser cualquier cosa, con ocupar, según neciamente suele decirse; el *último rincón del Cielo*, y entre tanto permanecer siendo siempre *niños*; porque, de no crecer, estamos muy expuestos a perecer de debilidad (2). Debemos ser como niños en la malicia, pero no en la virtud: en ésta y en los sentidos espirituales tenemos que aspirar a ser perfectos (3).

Aquí no hay peligro ni engaño (*Prov., 3, 16-17; 4, 12*), y a poco que se trabaje seriamente se recogen preciosos frutos (*Eccli., 6, 20*); muy al revés de lo que suele acaecer en las locas ambiciones y aspiraciones humanas.—Estas siempre exponen a gravísimos peligros y desengaños; y por bien que se logren realizar, al fin vienen a quedar todas frustradas en la muerte, donde sólo servirán de mayor tormento; y las más veces quedan defraudadas desde un principio, por no haber quien las garantice.—Mas aquí a todos los sedientos de justicia se les ofrecen gratuitamente las místicas aguas que saltan a la vida eterna, y que a última hora es cuando causan mayor refrigerio (*Eccli., 6, 29*); y todos irán logrando infaliblemente a su debido tiempo, o sea a la hora que Dios les tiene señalada, no solamente lo que es *ordinario* en cada grado de perfección, sino también muchas cosas preciosísimas, verdaderamente *extraordinarias*, o reputadas por tales, y que sin embargo, en los planes divinos, están ya bien dispuestas para el fiel cumplimiento de la misión especialísima, y siempre gloriosa, que el Señor quiere

(1) «Clara est, et quae nunquam marcescit Sapientia, et facile videtur ab his qui diligunt eam, et invenitur ab his qui quaerunt illam: praecupat qui se concupiscunt, ut illis se prior ostendat... Cogitare ergo de illa sensus est consummatus» (*Sap., 6, 13, 14, 16*).

(2) «Así como no hay medio en los niños; que naturalmente o han de crecer o han de morir, de esta manera el alma o ha de morir en la culpa, o ha de crecer siempre en la gracia hasta subir a Dios y gozarse en su reino, donde ha de entrar en la *edad perfecta*».—V. Ángela de la Concepción. *Vida*, I, 2, c. 8.

(3) «Nolite pueri effici sensibus, sed malitia parvuli estote: sensibus autem perfecti estote» (*I Cor., 14, 20*).

confiar a cada cual, y que de hecho les confiará habilitándolos con las respectivas gracias, si no haciéndose indignos de ellas, se disponen debidamente para recibirlas.

¡Cuán funesto es, pues, el engaño de los que tantas aspiraciones tienen en lo tocante a honras y dignidades humanas, que tan difícilmente se consiguen, tan presto se acaban y tantos peligros y responsabilidades ofrecen,—por lo cual exigen gran perfección en la virtud—, y sin embargo, en lo tocante a ésta, que es la que verdaderamente ennoblece y no se acaba, con poder fácilmente alcanzarla en altísimo grado, se contentan con el mínimo, con sólo eso que llaman *común y ordinario*!... (1).

Y lo peor es que, acostumbrados a mirar como «extraordinario» lo que no sea del todo corriente en el vulgo, esa flojedad les lleva a contentarse con sólo una virtud de apariencias o de pura fórmula; y por no esforzarse y violentarse en la conquista del reino de Dios y entrar por el camino estrecho que nos señaló Jesucristo, y procurar ir cada día adelantando y subiendo, no hacen más que retroceder y decaer, expuestos a dar en despeñaderos y precipitarse de abismo en abismo, estando ya en la pendiente de ese fatal «camino ancho», espacioso y «carretero», por donde van los muchos que, contentos con poco, se quedan sin nada, yendo como van dachos a su perdición.

¡Señor, abridles los ojos!... ¡Mostradles vuestras sendas!...

“*Quis sapiens, et intelliget ista? intelligens, et sciet haec?*

Quia rectae viae Domini, et justi ambulabunt in eis.»

(Os., 14, 10).

(1) «Es cosa de maravillar, advierte el B. Juan de Avila (*Audi Filia*, c. IV), que haya gente tan tasada en el servicio de Nuestro Señor, que si les dicen que hagan algo, aunque muy bueno, andan mirando y remirando si es cosa que no les obliga a pecado mortal, para no la hacer. Porque dicen que son flacos, y no quieren meterse en cosas altas y de perfección, sino andar *camino llano*, como ellos dicen. Y éstos por una parte tan cobardes en buscar la perfecta virtud para sí mismos —que con la gracia del Señor les fuera fácil de alcanzar—, por otra parte son tan atrevidos en meterse en señoríos, y mandos, y honras, que para usar bien dellos y sin daño propio, es mester perfecta o aprovechada virtud, que se hacen entender que la tienen, y que darán buena cuenta del lugar alto, sin que peligren sus conciencias, en lo que muchos han peligrado: Tanto ciega el deseo de la honra y mandos, y de intereses humanos; que a los que no osan acometer lo fácil y seguro, hace acometer lo que está lleno de peligros y dificultad. Y los que no fían de Dios, que les ayudará en las buenas obras que tocan a sí mismos, se prometen con grande osadía que los traerá Dios de la mano en lo que toca a regir a los otros...

»La experiencia nos ha mostrado que las dignidades y lugares de honra muy pocas veces han hecho de malos buenos, y muy muchas de los buenos malos; porque para sufrir el peso de la honra y ocasiones que vienen con ella, es menester gran fuerza de virtud».

II.—EXCELENCIA DE LA VIDA CONTEMPLATIVA SOBRE LA ACTIVA, Y DE LA MIXTA O APOSTÓLICA SOBRE AMBAS A DOS

Esto resultará evidente con sólo pensar que la verdadera excelencia de la vida cristiana se mide por el grado de caridad, y ésta no puede llegar a su perfección sino con la vida contemplativa; y cuando ya es verdaderamente perfecta, como el verdadero amor no puede estar ocioso, tiene necesariamente a manifestarse en ese ardentísimo celo y prodigiosa actividad que, en medio de su altísima y casi continua contemplación, revelan los grandes místicos (1).

La caridad, en efecto, para excitarse y crecer, necesita ser avivada con el fuego de la santa meditación (*Ps.* 38, 4); y nunca llega a la perfección requerida hasta ser «ordenada» en la mística «bodega» de la contemplación mediante el sublime don de sabiduría, que hace gustar y apreciar y conocer por experiencia las cosas divinas (2) y juzgar con acierto y según Dios de las humanas (3).

De ahí que la perfección esencial y la verdadera eficacia de las obras de celo de la vida activa provengan de estar ésta más o menos informada y animada de la contemplativa (4): sin participar algo de ésta, apenas merece el nombre de vida cristiana; pues sería casi puramente natural, sin espíritu

(1) «Cuanto más favorecida es un alma de sublimes contemplaciones, tanto con más ardor se consagra a la acción. Sólo en los principiantes e imperfectos puede dañar la una a la otra... En los perfectos desaparece esta lucha».—San Gregorio, *In I Reg.* c. 2, n. 10.

«Esto tiene la buena oración, advierte la V. Agreda (*Escala*, § 17), que jamás está ociosa; y como la oración es toda amor, o en amor, viene bien con lo que comunmente se dice, que el amor no sabe estar ocioso. Y en esto se conocerá si en la verdad la hay, porque la oración perfecta siempre está obrando, punzando y enseñando a mucho trabajar» Cf. S. Bernardo, *Serm.* 57 *in Cant.*

«Quos repleverit Spiritus Sanctus, ardentés pariter et loquentes facit». S. GREG. M., *In Evang.* Hom. 30, 5.

(2) Cf. San Buenaventura, *in III Sent.* D. 35, a. 1, q. 1.

(3) Cf. S. Thom., 2-2, q. 45, a. 2 y 5.

(4) Cf. Lallemant, *Doctrina spirit.*, pr. 5, ch. 3, a. 1. «Vita contemplativa... activam movet et dirigit». S. Th. 2-2, q. 182, a. 4.

«La acción, para ser fecunda, advierte el abad Chautard (*El Alma de todo Apostolado*, 2.^a P., n. 3), tiene necesidad de la contemplación; ésta, cuando alcanza cierto grado de intensidad, derrama sobre la primera algo de lo que le sobra, y por ella va el alma a tomar directamente del corazón de Dios las gracias que habrá de distribuir mediante la acción.—He ahí por qué, hermanándose en perfecta armonía la acción y la contemplación en el alma de un Santo, dan a su vida una maravillosa unidad, como vemos en San Bernardo que, siendo el hombre más contemplativo, fué también al mismo tiempo el más activo de su siglo».

de fe y de verdadera esperanza, y por tanto, resultaría una vida del todo estéril, raquítica, y a cada paso expuesta a perecer (1). Por lo cual dice Santo Tomás que «para estar en estado de salud es menester participar algún tanto de la divina contemplación (2).

Y si el mismo trabajo exterior de la vida activa, es ya prueba de amor y merece su premio, éste de suyo es accidental; el verdadero premio esencial depende principalmente del grado de caridad, la cual se fomenta y aun se manifiesta mucho mejor con el trabajo interior de la contemplación, que con el exterior de la acción: y por eso la vida contemplativa es de suyo más excelente que la activa (3).

Sin embargo, este mismo ejercicio exterior de la piedad, moderado e informado de cierta vida interior, ayuda mucho y dispone para adelantar en la contemplación; y así la verdadera vida cristiana activa, ejercitando al alma y afianzándola en la virtud, lejos de ser impedimento, como algunos suponen, es disposición para la contemplativa (4); a la cual pueden de este modo llegar aun quienes por su fogosidad parecerían más refractarios (5).

(1) «Así como un hombre, por buenos manjares que coma, si no tiene reposo de sueño, tendrá flaqueza, y aun corre el riesgo de perder el juicio; así acaccerà a quien bien obra, y no ora; porque aquello es la oración para el ánima, que el sueño al cuerpo. No hay hacienda por gruesa que sea, que no se acabe, si gastan y no ganan; ni buenas obras que duren sin oración; porque en ella se alcanza lumbre y espíritu con que se recobra lo que con las ocupaciones, aunque buenas, se disminuye de fervor de la caridad e interior devoción.» (Beato Juan de Avila, *Audi Filia*, cap. LXX).

La oración, dice el Beato Francisco Posadas (*Carta del Esposo*, § XX), es «comida que sustenta, conversación que regala, trato que entretiene y sueño dulce donde el alma descansa. ¿Pues cómo no la tenéis? ¿Cuál estáis sin la oración? — Díganlo vuestras obras, que salen disparatadas como las del que no come ni duerme. ...»

(2) *Omnis christianus qui in statu salutis est, oportet quod aliquid de contemplatione participet* (*In III Sent.*, D. 36, q. 1, a. 3, ad 5).

(3) «Ex suo genere, dice Santo Tomás (2-2, q. 182, a. 2), contemplativa vita est majoris meriti quam activa». — «Labor exterior, añade (*ib.*, ad 1), operatur ad augmentum praemii accidentalis; sed augmentum meriti respectu praemii essentialis consistit principaliter in charitate; cujus quoddam signum est labor exterior toleratus propter Christum: Sed multo expressius ejus signum est, quod aliquis praetermissis omnibus quae ad hanc vitam pertinent, soli divinae contemplationi vacare delectetur».

(4) Cfr. D. THOM., *in III Sent.*, D. 35, q. 1, a. 3, sol. 3; 2-2, q. 182, a. 4, c. et ad 3.

(5) «Vocantur itaque a Deo ad contemplationem quieti, vocantur non semel et inquieti, ut in illis sui regiminis suavitatem, et in istis suae gratiae naturam domantis potentiam ostendat». Alvarez de Paz, *De Inquisit. pacis*, l. 5, p. 1, c. II.

Por tanto, conforme declara y hace resaltar San Francisco de Sales «el progreso en el amor de Dios no depende de la compleción natural».

Y una vez que, mediante la divina contemplación, haya logrado el alma hacerse perfecta en Cristo, podrá ya, como tal, obrar en todo con perfección, y comunicar a los prójimos, en los ejercicios de la vida activa, las luces y gracias que al efecto haya recibido de Dios, y no lo que tenía de su propia cosecha, que era ignorancia y miseria. Y así es como, por oculta que viva, podrá, según dicen los Doctores, hacer en un solo día más bien que antes en meses y años de mucha actividad (1).

De ahí que la perfecta y fructuosa vida activa presuponga la contemplación como apoyo y contrapeso, y como fuente de toda su verdadera eficacia (2).—Sin estar bien apoyada en ella, o se reduce a puras apariencias de mucho ruido sin fruto ninguno estable; o a lo sumo es una vida imperfecta y pobre, cuyo fruto es muy escaso, y más que de nada sirve como disposición para la misma contemplativa, en la cual podrá luego hallar la fecundidad y estabilidad que le falta; puesto que la perfección y heroísmo de la virtud ha de venir de los dones del Espíritu Santo, los cuales nunca adquieren su debido desarrollo sino en el íntimo trato con Dios mediante la santa oración y contemplación.

Y de ahí que las almas poco amigas de esa vida interior, por mucho celo que aparenten mostrar y por más actividad que desplieguen, como ésta va toda llena de imperfecciones y de miras humanas, y aquél no es todo de Dios ni *secundum scientiam*, apenas producen frutos dignos de aprecio: todo es ruido y humo, mientras la verdadera y fructuosa actividad es muy silenciosa, paciente y modesta.—Los verdaderos frutos de bendición y de vida suponen mucho fervor y recogimiento y mucha vigilancia en la guarda del corazón huyendo del bullicio mundano (3).

Nadie puede, en efecto, dar sino de lo que tiene, ni influir sobre los demás sino en conformidad con las propias

«Así como Dios Nuestro Señor, advierte el P. La Puente (*Guía*, tr. 3, c. 1, § 1), al principio del mundo, acabadas las obras de los seis días, *descansó en el día séptimo y lo santificó*; queriendo que se dedicase a la quieta contemplación...; así también a los que se han ejercitado en los trabajos de la vida activa, les señala día de sábado y holganza, en que ejerciten las obras de la vida contemplativa y participen algo del descanso eterno; porque, como dice el Apóstol (*Hebr.* 4, 9), *también el pueblo de Dios tiene su sábado*, y entra a gozar de su holganza, descansando en el que es centro y fin último de nuestra alma».

(1) Cfr. *Evolución mística*, p. 471-474; Blosio, *Instit. spir.*, c. 1; Lallemant, *Doctr. spir.*, pr. 2, sect. 2, ch. 6, a. 2; pr. 7, ch. 4, a. 4; Sauvé, *Etats myst.*, p. 60-63, etc.

(2) Cf. *La Vie contempl., son rôle apost.*, par un R. Chart., IV-XI.

(3) «*Omni custodia serva cor tuum, quia ex ipso vita procedit*».—*Prov.*, 4, 23.

disposiciones. Y el alma imperfecta, disipada o poco fervorosa, no estando aún bastante poseída del celo de Dios, ni enriquecida de grandes tesoros divinos que comunicar, y no cuidándose de recurrir a los pies del Señor con la continua oración, a buscar lo que tanta falta le hace, no podrá dar sino de los pobrísimos frutos de su cosecha mísera; con lo cual, en vez de fortalecer y enriquecer a los demás, acabará ella misma de debilitarse y empobrecerse (1).

Pero una vez que haya logrado, mediante la abnegación y la vida interior, despojarse de sus miras y miserias y vestirse de Jesucristo, entonces podrá estar siempre dando de los inagotables tesoros del Corazón divino, con el cual se hallará siempre en santa comunicación, recibiendo así a torrentes de su plenitud, y derramando sobre los demás, sin ficción ni engaño, abundantísimas gracias (2).

(1) «Créame los activos todos, dice Fr. Juan de los Angeles (*Conquista*, diál. 3.º, § 3), que si no les ayuda María, que se han de cansar y faltar en lo comenzado, por muy fervorosos que comiencen, y aun caer en hartas miserias... Instando en la oración, dice San Pablo (*Rom.* 12), acudid a las necesidades de los Santos. Pues si habiendo de tratar con gente santa, es necesario instar en la oración, para tratar con pecadores, ¿no será menester doblada oración?... Créeme, que para tratar una hora con los prójimos con aprovechamiento suyo y no daño nuestro, que son menester ocho de trato con Dios».

Véase en el precioso librito: *El Alma de todo Apostolado*, por el abad Chautard, cuán escaso y vano suele ser hoy el fruto de las más brillantes obras de celo y propaganda, cuando no van inspiradas y fundadas en la vida interior, y cuán expuestos están a lamentables caídas los muy amigos de la actividad que se descuidan en templar sus almas con la oración y mortificación.

La misma Santa Teresa (*Vida*, c. 13) declara por su parte que, mientras no se dió bastante a la oración, tras de estar expuesta a muchos peligros, apenas logró ganar unas pocas almas para Dios, por más que gustaba de hablar de El; mientras después, casi sin darse cuenta, atraía a innumerables.

«Adviertan, pues, aquí los que son muy activos, que piensan ceñir al mundo con sus predicaciones y obras exteriores, dice San Juan de la Cruz (*Cántico spir.*, anotac. a canc. 29), que mucho más provecho harían a la Iglesia y mucho más agradarían a Dios (dejando aparte el buen ejemplo que se daría), si gastasen siquiera la mitad de este tiempo en estarse con Dios en oración... Ciertó entonces harían más y con menos trabajo, y con una obra que con mil, mereciéndolo su oración, y habiendo cobrado fuerzas espirituales en ella; porque de otra manera todo es martillar y hacer poco más que nada, y a veces nada, y aun a veces daño; porque Dios nos libre que se comience a *envanecer la sal*».

«El hombre, dice Santa Catalina de Sena (*Diálogos*, c. 1), no puede traer al prójimo verdadera utilidad de doctrina, ejemplo y oración, si antes no se aprovechó a sí mismo». En cambio, «el alma enamorada de mi verdad, le advierte luego el Eterno Padre (c. 7), nunca deja de aprovechar a todo el mundo».

(2) «Cuando vivimos en esta unión con Nuestro Señor, decía Margarita María Doens (1842-1884; cfr. *Vie*, 1910, ch. XI), somos llamados a hacer el bien como a la manera de otro sacramento... Ese bien lo

Así, lo que esté dando a las almas, no es ya cosa suya, no es a sí misma con toda su vanidad a miseria; sino que les da en su pureza los divinos tesoros y les hace participar más y más del mismo Dios, predicando siempre a Jesucristo y buscando su divina gloria, sin andar nunca en pos del aura mundana. De ahí que en un solo día pueda derramar más gracias y bendiciones del cielo, que otras menos perfectas en muchos días y meses de gran trabajo, y que las imperfectas en toda su vida (1). «El que permanece en Mí y Yo en él, dice el Señor (*Joan.*, 15, 5), ése dará mucho fruto. Porque sin Mí nada podéis hacer». —En cualquier estado y condición que viva, por oculta que esté e inútil que aparente ser un alma del todo unida con Dios, no podrá menos de estar siempre influyendo, al menos con oraciones y sacrificios, en bien de sus prójimos; siempre estará exhalando el buen olor de Cristo con que sanará y ganará para El muchísimos corazones (2).

derramamos e infiltramos en nuestro alrededor sin advertirlo. Así como la Sagrada Eucaristía lo va haciendo poco a poco en nosotros, así nosotros, a nuestra vez, vamos dando a Jesús. . . A la manera que El, en los días de su vida mortal, se comunicaba a cuantos se le acercaban, quiere aún seguir comunicándose por medio nuestro a cuantos nos rodean. A veces me parece oírle decir en el fondo del alma: «Toma, hija mía, y dame todo entero a esas almas, pues para eso estoy del todo a tu disposición: dame en una sonrisa, en una buena palabra, en un acto de caridad»

«Nuestra misión, advertía a su vez Sor Isabel de la Trinidad, carmelita descalza (1880-1906; cfr. *Souvenirs*, p. 137), es preparar los caminos del Señor por nuestra unión con Aquel a quien el Apóstol llama *fuego consumidor*. A su contacto nuestra alma vendrá a ser como una llama de amor que se extienda por todos los miembros del cuerpo místico... Entonces consolaremos el Corazón de Jesús... y El podrá decir, mostrándonos al Padre: *Ya estoy glorificado en ellos*... Puesto que Nuestro Señor mora en nuestras almas, su oración es nuestra; y yo quería tomar parte en ella de continuo, estándome como un vaso en la fuente, a fin de poder luego comunicar la vida, dejando desbordar estas olas de infinita caridad... Sí, santifiquémonos por las almas; y puesto que somos miembros de un mismo cuerpo, en la medida en que abundemos en vida divina, podremos hacerla circular por el gran organismo de la Iglesia».

(1) «In tempore placito exaudivi te, et in die salutis auxiliatus sum tui... ut dices his, qui vincti sunt: Exite; et his qui in tenebris: Revelamini. Super vias pascentur, et in omnibus planis pascua eorum. Non esurient, neque sitient, et non percutiet eos aestus et sol; quia miserator eorum reget eos, et ad fontes aquarum potabit eos». — *Is.*, 49, 8-10.

(2) Con razón decía Donoso Cortés que más hacen por el mundo los que oran que los combatientes en el campo de batalla, y si el mundo va de mal en peor es porque se confía más en las batallas que en las oraciones.

«Una corta, pero serviente oración, escribe el P. Chautard (*El Alma de todo apostolado*, 1.^a P, n. 5), influirá ordinariamente más en

El verdadero justo y perfecto hombre interior y espiritual, plantado como está «junto al Río del agua de la vida; que procede del trono de Dios y del Cordero», no sólo da sin falta en *cada mes* espiritual, o sea en cada ocasión oportuna, el respectivo fruto del Espíritu Santo, sino que hasta sus mismas hojas, es decir, todo su porte exterior y sus maneras de proceder, son salud de las gentes (*Apoc.*, 22, 1-2): ¡Cuán diferente es del que vive disipado y se contenta con cierto formulismo exterior! (1).

El alma perfecta, abrasada como está ya en el fuego del divino amor, no puede contenerlo oculto en el pecho; y estarse quieta y ociosa; tiende necesariamente a manifestarlo y comunicarlo a otros; y así no podrá contentarse con sólo arder, si no que, aun sin pensarlo ni darse cuenta, estará a la vez luciendo y alumbrando a muchos (2).—Y según vaya creciendo el ardor de la caridad, irá produciendo grandes llamas vivas de amor, que no sólo alumbren las inteligencias, sino que enciendan y abrasen los corazones. Sus lámparas son ya de fuego divino: dan *llamas de Jahvé*, según dice el texto hebreo (*Cánt.*, 8, 6).—¿Quién podrá, pues, resistir sus ardores? No hay aguas bastantes pa-

una conversión, que largas discusiones y bellos discursos... Diez Carmelitas *orando*, decía un obispo de Cochinchina al gobernador de Saigón, me servirán más que veinte misioneros *predicando*... La V. Ana María Taigi en sus funciones de pobre mujer de casa era un apóstol, como también lo era el mendigo San Benito Labre...

»M. Dupont, el Santo de Tours, el coronel Piqueron, devorados del mismo ardor, eran poderosos en sus obras, porque eran hombres interiores. — El general Sonis encontraba entre dos batallas, por la unión que tenía con Dios, el secreto del Apostolado».

(1) Labia justí erudiunt plurimos: qui autem indocti sunt, in cordis egestate morientur. (Prov. X, 21).— Fijémonos, por ejemplo, en un profesor de colegios religiosos: Si no es bastante devoto y amigo del recogimiento y la oración, se figurará, según dice muy bien el P. Chautard (*ob. cit.*, 4.^a P.), «haber cumplido su deber con sólo atenerse exclusivamente a llenar todo su programa de examen; pero si es hombre interior, una frase escapada de sus labios y de su corazón, una nana—no mirando más que a la superficie—una emoción manifestada en su rostro, un gesto expresivo, solamente su manera de hacer la señal de la cruz, de decir una oración antes o después de clase, aunque ésta sea de matemáticas, podrán ejercer a veces sobre sus discípulos más influencia que un sermón... ¡Oh irradiación exterior de un alma unida a Dios, qué poderosa eres!... El Apóstol viene a ser un *acumulador* de vida sobrenatural, y condensa en sí un fluido divino que se diversifica y adapta a las circunstancias y a todas las necesidades del medio en que se halla y obra.—*Virtus de illo exibat, et sanabat omnes* (Lc. 6, 19). Palabras y obras no son en él sino efluvios de esta fuerza latente, pero soberana para romper los obstáculos, obtener conversiones y acrecentar el fervor».

(2) «¿Numquid potest homo abscondere ignem in sinu suo, ut vestimenta illius non ardeant?»—Prov. 6, 27.

ra poder apagar ese incendio de caridad, ni los ríos podrán encubrirlo y ocultarlo (1). Una sola alma así bastaría para incendiar todo el mundo, si el mundo no fuera tan refractario a este divino fuego que el Salvador vino a poner en la tierra con tanto deseo de incendiarla toda (*Luc.* 12, 49).

Nohabidoninguna bien avanzada en la unión con Dios, que, a imitación de la Santísima Virgen, no atrajera a otras muchas en pos de sí, para conducir las y presentarlas al Rey de la Gloria (*Ps.* 44, 15-16). Las muy perfectas llevan a innumerables; y una sola de las encumbradas al sublime grado del *Matrimonio espiritual*, y aun al simple *Desposorio*, basta para llenar de complacencias al Señor, y aplacarle y hacer a veces que trueque los castigos en bendiciones, viniendo de este modo a ser la salvación de grandes comunidades y de grandes Ordenes religiosas, de ciudades, provincias y aun reinos enteros (2).

(1) «Yo descansos y glorias?, exclamaba la V. Ana-María de la Concepción (*Vida*, § 32), Yo gozar, cuando veo a la Santa Iglesia tan atribulada, y el mundo lleno de miserias, culpas y calamidades? Quiero, Dios mío, vivir para padecer y cooperar a su remedio, aunque sea hasta la fin del mundo, y aunque sea en el infierno en cuanto a la crueldad de sus tormentos, privándome de buena gana de gozar de Vos y de cuantas dichas me ofrecéis en la posesión de la Gloria».

«¡Ah! Señor, ¿cómo podré yo descansar, exclamó mucho antes Santa Catalina de Sena (*Vida*, por el Beato Raimundo, Pról. 15) — mientras que una sola alma criada a tu imagen esté expuesta a perderse? ¿No valdría más que todos se salvaran, y que me condenase yo sola, con tal de seguir amándote». — Lo mismo decían en sustancia Santa Magdalena de Pazzis y la V. Sor Bárbara de Santo Domingo (cf. *Evolución Mística*, p. 582).

(2) La citada V. Ana María de la Concepción, nacida en Asturias y fallecida con gran olor de santidad a la edad de 78 años, en 1746, en las Bernardas de Valladolid (Cf. su *Vida*, § 31, en *Médula hist. Cisterciense*, por el P. R. Muñiz, t. IV, 1785, p. 261), refiere de sí misma: «En los días grandes ordinariamente era mi alma llevada al Cielo, con la hermosura que yo no sé decir. Veía que me iban encaminando hasta entrarme en el coro de los Serafines. Decíame el Señor: «Yo quiero que tomes posesión de lo que te tengo de dar; que para eso te llevo por el amor correspondiente al estado de los Serafines; pues tú lo eres en la tierra. Y la ciudad adonde estás miro yo con muchas atenciones por tu respeto; que tu amor me tiene ligado el brazo de mi justicia, y en tu alma descanso de los malos tratamientos que me hacen en el mundo».

«Te he escogido, decía Nuestro Señor a Santa Verónica Juliani (*Vida*, l. 3, c. 1), por medianera entre los pecadores y Yo; ahora te confirmo y te doy este oficio por mi propia boca... Sea tu tráfico salvar almas, estando pronta a dar la vida y sangre por mi gloria y por la salvación de ellas... Te quiero toda transformada en Mí: mi pasión, mis méritos y todo lo que he padecido y hecho en el discurso de treinta y tres años, te lo doy y entrego para que operes con mis obras: padecerás con mi padecer y obrarás con mi obrar. Haz en todo conforme a mi voluntad: despójate de todo para que puedas decir de veras: *Christo confixa sum cruci*».

Al contrario, quien no esté suficientemente unido con Cristo, de modo que Cristo permanezca siempre a la vista de El, no acertará a producir verdaderos frutos de vida, por mucho que trabaje (*Joan.* 15, 4-5). Ni tendrá que dar, ni con que atraer hacia Dios, ni Dios bendecirá lo que no está hecho en El y sólo por El (1). Y así en vano se levanta a trabajar antes de ser alumbrado con la luz divina, y sin haber reposado y cobrado bastantes fuerzas en la oración: *¡Vanum est vobis ante lucem surge!..* (*Ps.*, 126, 2).

De ahí que los prelados y predicadores, como tienen a todas horas que apacentar el rebaño de Dios, siempre hambriento de buenos pastos y de palabras de vida eterna, necesiten estar bien provistos de bienes celestiales, para comunicar los tesoros divinos y no la propia miseria, y para dar en abundancia sin empobrecerse ellos, dando a Jesús como nos lo da el Eterno Padre, que es reteniéndolo siempre en su seno a la vez que nos lo envía y nos lo comunica para nuestro bien. Unidos íntimamente con Jesucristo, a El mismo será a quien prediquen y a quien darán para bien de las almas; y de esta suerte no se predicarán ni darán a sí mismos, con gran peligro de perder y perderse, en vez de ganar a otros, ganando ellos aún más.

De ahí que, según enseña el Doctor Angélico, deban ser ya perfectos en ambas vidas, activa y contemplativa, para poder dignamente desempeñar su altísimo ministerio (2),

«Nuestro Señor me hace ver, escribía conforme a esto Sor Bernarda Ezpelosín, el 16 de Junio de 1882 (*Vida*, p. 222), que ha hecho, hace y hará mucho bien por mí, en donde quiera que le sirva: esto lo sé, lo veo y lo creo, porque es mi mismo Señor el que me lo dice y asegura... Hace muy poco... me pareció oír perfectamente que Nuestro Señor me decía: «*Sí, un alma generosa que se entrega toda en sacrificio a Mí, es bastante no sólo para santificar una casa, sino también para salvar una nación y aun el mundo entero.*»... Me parecía que Dios Nuestro Señor—que quiere de mí algo muy grande—me pedía, por medio de un sacrificio absoluto de todo mi ser, la salvación del mundo entero... El Corazón de Jesús padece y el mundo parece perderse: yo veo la multitud de almas que se precipitan en los infiernos, y lo que es más doloroso, cómo aquellas, escogidas entre millares, le desconocen, le son ingratas, y muchas de ellas se condenan. Esta vista me causa un tormento inexplicable».

(1) «Las bendiciones que dan la fecundidad al ministerio, observa Chautard (*El Alma de todo Apostolado*, 4.^a P.), están reservadas a las súplicas del hombre de oración... Para restaurar todas las cosas en Cristo por el apostolado de las obras es menester la gracia divina, y no la recibe el apóstol sino a condición de estar unido a Cristo.—Cuando nosotros hayamos formado a Jesucristo en nosotros, entonces únicamente podemos devolverlo a las familias y a las sociedades, informándolas de su espíritu... Somos sal de la tierra en la proporción que somos santos».

(2) Cfr. S. THOM., *In Ill Sent.*, D. 35, q. 1, a. 1, ad 5; a. 3, sol. 3; 2-2, q. 182, a. 1.

sabiendo sacrificar, sin peligro, hasta el mismo gusto de conversar con Dios, por ir a servirle en los prójimos (1).

Entonces sí que producirán abundantísimos frutos de vida, y serán verdaderamente «luz del mundo y sal de la tierra», cuando de tal modo estén enriquecidos de bienes del Cielo, que puedan dar de ellos sin perder nada; entonces estarán en el colmo de la perfección que se requiere en la vida apostólica, la cual excede a la misma contemplativa, como ésta a la puramente activa; pues más es arder y alumbrar, que contentarse con sólo arder; y más es tener bastante para sí y para otros, que no para sí mismos solamente. Y esta plenitud debe tener el apóstol, para poder ser, sin pérdida suya, *todo para todos* (2).

Siendo verdaderamente hombres apostólicos, es decir, interiores, espirituales, contemplativos, llenos de luces y

(1) «Quidam, dice Santo Tomás (*Qs. Disp., q. unica de Charitate, a. XI, ad 6*), in tantum delectantur in vacatione divinae contemplationis, quod eam deserere nolunt, etiam ut divinis obsequiis mancipentur ad salutem proximorum. Quidam vero ad tantum culmen charitatis ascendunt, quod etiam divinam contemplationem, licet in ea maxime delectentur, praetermittunt, ut Deo serviant in salute proximorum... Et haec perfectio est proprie *praelatorum et praedicatorum, et quorumcumque aliorum qui procuradae saluti animarum insistent*: unde significantur per Angelos in scala Jacob ascendentes quidem per contemplationem, descendentes vero per sollicitudinem quam de salute proximorum gerunt».

«Hoc siquidem vera et casta contemplatio habet, dice San Bernardo (*Serm. 57 in Cant.*), ut mentem quam divino igne vehementer succenderit, tanto interdum repleat zelo et desiderio acquirendi Deo qui eum similiter diligant, ut ocium contemplationis pro studio praedicationis libentissime intermittat; et rursum potita votis, aliquatenus in hac parte tanto ardentius redeat in idipsum, quanto se fructuosius intermisisset ineminerit: et item sumpto contemplationis gustu, valentius ad conquirenda lucra solita alacritate recurrat... Habes tria haec, id est praedicationem, orationem et contemplationem, in tribus commendata et designata vocabulis. Etenim merito *amica* dicitur, quae sponsi lucra studiose ac fideliter praedicando, consulendo, ministrando conquirat. Merito *columba*, quae nihilominus pro suis delictis in oratione gemens et supplicans, divinam sibi non cessat conciliare misericordiam. Merito quoque *formosa*, quae coelesti desiderio fulgens, supernae contemplationis decorem se induit».

(2) «Opus vitae activae est duplex: Unum quidem quod ex plenitudine contemplationis derivatur; sicut *doctrina et praedicatio*: Unde et Gregorius dicit (*in Homil. V super Ezech.*) quod *de perfectis viris post contemplationem suam redeuntibus*, dicitur (Ps. 144, 7): *Memoriam abundantiae suavitatis tuae eructabunt*.—Et hoc praefertur simplici contemplationi. Sicut enim majus est illuminare, quam lucere solum; ita majus est contemplata aliis tradere, quam solum contemplari. Aliud autem opus est activae vitae, quod totaliter consistit in occupatione exteriori: sicut eleemosynas dare, hospites recipere, et alia hujusmodi, quae sunt minora operibus contemplationis». S. Th., 2-2, q. 188, a. 6.

ardores divinos, entonces conociendo no sólo por el estudio, sino también por el gusto y experiencia propia, los misterios de la vida de la gracia, es cuando lograrán ser verdaderos directores y pastores según el *Corazón Divino, que apacentarán las almas con ciencia y doctrina saludable* (1).

Así se evitarán las gravísimos males que tanto lamenta San Juan de la Cruz (2), y con él todos los verdaderos siervos de Dios y los maestros de espíritu, como provenientes de una mala dirección y de la gran escasez de directores doctos y experimentados (3). Pues donde no haya verdadera «ciencia del alma, no hay verdaderos bienes» (4).

(1) *Dabo vobis pastores juxta Cor meum, et pascent vos scientia et doctrina* (Jerem., 3, 15).—«Como los que rigen a los otros han menester lumbre doblada, y tenerla muy a la mano y a todo tiempo, así han menester oración doblada, y estar tan diestros en ella, que sin dificultad la ejerciten, para que conozcan la voluntad del Señor, de lo que deben hacer en particular, y para que alcancen fuerza para cumplirla. Y este conocimiento que allí se alcanza, excede al que alcanzamos por nuestras razones y conjeturas, como de quien va a cosa cierta, o quien va—como dicen—a tienta paredes: y los propósitos buenos y fuerza que allí se cobran, suelen ser sin comparación más vivos, y salir más verdaderos que los que fuera de la oración se alcanzan... Y por no cansar... no os digo más sino que la suma Verdad dijo (Luc. 11) que el Padre celestial dará espíritu bueno a los que se lo piden, con el cual bien vienen todos los bienes». — Beato Avila, *Audi Filia*, cap. LXX.

(2) Cfr. *Llama de amor viva*, canc. 3, v. 3, § 7-12; en nuestro libro *Evolución mística*, p. 254, 357-358.

(3) El director, dice la V. Agreda (*Escala*, § VI), «ha menester ser docto y experimentado. En esto hay falta... la hay grandísima. Y la Majestad de Dios está muy quejosa de los ministros de su Iglesia, porque hay pocos que entran a aprender a esta escuela; y así hay pocos maestros». De ahí la angustiosa hambre y sed que tantas veces suelen sentir las almas inocentes y puras, y sobre todo las vírgenes del Señor, de oír la verdadera palabra divina, la verdadera doctrina espiritual, hasta desfallecer por no hallar quien debidamente se la proponga.

«Mittam famem in terram: non famem panis, neque sitim aquae, sed audiendi verbum Domini.—Et commovebuntur a mari usque ad mare: ...circuibunt quaerentes verbum Domini, et non invenient.—In die illa deficient virgines pulchrae, et adolescentes in siti» — Amós, 8, 11-13.

(4) Ubi non est scientia animae, non est bonum.—(Prov., 19, 2).—Mas para esta *ciencia del alma* no basta una instrucción puramente especulativa. Pues así como en medicina no bastan los conocimientos teóricos, sino que es menester la práctica, sin la cual se cometerían lamentables yerros; «así también en las cosas espirituales y místicas, advierte el V. Falconi (*Camino*, l. 4, cap. V), teólogos habrá que sepan todos los puntos especulativos de meditación y contemplación...; y en llegando a tratarles de cómo se practica esa contemplación y de la manera que las almas entran en ella, y a qué sazón y disposición y los diferentes modos y diversidad de medios por donde Dios las lleva, pierden pie en ello y no acaban de entenderlo, ni de creer semejantes y tan secretos tratos interiores como pasan entre Dios y el alma: y dicen que aquella oración es estar ociosos y no hacer nada, y que es perder tiempo: con

Siendo, por el contrario, la generalidad de los ministros de Dios lo que deben, viviendo siempre consagrados al estudio y a la oración para aprender a desempeñar santamente sus sagradas funciones, lograrán beber en el torrente de las divinas delicias hasta quedar embriagados de luz y de amor; y entonces sí que vendrá a quedar todo el pueblo cristiano colmado de bienes celestiales: *Inebriabo animam sacerdotum pinguedine; et populus meus bonis meis adimplebitur* (Jerem. 31, 14).

De ese ardiente celo verdaderamente apostólico y de la fecunda y prodigiosa actividad que vemos despliegan, con grandísimo fruto de las almas, todos los grandes contemplativos, de cualquier estado, sexo y condición que sean—desde S. Pablo, S. Bernardo y Sto. Domingo, hasta el B. Cura de Ars y Don Bosco, y desde Sta. Catalina de Sena y Sta. Teresa hasta la B.^a Barat, la V. Taigi, la V. M. Sacramento y tantas otras por el estilo—, puesto que según observa la misma Santa Teresa, no hay ninguno que no lleve en pos de sí a muchos otros; de los grandísimos bienes que esos íntimos amigos de Dios producen en todas partes, se colige cuán dichoso sería el mundo si en él abundara el dón de la contemplación, como abundaría relativamente, si de veras procurásemos desterrar tantas prevenciones como hay en contra de ella, y tantísimos obstáculos como se le ponen.

Y uno de los principales es la engañosa y funesta idea tan arraigada de que el ser tan pocos los místicos es por ser pocos los llamados; como si el Señor no nos invitara a

que *destruyen y echan a perder muchas almas*. Y particularmente sucede esto con algunos muy letrados, que se quieren atar mucho a las definiciones y discursos de la Teología, los cuales no alcanzan a conocer los particulares caminos y sobrenaturales, por donde Dios lleva a las almas; y como por otra parte, no... tienen práctica de eso... no saben qué decirse, más de que aquello no debe de ir bueno, pues no lo alcanza la *razón teológica* y el *discurso*; como si Dios estuviera atado a aranceles y arte de la especulación teológica para comunicarse con amor y familiaridad secreta a las almas... Luego no hay para qué extrañar nada que no fuere contra la fe y buenas costumbres. Que lo demás será caer en la falta de los que dice Santiago, que lo que ignoran, lo blasfeman; sino hagan lo que enseña el Ilmo. P. Fr. Bartolomé de los Mártires en su *Compendio espiritual* (2.^a P., cap. 26): En viendo los doctos no experimentados (dice así) lo que a algunas almas devotas les pasa, y que ellos no entienden aquello que les comunican y que aquel modo de oración no lo alcanza su especulación y discurso, y que por otra parte ello no es contra la fe y buenas costumbres, remitan aquellas almas a otros más experimentados en la materia; y no desacrediten lo que no entienden, ni las aflijan y perturben a las pobres almas».

Lo mismo dice San Juan de la Cruz (*l. cit.*), añadiendo que, si no tendrán que dar a Dios estrechísima cuenta de los daños que causan.

todos a beber en las místicas aguas y entrar en su místico reposo, y no fuéramos nosotros los culpables, por despreciar tan amorosa invitación. Y lo peor es que, para justificar la propia dejadez, no faltarán quienes lleguen hasta defender, cual si esto fuera un hecho no lamentable, sino venturoso y providencial, que en realidad, conviene que sean pocos los consagrados a esa vida, que tienen por ociosa y estéril y propensa a muchas ilusiones y aberraciones o desequilibrios mentales y «neurastenias»; y que «si todos fueran místicos, sería imposible la vida humana».

Nunca, por desgracia, lograrían serlo todos, ni aun la mayoría, por mucho que se inculcara y facilitara la asecución de un bien tan grande; pues éste exige muchísima abnegación, fidelidad y generosidad; y lo más común, a pesar de todo, suele ser el resistir a la gracia y no hacer ni aun aquello a que con gran rigor estamos obligados.

Mas si por un milagro de la Providencia se lograra alguna vez que lo fueran, nunca mejor ni tan bien podría andar el buen concierto de la vida humana y de las sociedades; pues nunca con tanta seriedad y dignidad serían cumplidos los verdaderos deberes de cada estado. En prueba de ello y para confundir este engaño, quiso Dios que en todos los estados y en todas las profesiones legítimas hubiera verdaderos Santos que pudieran servir a los demás de modelo. Y vemos que nadie como ellos supo cumplir con entera perfección sus respectivos deberes, aun en aquello que parecen tener de más extraño a la vida espiritual (1).

(1) «Quien quiera excluir la mística, o sea el cristianismo en su completo desarrollo, ya de la vida práctica, ya de la actividad moral privada, ya de la actividad pública, ya de la dirección de los negocios de la Iglesia y de la participación en los profanos, ese, dice el P. Weiss (*Apología*, t. 9, Cf.^o V, n. 5-7), haría mejor en decir francamente que quiere la separación del cristianismo y del mundo... La mística concierne a cuantos quieren aceptar el cristianismo en su integridad... Y no haya miedo que perjudique a ciertos bienes o a ciertas aspiraciones legítimas de la humanidad. No, la mística no rebaja ni aminora nada la inteligencia, ni el corazón, ni la voluntad, ni la ciencia, ni la energía, ni la justicia, ni la caridad, ni a la Iglesia, ni al Estado, ni a la escuela, ni a la familia... Sólo cuando la mística obtenga el puesto que le es debido, es cuando se cumplirán los sublimes designios que Dios tuvo creando el mundo, y salvándolo por su Hijo. Entonces el cielo y la tierra, lo natural y lo sobrenatural, lo divino y lo humano formarán un solo todo, a saber, el verdadero reino de Dios entre los hombres». «El retiro y la contemplación, observa luego oportunamente (Cf.^a 12, n. 11), no impidieron a Santa Rosa de Lima, como dice la bula de canonización, ser una mujer fuerte que comprendió el difícil arte de evitar las contrariedades domésticas, que hacía los trabajos de los demás antes que ellos se levantasen y sobrepujó a las más hábiles mu-

Si es indudable, en efecto, que jamás hubo pontífices, ni sacerdotes, ni religiosos tan excelentes como los que llegaron a ser Santos; tampoco, si bien se mira, encontraremos reyes, ni políticos, ni aun guerreros,—por no hablar de humildes artesanos y honrados labradores—, que puedan competir con los que llevan la aureola de la santidad: con un David, un San Enrique, un San Luis o un San Fernando.

Buscando ante todo el reino de Dios y su justicia, lograron recibir por añadidura todo lo demás, y a veces hasta centuplicado. «La piedad para todo es útil, teniendo como tiene promesas para la vida presente a la vez que para la futura» (I *Tim.*, 4, 8).—Y así «el que viniere a quedar limpio de las miserias y flaquezas humanas, será un vaso precioso y santificado, útil ante el Señor, y dispuesto *para toda suerte de obras buenas*» (II *Tim.* 2, 21). Pues con la divina sabiduría vienen juntos todos los bienes y una indecible honestidad (1); y en el abundamiento de sus poseedores está la salud de la tierra (2).

Si a veces, para más acrisolarlos, permite el Señor que puedan parecer inútiles, muy luego, como dice Santa Catalina de Génova, les hace suplirlo de modo que, aun aparentando ociosos, hagan cada uno de ellos lo que no harían ni veinte muy trabajadores.

He aquí, pues,—conforme advierte el P. Weiss (*Apolo-*

log., X, Cf.^a 15, apénd.)—lo que hoy más se necesita, y lo jeres en el buen gobierno de la casa... Para los Santos poco importaban el lugar, el tiempo y las ocupaciones, pues en todas partes encontraban a Dios; y en Él lo hacían todo.—Muchas veces las obras más meritorias, las más familiares conversaciones con Dios y las más sublimes comunicaciones del Espíritu Santo han tenido lugar en la cocina, en el establo, en la escalera, subiendo agua, guardando ganado».

Así vemos a San Francisco de Sales, conforme advierte Dom Mackey (*Introd. a las Obras del Santo*; IV, p. XXXV-XLIX), «recomendar la lectura del *Tratado del amor de Dios* a la gente del mundo... Lo que había hecho con respecto a la devoción, lo hace respecto a la vida mística: la muestra amable, sencilla, deseable y hasta fácil. Es un error, diría él, y casi una herejía, querer desterrar la alta oración de las compañías de soldados, de las tiendas de artesanos, de los palacios de los príncipes y de las familias de los casados». (Cfr. *Vida devota*, P. 1, c 3).

(1) *Sap.*, 7, 11. «Meum est consilium, et aequitas, mea est prudentia, mea est fortitudo.—Per me reges regnant, et legum conditores justa decernunt... Mecum sunt divitiae, et gloria...» Prov., 8, 14-18.

(2) «Diligite lumen sapientiae omnes qui praeestis populis... Multitudo autem sapientium sanitas est orbis terrarum: et rex sapiens stabilimentum populi est». (*Sap.* 7, 23, 26).—«Cogitare ergo de illa, sensus est consummatus». *Ib.* 16,

único que pondría eficaz remedio a tantísimos males como afligen a la humanidad: la abundancia de almas espirituales, de almas santas, de almas contemplativas y místicas en todos los estados y condiciones.

¡Enviad, Señor, vuestro Espíritu, y serán creadas: y así renovaréis la faz de la tierra!... (Ps. 103, 30). Amén.

FIN



INDICE

	<i>Pág.</i>
Art. I y preliminar.—Misterios de la vida cristiana y vida mística.	5
APÉNDICE.— <i>a</i> La participación de los misterios de Cristo.— <i>b</i> La muerte mística y la vida nueva.— <i>c</i> La generosa entrega total y las leyes de amor.....	8
Art. II.—Los diversos grados de oración y los de vida espiritual..	12
Art. III.—Grados de oración ordinaria o ascética.....	13
APÉNDICE.— <i>a</i> Cuán excelente, provechoso y necesario sea el ejercicio de la oración.— <i>b</i> Avisos importantes.— <i>c</i> Influencia salutífera de los dones del Espíritu Santo desde los primeros grados de oración.....	18
Art. IV.—Grados de transición de la oración «ordinaria» a la «sobrenatural».....	23
APÉNDICE.— <i>a</i> Lo que debe hacer aquí el director.— <i>b</i> Cada cual debe seguir su camino y no otro.— <i>c</i> El vivir en Dios, y el vivir y reinar Dios en nosotros.— <i>d</i> Ligadura de las potencias.— <i>e</i> La simple vista amorosa.— <i>f</i> Señales de que está ya Dios llamando a contemplar.— <i>g</i> El ocio santo.— <i>h</i> El silencio espiritual.	29
Art. V. Los diversos grados de oración notoriamente «sobrenatural», según Santa Teresa, y la transición gradual en todo...	36
Art. VI.—Comparación de la clasificación teresiana con las de otros autores.....	40
Art. VII.—Grados fundamentales: observaciones.....	43
Art. VIII.—Breve idea de los principales grados de la unión conformativa y de los fenómenos que suelen acompañarles.....	45
APÉNDICE.— <i>a</i> Persecuciones, desprecios y tribulaciones que es menester sufrir.— <i>b</i> Las purgaciones pasivas.— <i>c</i> Penosa crisis y temores nocturnos.— <i>d</i> El recogimiento infuso.— <i>e</i> La quietud.— <i>f</i> Dulce embriaguez de amor.— <i>g</i> El sueño místico.— <i>h</i> Misteriosa manera de manifestarse, hablar y enseñar Dios al alma.— <i>i</i> Diversidad de comunicaciones divinas: ausencias y devoluciones.— <i>j</i> Dulces quejas y encontrados sentimientos del alma.— <i>k</i> Santas locuras de amor.— <i>l</i> Ansias de Dios, agonías de amor y oración de deseos.— <i>m</i> Divinos incendios, toques portentosos y ayes de amor.— <i>n</i> Dardos de la ira divina.— <i>o</i> Participación de la omnipotencia.— <i>p</i> El obrar divino en el alma.....	53
Art. IX. La unión transformativa: sus grados y principales fenómenos	65
APÉNDICE.— <i>a</i> Cómo prueba y acrisola, y cómo a la vez consuela y regala Dios al alma.— <i>b</i> Penoso estado del alma... abandonada....— <i>c</i> Terrible impresión de la santidad y justicia divinas.— <i>d</i> Deificación del alma perdida en Dios....— <i>e</i> Los toques substanciales....— <i>f</i> El beso de Dios....— <i>g</i> Abismo de la noche oscura.— <i>h</i> Estado del alma incapacitada....— <i>i</i> Transformación dolorosa.— <i>j</i> Infatigables comunicaciones en el Matrimonio espiritual.....	84
Art. X —Ejemplos de estos grados y progresos de la vida espiritual.—Santa Teresa; la V. Ana María de San José.....	84

CONCLUSIONES

I. - Qué debe entenderse por «ordinario» y qué por «extraordinario» en la vida mística.....	93
II. - Excelencia de la vida contemplativa sobre la activa, y de la apostólica sobre ambas.....	109